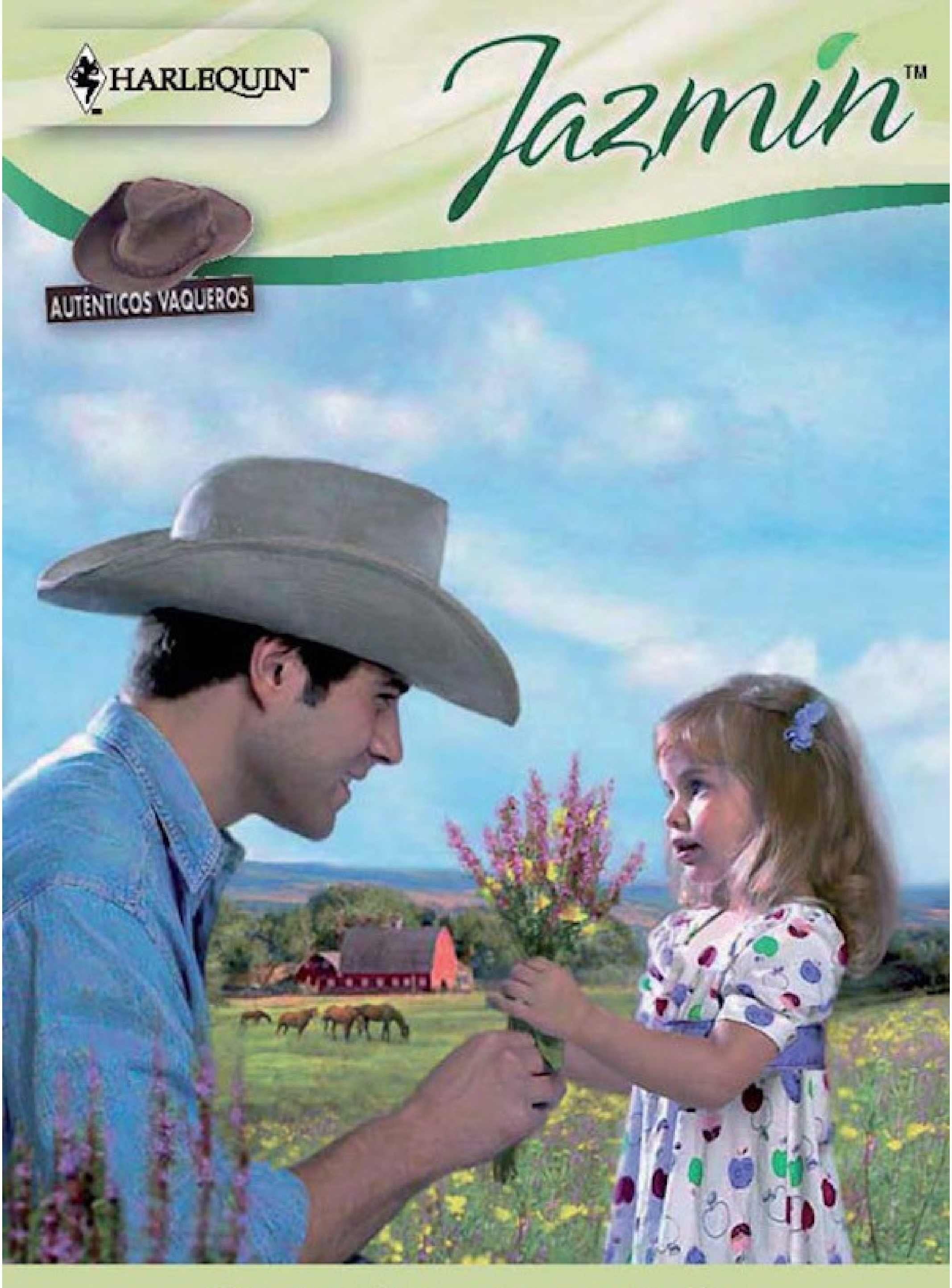


De vuelta a tu corazón

PATRICIA THAYER

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

DE VUELTA A TU CORAZÓN, N.º 2357 - octubre 2010
Título original: The Lionhearted Cowboy Returns
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9204-9
Editor responsable: Luis Pugni

E-pub x Publidisa.

CAPÍTULO
1

LE HABÍA costado muchísimo, pero lo había conseguido. Por fin estaba en su hogar.

Jeff Gentry salió al porche de la casa del capataz, en el rancho Rocking R. El sol acababa de salir, pero pudo sentir el calor del verano de Texas a pesar de la hora. Respiró hondo y disfrutó del olor a caballos y ganado.

Aquél era el lugar donde había crecido, el lugar donde había formado parte de una familia, el primer lugar donde se había sentido a salvo; pero no estaba seguro de que pudiera volver a significar lo mismo para él.

Durante los diez años anteriores, el Ejército de Estados Unidos había sido el único hogar de Jeff. A lo largo de esos diez largos años de servicio militar, había viajado por medio mundo y había visto tanta muerte y destrucción que ahora tenía pesadillas que necesitaba olvidar.

Una de esas pesadillas, aunque ésta fuera real, le había cambiado la vida para siempre. Aún le dolía cuando se tocaba el muslo; pero como le dijo el médico que le curó, había sido mucho más afortunado que otros.

Lamentablemente, Jeff no se sentía afortunado. Su última misión con el ejército había supuesto el fin de su futuro y de la vida que conocía. Ahora tendría que averiguar si era capaz de quedarse en San Angelo y volver a ser un miembro más de la familia de los Randell.

–Buenos días, hijo.

Jeff se giró y vio que su padre se acercaba al porche. Le dedicó una sonrisa y dijo: –Hola, papá. A sus cincuenta y cinco años de edad, Wyatt Gentry Randell seguía siendo formidable. Caminaba recto como una vara y tenía la fuerza física de un hombre que había dedicado muchos años a cuidar ganado para rodeos. Además, era de risa fácil y muy cariñoso con su esposa y con sus hijos.

Unos años antes se había casado con Maura Wells y se había convertido en padrastro de sus dos hijos, Jeff y Kelly. El día en que Wyatt los adoptó fue el más feliz de la vida de Jeff; la aparición de Wyatt había borrado los recuerdos dolorosos de su madre y de todos ellos. Y poco después, la nueva pareja les dio otros dos hermanos, Andrew y Rachel.

Definitivamente, Jeff tenía motivos de sobra para querer a Wyatt. Pero le extrañó verlo en el porche; a fin de cuentas, había pedido a su familia que le dieran un poco de tiempo y espacio y ellos se lo habían concedido.

–¿Qué te trae por aquí? –preguntó–. ¿Necesitas que te ayude en algo?

Wyatt le pasó una taza llena de café humeante.

–No, sólo quería pasar un rato con mi hijo. Me alegra que estés en casa.

Jeff disfrutaba de estar con sus padres, de modo que su réplica no fue exactamente una mentira.

–Y yo me alegro de estar de vuelta.

Se apoyó en la barandilla del porche, probó el café y echó un vistazo al rancho. Las construcciones estaban en buen estado y las habían pintado recientemente de blanco. Durante más de dos décadas, los hermanos Wyatt y Dylan, que eran gemelos, se habían dedicado en cuerpo y alma al rancho Rocking R.; pero además de criar y vender caballos, Dylan también tenía una escuela de rodeo, que al igual que el propio rancho, formaba parte de la Randell Corporation.

Todos los miembros de la familia eran accionistas de la empresa, fundada doce años antes por Wyatt, Dylan y sus cuatro hermanos, Chance, Cade, Travis y Jarred, a los que se sumaron dos primos, Luke y Brady. Entre las propiedades que acumulaban, había un complejo hotelero, un auténtico rancho de ganado y una constructora que hacía establos en una comunidad famosa entre los turistas porque se encontraba junto al valle de los mustangs, los caballos de Norteamérica que vagaban en libertad.

Aunque Jeff y su hermana eran adoptados, los Randell los trataban como si fueran de su sangre. Él no tenía la menor duda de que la familia le encontraría un trabajo en la empresa, pero no quería su piedad.

–Sé que los meses pasados han sido muy duros para ti, hijo –declaró su padre de repente–. Tómate el tiempo que necesites. Vuelve a acostumbrarte a estar en casa.

Jeff seguía enojado con todo y con todos, pero en el rancho recibía tanto apoyo que olvidaba su rabia. Sin embargo, todavía no estaba preparado para hablar de lo que le había ocurrido; ya había hablado bastante después de su rescate, durante los meses de rehabilitación, y no había servido de nada.

–No te preocupes, estoy bien –dijo, forzando una sonrisa–. Pero aprovecharé tu comentario como excusa para librarme del trabajo; sinceramente, lo de limpiar establos nunca me ha gustado mucho.

Su padre sonrió.

–Sospecho que tenemos gente de sobra para realizar esa tarea. ¿Te apetece salir a cabalgar con Hank y conmigo?

Jeff se puso tenso. Tampoco estaba preparado para vérselas con el clan de los Randell.

–¿Adónde?

Wyatt rió.

–A la subasta de un rancho –respondió, observando a su hijo con detenimiento–. El rancho de Guthrie.

Jeff no pudo ocultar su sorpresa ante la mención del mejor amigo de su infancia, que había fallecido recientemente.

–¿Trevor tiene problemas económicos?

En realidad, lo preguntó por preguntar. Sabía perfectamente que Lacey Haynes Guthrie, la viuda de Trevor, no tenía ni la experiencia ni los conocimientos necesarios para sacar adelante el rancho sin ayuda.

Al pensar en Lacey, se estremeció. Cuando estaban en el instituto, Lacey era la típica chica de la que todos los chicos se enamoraban, pero ella sólo tenía ojos para Trevor y nunca se fijó en él. Nunca, excepto un día muy concreto.

–Me temo que sí –contestó su padre.

–¿Por qué no me habíais dicho nada?

Wyatt suspiró.

–En primer lugar, porque tu recuperación era lo más importante para nosotros; y en segundo, porque no hemos sabido lo de la subasta hasta esta misma mañana. La crisis económica está dejando huella y hay muchos ranchos con problemas; además, la enfermedad de Trevor resultó muy costosa... No sé, tal vez deberías mantener una conversación con Lacey.

Durante años, Jeff había hecho lo posible por no pensar en ella; por otra parte, había pasado tanto tiempo desde su época de estudiantes, cuando los tres eran grandes amigos, que la idea de su padre le incomodó.

–No sabría qué decir. Ni siquiera podría explicarle por qué he estado fuera tanto tiempo.

–Dile la verdad, hijo. Dile que estuviste en la guerra, que te hirieron en la pierna, que tuvieron que operarte varias veces y que

pasaste muchos meses en el hospital. Ha sido muy duro para ti, Jeff. No hay nada de lo que debas avergonzarte.

Jeff cerró los ojos e intentó olvidar la pesadilla del año anterior.

–Lacey no necesita que vaya a contarle mis problemas; ya tiene bastante con los suyos –argumentó–. Además, aún no estoy preparado para hablar de eso.

Wyatt asintió.

–Bueno, respeto tu decisión; sólo era una idea... pero de todas formas, deberías acompañarnos.

En ese momento apareció una camioneta que aparcó junto a la casa principal.

–Mira, tu abuelo ya ha llegado –continuó Wyatt–. Conociendo a tu madre, habrá preparado comida para un regimiento, y si no vienes a desayunar, me dará la tuya a mí y tendré que hacerme otro agujero en el cinturón

–Está bien, te ahorraré la tortura de tener que comerte dos pedazos de tarta de arándanos en lugar de uno... –ironizó.

Jeff sonrió y se sintió mejor cuando se dirigieron a la casa, aunque Wyatt tuvo que andar más despacio para no dejarlo atrás. Sabía que el desayuno con Hank y sus padres iba a ser la parte fácil; la difícil llegaría después, cuando volviera a ver a Lacey y no supiera qué hacer para animarla ni cómo explicar el motivo de su ausencia en el entierro de Trevor.

Ni él mismo se lo había perdonado.

A media mañana, Lacey Guthrie dejó los dos mejores caballos de su difunto marido en manos de los trabajadores de la empresa de subastas. Rebel Run y Fancy Girl, el semental de color negro y la yegua de calor castaño respectivamente, iban a ser el principio del negocio de cría de Trevor; si los vendía, Lacey no podría sacar adelante el negocio; pero para sobrevivir, tenía que venderlos.

–A continuación pasamos a los números ciento siete y ciento ocho del programa de hoy –declaró el subastador–. Todos los que viven en la zona conocen la procedencia de estos dos magníficos animales, de modo que les ahorraré los detalles. Empezaremos con las pujas por Rebel Run...

Conteniendo las lágrimas, Lacey entró en la cocina, cerró la puerta trasera y se apoyó en el cristal. No se sentía con fuerzas para asistir a la venta de los dos caballos; representaban su último sueño con Trevor, un sueño por el que habían luchado durante una

década y que ya no se haría realidad. Ni siquiera sabía lo que pasaría con Colin y con Emily.

–Oh, Trevor... –dijo entre sollozos–, por qué tuviste que morir.

–¡Mamá!

Al oír la voz de su hijo, que se acercaba, Lacey se secó las lágrimas, sonrió y se giró hacia el pequeño de ocho años.

–¿Qué ocurre, Colin?

–No puedes vender a Rebel y a Fancy –dijo con los puños apretados–. Son los caballos de papá.

–Ya lo hemos hablado, hijo. No tengo elección.

Lacey se inclinó para apartarle de la frente un mechón de cabello rubio, pero el niño se apartó.

–Claro que la tienes –insistió–. Sal fuera y detén la subasta. A papá no le habría gustado que los vendieras.

Ella intentó razonar con el pequeño, aunque sabía que no serviría de nada.

–Papá ya no está con nosotros, cariño, y yo tengo que hacer lo que sea necesario para que salgamos adelante.

Colin la miró con un destello de furia en sus ojos, de un color tan azul y tan intenso como el de su difunto padre.

–No querías a papá. Si lo hubieras querido, no harías esto.

El niño abrió la puerta trasera y se marchó, cerrándola de golpe.

Lacey lo siguió y salió al porche justo a tiempo de escuchar las palabras del subastador:

–Vendido al caballero de la última fila.

Lacey buscó al desconocido con la mirada y lo reconoció al instante. Era un hombre alto, atlético y de hombros anchos al que no había visto en muchos años; un hombre de ojos oscuros y mandíbula cuadrada, profundamente atractivo, al que habría reconocido en cualquier parte y en cualquier situación.

Él se levantó de la silla en ese momento y se giró hacia la casa. Sus miradas se encontraron y ella sintió una mezcla de deseo, nostalgia y enfado; pero antes de que Lacey pudiera acercarse o incluso saludarlo, el hombre siguió su camino y se alejó. Al parecer, el sargento Jeff Gentry había regresado a casa.

Jeff no se lo podía creer. No sabía lo que iba a hacer con su vida y acababa de comprar dos caballos; pero no podía permitir que Lacey lo perdiera todo, de modo que había ofrecido la puja más alta.

Sabía que el rancho de Trevor era muy importante para ella, y también sabía que su amigo había trabajado muy duro para ganarse una reputación.

–¿Se puede saber qué vas a hacer con dos caballos de crianza? –le preguntó su padre, que se había acercado a él.

Jeff se encogió de hombros.

–Ahora que lo dices, tienes razón. Ni siquiera sé dónde meterlos. Wyatt sonrió. –Eso no es un problema; puedes llevarlos a nuestro rancho o al del tío Chance. Él tiene instalaciones más adecuadas para ese tipo de animales.

Hank Barrett caminó hacia ellos, sonriendo. A sus ochenta y cinco años de edad, el abuelo de Jeff seguía sano y en activo, desempeñando su papel como cabeza de la familia Randell.

–Has adquirido un buen par de caballos, Jeff –dijo al llegar–. Por cierto, me sorprende que Chance no se haya presentado en la subasta; siempre le gustaron los caballos de Trevor.

Jeff volvió a mirar hacia la casa y se quedó sin aliento al ver a Lacey Guthrie, que seguía en el porche.

Esbelta y alta, de casi un metro ochenta de altura, tenía ojos verdes como la hierba y cabello de color rubio miel. Había ganado peso desde los tiempos en que estudiaban juntos en el instituto, pero el cambio era para bien y resultaba extraordinariamente sensual. El único cambio negativo era el de su expresión, seria y preocupada, muy distinta a la de la jovencita que sonreía todo el tiempo.

–¿No vas a hablar con Lacey? –preguntó su padre.

Jeff sacudió la cabeza.

–No, ahora está ocupada –dijo, apartando la vista de ella–. Será mejor que vaya a pagar los caballos y a organizar su traslado.

Antes de que su padre o su abuelo pudieran insistir, Jeff se alejó cojeando. Los caballos de Trevor le iban a salir muy caros, pero estaba en deuda con su difunto amigo.

Jeff se subió al todoterreno de Wyatt, tomó un camino de tierra y se detuvo poco después junto a la cabaña que había sido el hogar de los padres de Trevor. Salió del vehículo y avanzó hacia el edificio mientras contemplaba el bosque y el arroyo que cruzaba la propiedad de los Guthrie.

Era un lugar lleno de buenos recuerdos. De niños, Trevor y él se montaban en sus caballos, iban al arroyo y se dedicaban a jugar a vaqueros o a echar carreras por el campo para determinar quién

era el más rápido de los dos.

Jeff ganaba siempre porque era el más atlético, pero Trevor le ganaba en encanto y, por supuesto, también en el interés de las mujeres. No hubo nada de extraño en que fuera él quien conquistara el corazón de Lacey.

Al llegar al porche, observó que la cabaña estaba en condiciones perfectas y que incluso habían cambiado las bisagras de la puerta. Giró el pomo y entró en el lugar, débilmente iluminado.

–Veo que por fin lo hiciste, Trev –dijo en voz baja–. Cumpliste tu palabra y arreglaste la cabaña.

De repente, se sintió tan deprimido por la muerte de Trevor que se emocionó y tuvo que respirar hondo varias veces para tranquilizarse. Cuando lo consiguió, echó un vistazo a su alrededor.

Había una mesa y varias sillas contra una de las paredes, además de una litera en el extremo contrario de la habitación y una estufa de leña. Al acercarse a la zona de la cocina, vio que la pila seguía funcionando con la misma bomba de agua de su juventud.

Tocó la encimera y pasó los dedos sobre los nombres que había grabados en la madera: *Trevor Guthrie y Jeff Gentry.* Dos nombres a los que más tarde se había sumado un tercero, el de Lacey Haynes, y una declaración: *Trevor ama a Lacey*.

Con el paso del tiempo, Jeff se fue distanciando de su amigo. No fue intencionado; con la aparición de Lacey, él se transformó en el tercero en discordia y siempre se sentía fuera de lugar. Pero hubo un motivo aún más importante; aunque Jeff empezó a salir con una chica, sus sentimientos por Lacey no habían cambiado. Y ella estaba enamorada de Trevor.

Jeff intentó asumir la nueva situación. Al cabo de un tiempo, comprendió que no podría; se alistó en el ejército y les anunció que se marchaba unos meses después. Aquél fue el último verano que pasaron juntos, y fue un verano especialmente difícil para los tres.

Cada vez que pensaba en lo sucedido, se estremecía. Un buen día, hizo algo imperdonable: se acostó con Lacey y traicionó la confianza de Trevor. Se sintió tan culpable que se marchó inmediatamente e intentó olvidarlo. Pocas semanas después, alguien le dijo que Trevor y ella se iban a casar.

Desde entonces habían pasado muchos años y muchas cosas, incluida la muerte del propio Trevor.

Aún le estaba dando vueltas al asunto cuando una voz lo

sobresaltó.

–¿Qué estás haciendo aquí?

Jeff se giró tan deprisa que estuvo a punto de perder el equilibrio. Después, se apoyó en la encimera y miró al niño que había aparecido en la entrada de la cabaña. Era el hijo de Trevor y parecía enfadado.

–Hola, soy Jeff Gentry... solía venir aquí de niño.

–Esta cabaña es de mi padre. Márchate de aquí.

Jeff asintió.

–Lo sé. Yo conocí a tu padre... tú debes de ser Colin.

El chico hizo caso omiso.

–Mi padre ha muerto.

–Lo sé y lo siento muchísimo. He estado lejos durante muchos años.

Colin entrecerró los ojos.

–Papá me dijo que estabas en el ejército, en las Fuerzas Especiales. Me dijo que eres un héroe.

Jeff sintió una punzada de dolor.

–No, no soy un héroe. Sólo hice mi trabajo.

Los ojos azules del niño, muy penetrantes, lo escudriñaron.

–Si eras tan amigo de mi padre como dices, ¿cómo es posible que nunca vinieras a verlo? –preguntó.

–Yo estaba fuera del país, en el extranjero. Me habría gustado venir, pero trabajaba para el Gobierno y no podía.

Colin se mantuvo en silencio.

–Sin embargo, nos escribíamos de vez en cuando –continuó Jeff, intentando justificarse un poco–. No supe que estaba gravemente enfermo hasta que murió. Pero ahora estoy aquí, así que si puedo ayudarte en algo...

–No necesito tu ayuda. Ya es demasiado tarde.

Los ojos del niño se llenaron de lágrimas, pero se contuvo y salió corriendo de la cabaña. –Espera, Colin... Jeff salió en su busca y se detuvo al ver que un jeep destartalado aparcaba junto al todoterreno de Wyatt. Era Lacey Guthrie.

Salió del vehículo y dedicó una mirada de recriminación a su hijo, como si no estuviera muy contenta con él. Colin se alejó hacia el caballo que pastaba en la hierba y lo montó como un profesional, a pesar de que sólo tenía ocho años; después, agarró las riendas y se marchó.

Lacey cerró los ojos un momento e intentó sacar fuerzas de

flaqueza para enfrentarse al hombre que esperaba en la puerta de la cabaña.

Durante sus últimos días de vida, Trevor no deseaba otra cosa que volver a ver a su mejor amigo; pero Jeff no apareció. Lacey jamás se lo había perdonado. Había sido tan doloroso para ella que, al verlo ahora, surgido de la nada como una reminiscencia del pasado, estuvo a punto de romper a llorar.

Tomó aire y dijo:

–Vaya, Gentry, así que has vuelto a casa.

Jeff bajó del porche y caminó hacia ella con dificultades, cojeando.

–He vuelto en cuanto he podido.

Ella asintió.

–Tus padres me explicaron que estabas fuera del país.

Jeff ladeó la cabeza y la miró a los ojos con cariño. Lacey pensó que seguía siendo tan atractivo como siempre.

–Habría dado cualquier cosa, lo que fuera, por poder estar aquí –declaró él–. Quiero que lo sepas, Lacey.

–Lo sé, pero eso no significa que tu truco de esta mañana me haya hecho gracia –afirmó.

–¿Mi truco?

–Sí, tu truco. Al menos, podrías haberme avisado antes; ni siquiera sabía que estuvieras de vuelta.

–Tienes razón –admitió–. Debería haberte avisado.

–Mira, Jeff... no necesito que me ayudes. No necesito que aparezcas de repente y me rescates.

–¿Quién ha dicho que quiero rescatarte?

Ella se cruzó de brazos.

–Eres un soldado, Jeff; sargento primero, si no recuerdo mal... ¿para qué quiere un soldado dos caballos de crianza?

–Ya no estoy en el ejército. Ahora soy civil –se explicó.

Lacey lo miró con desconfianza.

–No te creo.

Él apartó la mirada, pero no antes de que ella notara un fondo de tristeza en su expresión.

–Pues créelo. He dedicado mucho tiempo y energía al ejército. Necesito un cambio en mi vida.

Lacey notó su tensión y pensó que la guerra lo había cambiado.

–A Trevor le habría gustado que vinieras a verlo –dijo.

Jeff dudó un momento antes de hablar.

–A mí también me habría gustado, Lace.

Lacey se molestó un poco al oír que la llamaba Lace, como hacían sus seres más queridos; pero no dijo nada.

–Sí, ya sé que...

–Trevor sabía que yo tenía un trabajo que hacer –la interrumpió.

Ella dio media vuelta y se alejó hacia el jeep, sintiendo un dolor tan intenso como si hubiera perdido a Trevor otra vez.

Ya no tenía sólo un problema, sino dos. Además del fallecimiento de su esposo, ahora también tendría que enfrentarse al regreso de Jeff.

CAPÍTULO
2

JEFF volvió al rancho de los Guthrie unas horas después. No podía dejar que las cosas se quedaran así; era evidente que Lacey no lo quería cerca, pero la situación era tan dolorosa para ella como para él.

Le gustara o no, había vuelto.

Aparcó junto a la casa, caminó hacia el porche y llamó a la puerta. Le abrió una niña de alrededor de cinco años de edad que llevaba pantalones vaqueros y una blusa con estampado de flores.

Al verla, Jeff se quedó asombrado. Tenía el mismo cabello rubio y los mismos ojos azules de su madre.

–¿Quién eres tú? –preguntó la pequeña.

–Jeff Gentry. Soy un viejo amigo de tu madre y de tu padre –respondió con una sonrisa–. ¿Cómo te llamas?

La niña se entristeció de repente.

–Emily Susan Guthrie –respondió–, pero no puedes ver a mi papá... ha muerto. Jeff se inclinó sobre ella y dijo: –Lo sé, Emily, y lo siento mucho. Los ojos de la niña recobraron su brillo. –Mi papá siempre me llamaba Emily Sue –dijo con orgullo.

–Un nombre muy bonito... ¿Está tu madre en casa?

–Está en los establos, dando de comer a los caballos. Yo tengo que quedarme aquí y ver la televisión. Mi hermano puede ayudarla porque es mayor, pero yo soy demasiado pequeña.

–No te preocupes por eso. Seguro que dejará que la ayudes cuando crezcas un poco... –Pero mi papá me dejaba. Decía que yo era su mejor chica.

Jeff se acordó de Wyatt y de la forma en que trataba a su hermana pequeña, Kelly, a quien llamó «princesa» durante años.

Emily asintió y declaró, de repente: –Mi mamá me ha dicho que no deje entrar a nadie cuando esté sola en casa. –Y tiene razón. Así que iré a los establos y hablaré allí con tu madre.

La niña pareció decepcionada.

–Bueno, adiós...

Cuando Emily cerró la puerta, Jeff bajó los escalones del porche y deseó poder dedicar la tarde a ver la televisión, como ella; pero en lugar de eso, tenía que hablar con Lacey y lograr que aceptara su ayuda.

Era lo menos que podía hacer. Se lo debía a Trevor.

–¡Mamá, ya he terminado con los caballos! –exclamó Colin–. ¿Tengo que hacer algo más? ¿O puedo marcharme?

Lacey echó un vistazo a su alrededor y contempló el establo, casi vacío. Después de la exitosa subasta de la mañana, sólo le quedaban cinco caballos. Y dos de ellos se marcharían pronto.

Miró las bridas de cuero que estaban sobre un tablón y respondió:

–Llévate eso al cuarto de los aperos y vuelve a casa si quieres. Pero no molestes a tu hermana.

Colin alcanzó las bridas,

–Siempre me echas la culpa de todo –protestó.

–Porque no dejas de molestar a Emily –razonó su madre–. Y hoy ya te has buscado un buen lío por salir a montar sin mi permiso.

–Muy bien. Me encerraré en mi habitación.

El niño entró en el cuarto de los aperos con las bridas y salió unos segundos después. Su madre sabía que no las podía haber colocado bien en tan poco tiempo, pero no quiso discutir con él.

Había sido un día largo y estaba cansada. Lo mejor de la subasta era que al menos tendría el dinero suficiente para pagar las facturas de los médicos de Trevor y para asegurar la solvencia del rancho durante un año. Después, ya se vería. Todavía tenía a Bonnie, una yegua de crianza, pero no podría seguir en el negocio de la cría de caballos sin un semental.

Se giró hacia la entrada del establo y vio que su hijo se había detenido y que estaba hablando con alguien. Cuando vio que era Jeff Gentry otra vez, maldijo su suerte. No tenía ganas de hablar con él.

Segundos más tarde, entró en el establo y caminó hacia ella con aire decidido, pero cojeando. Lacey, que ya había notado esa mañana que cojeaba, se preguntó si sería por alguna herida de guerra.

Antes de saludarla, se detuvo junto al compartimiento de Rebel Run y acarició al caballo. Al igual que Trevor, siempre había tenido una habilidad especial con los animales; y al igual que Trevor, era un hombre enormemente atractivo. Pero su aspecto no podía ser más diferente. Su difunto esposo tenía los ojos de color avellana y el pelo rubio; Jeff, en cambio, era de ojos marrón chocolate y cabello castaño.

–Hola, Lacey.

Lacey respiró hondo.

–Supongo que has venido por tus caballos.

Al pensar en la conversación que habían mantenido aquella mañana, Lacey pensó que había sido injusta con él. Jeff no era culpable de la muerte de Trevor; el no había creado el virus que terminó por dañar su corazón y lo llevó a la muerte.

Sin embargo, no estaba dispuesta a disculparse con él. Cuando se alistó en el ejército y desapareció, hizo algo más que alejarse de su mejor amigo; también se alejó de ella.

Jeff no fue consciente del daño que le había causado.

–Primero quiero aclarar una cosa.

–¿Aclarar?

–Sí. Sé que estás enfadada conmigo por haber vuelto. Ella lo miró con sorpresa. –Olvídalo, Jeff. He tenido un mal día, eso es todo
–se defendió–. ¿Nunca te has sentido como si el mundo se hundiera a tu alrededor?

Jeff se apoyó en una pared y recordó sus largos días en el hospital. Supo que Trevor estaba gravemente enfermo cuando acababan de operarle y no podía levantarse de la cama, de modo que ni siquiera tuvo la ocasión de ir a visitarlo. Naturalmente le envío un mensaje a Lacey, pero por su reacción, era obvio que no había sido suficiente.

–Sí, alguna vez –dijo–. Pero no deberías seguir enfadada, Lacey... sabes que a Trevor no le habría gustado que perdieras el tiempo con rencores.

Ella entrecerró los ojos.

–Ahórrate el sermón, Gentry.

–No voy a darte ningún sermón. Pero tienes que ser fuerte; tienes dos niños que te necesitan. Lacey lo miró con ira. –¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que ha
cer? Ni siquiera tuviste la decencia de venir... Sí, ya sé que la muerte de Trevor no fue culpa tuya, pero era tu mejor amigo.

–Los militares no entienden de amistades, Lacey. La guerra no entiende de amistades –argumentó–. Tenía tan poco tiempo que pasaba semanas enteras sin poder llamar a mis padres por teléfono.

Jeff cerró los ojos durante unos segundos. La última vez que había oído algo sobre Trevor, le habían dicho que se encontraba bien. Al cabo de un mes, lo enviaron a una misión peligrosa. Después, todo cambió.

–Lacey, tienes que creerme. Si hubiera sido posible, habría venido. Y no sólo por él, sino también por ti.

Jeff no podía apartar la vista de ella. Lacey siempre había sido una mujer atractiva, pero los años la habían mejorado.

–¿Por mí? No necesitaba tu ayuda entonces ni la necesito ahora –declaró Lacey con obstinación.

–Lo dudo mucho –ironizó.

Ella se quedó sorprendida con su respuesta.

–Echa un vistazo a tu alrededor, Gentry. No queda mucho del rancho.

Jeff dio un paso adelante.

–Por eso me necesitas.

Lacey maldijo en voz alta, alcanzó una horca y se alejó por el pasillo central. Jeff la alcanzó, la tomó del brazo y la obligó a mirarlo a la cara.

–¿Tan mal están las cosas, Lacey?

–Eso no es asunto tuyo.

Ella se soltó y entró en el cuarto de los aperos. Él la siguió. –¿Rebel Run es tu único semental? Lacey se entretuvo colgando bien las bridas que Co

lin había llevado unos minutos antes. –Era mi único semental. Porque desde esta mañana, es tuyo. Jeff lo lamentó profundamente. Sin un semental, no podría sacar adelante el negocio.

–Está bien, te ofrezco un trato. Necesito un sitio donde dejar a los caballos y no tengo ninguno. Si te parece bien, podría dejarlos aquí. Naturalmente, te pagaría un precio justo.

Lacey se quedó sorprendida.

–¿Estás bromeando?

–¿Desde cuándo he sido un bromista?

Jeff esperó una respuesta, pero no la obtuvo y añadió:

–De acuerdo, mejoraré la oferta... también necesito un lugar donde alojarme. Y como no estás usando la cabaña, me la podrías alquilar...

Lacey se secó el sudor de la frente y se quitó el sombrero viejo que llevaba en la cabeza. Su día estaba resultando verdaderamente difícil, y no quería que Jeff Gentry lo empeorara.

–Los Randell tenéis más propiedades que nadie en esta zona, Gentry. Llévate tus caballos al rancho de tu tío.

Jeff se encogió de hombros.

–Es cierto, pero tengo buenos motivos para no hacerlo –dijo–.

¿Aceptas mi oferta? El dinero te vendría bien.

–De acuerdo, los caballos se pueden quedar.

Él asintió.

–Deberías considerar la posibilidad de alquilar espacio para más caballos. Si cuidas de media docena más, ganarías un buen sueldo.

Ella sacudió la cabeza.

–No puedo trabajar en el mercado y cuidar de más caballos sin ayuda de nadie. Olvidas que me he quedado sola.

–Pues contrata a alguien. Entre tanto, yo puedo echarte una mano.

Lacey puso los brazos en jarras.

–Por lo que veo, sigues empeñado en venir en mi rescate. Pero no te va a funcionar, Gentry. No lo voy a permitir.

Jeff la miró, muy serio.

–Es exactamente lo contrario, Lacey. Serías tú quien me rescatara a mí.

Al día siguiente, hacia las seis de la mañana, Jeff entró por la puerta trasera de la casa de sus padres y encontró a su madre en la cocina, preparando el desayuno. Olía a café recién hecho y a panceta.

Maura Gentry había nacido y crecido en una ciudad, pero el rancho le gustaba tanto como si siempre hubiera vivido en plena Naturaleza. De cabello dorado y ojos verdes, su belleza no había cambiado durante los diez años de ausencia de Jeff.

Alzó la mirada, sonrió y dijo:

–Buenos días, cariño.

–Hola, mamá. Huele muy bien...

Jeff caminó hasta la mesa y se sentó. Maura se acercó segundos después y le sirvió un plato.

La cocina era el corazón de la casa. La habían remodelado varias veces y tenía encimeras de granito, armarios de madera de arce y el entarimado original.

–Aquí tienes –dijo ella–. He preparado rollitos de canela... –Si me sigues alimentando así, engordaré cinco kilos.

–Pues no te vendrían mal. Estás muy delgado.

Jeff frunció el ceño y se llevó un pedazo de rollito a la boca. –¿Dónde está papá? –preguntó. –Con Dylan. Han traído el toro nuevo hace un rato.

Supongo que aparecerá en cualquier momento.

Justo entonces, la puerta se abrió y apareció Wyatt. Colgó el sombrero en el gancho de la pared, saludó a su hijo, se acercó a su esposa y la besó antes de acercar una silla y sentarse a la mesa.

–Buenos días, hijo.

–Buenos días, papá.

–Tienes que ver el toro, Jeff. Dylan ya le ha puesto nombre... Rough Ride. Los dos pensamos que se va a ganar una buena reputación en el circuito de rodeos.

Maura Gentry sirvió un plato con panceta a su marido. A continuación, se puso unos huevos revueltos y se sentó con ellos.

–Bueno, si Dylan y tú os mantenéis alejados de él, seré feliz –comentó ella.

Wyatt frunció el ceño.

–¿Me estás diciendo que soy demasiado viejo para montar un toro?

–No, estoy diciendo que eres demasiado listo para correr ese tipo de riesgos. Deja los rodeos a los chicos de veinte años que quieren impresionar a las jovencitas –respondió su esposa–. Si me quieres impresionar a mí, seguro que se te ocurren otras formas.

Jeff estaba acostumbrado a que sus padres coquetearan abiertamente. Seguían tan enamorados como al principio.

Wyatt guiñó un ojo a Maura.

–Haré lo que pueda –bromeó.

Después, se giró hacia su hijo y preguntó:

–¿Ya sabes lo que vas a hacer con tus dos caballos?

Jeff se encogió de hombros.

–Sólo sé que los voy a dejar en los establos de Lacey y que le pagaré por sus servicios. –Entonces, no tienes intención de dedicarte a la cría... –Todavía lo estoy pensando; pero primero, necesito encontrar un lugar para vivir –comentó.

Maura y Wyatt se miraron.

–Sabes que te puedes quedar en la casa del capataz todo el tiempo que quieras –le recordó Maura–. ¿A qué viene tanta prisa?

–A que tengo que estar más cerca del rancho de los Guthrie –contestó–. Es posible que me vaya a vivir a la cabaña.

–¿A qué cabaña? –preguntó su padre.

–A la que Trevor y yo íbamos a jugar.

Su madre frunció el ceño.

–¿Te refieres a esa choza destartalada? Por Dios, si se estaba cayendo a trozos... –protestó.

Jeff echó un trago de zumo de naranja antes de responder.

–Trevor debió de arreglarla, porque se encuentra en buen estado.

Su madre no pareció muy convencida.

–Jeff, ¿de verdad crees que mudarte a un lugar tan alejado es una buena idea? Ese sitio está en mitad de ninguna parte.

A Jeff no le molestaba el aislamiento. Había estado en lugares infinitamente peores, desde las montañas de Afganistán hasta los desiertos de Irak.

–Mamá, sólo está a unos cuantos kilómetros del rancho. Además, me gusta la tranquilidad de ese sitio.

–No lo entiendo, Jeff. Te hemos dejado tanto espacio como querías –insistió su madre–. Y me preocupa lo de tu... accidente; todavía no te has recuperado.

–Mamá, estuve varios meses en rehabilitación –le recordó–. Y aunque os estoy muy agradecido por vuestro apoyo, ya soy mayor para vivir en la casa de mis padres.

–Pero Jeff...

–De todas formas, hay algo más importante –la interrumpió–. Tengo que pensar en lo que voy a hacer con mi vida. Quería seguir diez años más en el ejército, pero ahora tengo que empezar de cero.

Esta vez fue su padre quien habló: –Sé que en el ejército serías más feliz, hijo. Ojalá fuera posible.

Jeff sacudió la cabeza. El francotirador que le había herido había hecho algo más que dejarlo cojo; le había cambiado la vida.

–Es posible, pero ya no podría hacer el trabajo para el que me entrenaron. Necesito tiempo para pensar.

Su madre empezó a hablar, pero Wyatt la detuvo.

–Maura, nuestro hijo es un hombre hecho y derecho que debe tomar sus propias decisiones. No te preocupes por nosotros, Jeff; hagas lo que hagas, nos sentiremos orgullosos de ti.

Jeff se sintió muy aliviado. El cumplido de Wyatt significaba mucho más para él que la medalla que le habían entregado por su última misión.

Maura asintió.

–Bueno, supongo que es la solución más apropiada para ti... y para Lacey –comentó con una sonrisa–. Creo que os podéis ayudar el uno al otro.

Al día siguiente, Hank Barrett subió al coche y se dirigió a la cabaña. Sabía que presentarse sin ser invitado implicaba un riesgo,

pero si quería hablar con Jeff, tendría que arriesgarse.

Además, la edad concedía ciertos privilegios.

De camino, pasó por el rancho de los Guthrie y habló con Lacey, que estaba en uno de los cercados de los caballos. Hank se quedó fuera y la miró mientras trabajaba con los animales; lo hacía casi tan bien como su difunto marido.

Hank sonrió para sus adentros y pensó que la idea de Jeff no era tan mala. Si se marchaba a vivir a la cabaña, podrían apoyarse el uno al otro. Incluso era posible que Lacey terminara por fijarse en su nieto; y aunque no fuera así, lo ayudaría a recuperarse del todo.

Cuando llegó a la cabaña de la colina, salió del vehículo y sacó las dos bolsas con comida y suministros que le habían dado Maura y Ella.

Caminaba hacia el porche cuando Jeff salió de la casa.

–Hola, abuelo. ¿Qué estás haciendo aquí?

–No tenía más remedio que venir; si no vengo yo, habrían venido tu abuela y tu madre y habrían hecho cosas tan espantosas como ponerte cortinitas de encaje en las ventanas –bromeó–. Deberías alegrarte de verme... soy el mal menor.

Jeff soltó una carcajada y alcanzó las bolsas.

–Una tiene comida y la otra, toallas –le informó–. Ah, en el maletero del coche hay una nevera pequeña. –Saldré a buscarla después. Venga, pasa... Hank entró en la cabaña. Era muy pequeña, pero es
taba limpia y en buenas condiciones.

Junto a la cama de la litera, de sábanas blancas y manta verde, se veían dos pares de botas militares. El único objeto que parecía fuera de lugar era la muleta solitaria que Jeff había apoyado junto a la puerta; un recordatorio de los meses que su nieto había pasado en el hospital.

Hank alcanzó una silla y se sentó a la mesa.

–Menudo palacio que te has buscado –ironizó.

–No está tan mal.

–No está tan mal para nosotros, pero tu madre tendrá una opinión diferente. Una cabaña minúscula, sin ducha y con el retrete afuera, no es lo que entiende por un lugar civilizado... Pero bueno, si sientes la necesidad de darte una buena ducha caliente, mi casa está a tu disposición.

Jeff sonrió. Hank siempre le había gustado. Era una de las

grandes cosas de pertenecer a la familia Randell.

–Voy a instalar una ducha portátil en la parte de atrás.

El anciano se puso serio.

–Es una buena solución para el verano, pero no para el invierno –alegó–. Sabes que mi esposa y tu madre me han pedido que les informe sobre ti, y si quiero volver a probar sus platos, tendré que decirles la verdad.

Jeff rió.

–Entonces, diles que si he sobrevivido a los desiertos y a las selvas, también podré sobrevivir al clima de Texas.

Hank sonrió y asintió.

–Me limitaré a decirles que estás bien.

–¿Sólo has venido por eso, abuelo? ¿O hay algo más?

Hank se echó el sombrero hacia atrás.

–Bueno... tengo una idea que te quería comentar.

–Espero que no tenga nada que ver con volver a la casa de mis padres...

–No, creo que quieres estar aquí y que aquí es donde debes estar. Es una idea sobre la Randell Corporation.

–Te escucho.

–Como sabes, a veces tenemos clientes que pasan sus vacaciones en el rancho y que quieren trabajar. Disfrutan sintiéndose vaqueros durante unos días.

–Sí, lo sé. Es un negocio rentable.

–Se me ha ocurrido que a finales de verano podríamos sacar el ganado como se hacía en los viejos tiempos. Empezaríamos en el rancho de Chance, pasaríamos por el de tu padre, cruzaríamos las tierras de Jarred, Dana y Cade y terminaríamos en el Circle B. Mi casa tiene habitaciones más que suficientes para alojar a los turistas. Incluso podríamos llevar un carromato con todo lo necesario para cocinar, como en el siglo XIX.

–Sería un trayecto bastante extraño. Por lo que has dicho, trazaríais un círculo... –observó Jeff.

–En efecto. Pero nos mantendríamos dentro de las tierras de la familia; y si ocurre algo, no tendríamos que ir lejos para encontrar ayuda –explicó, arqueando una ceja–. ¿Qué te parece?

A Jeff le sorprendió que su padre no le hubiera dicho nada, pero respondió:

–Me parece perfecto. ¿Qué opinan los demás?

–Todavía no se lo he dicho. Quería que fueras el primero en

saberlo porque quiero que tú seas el encargado.

Jeff se quedó atónito.

–No puedo hacerlo, abuelo.

–¿Por qué? Has pasado varios años en el ejército. Estás acostumbrado a dirigir a la gente y a dar órdenes. –Hace siglos que no monto a caballo. Ni siquiera sé si podría volver a montar –se justificó.

–Por supuesto que puedes. Eso es como montar en bicicleta, que no se olvida nunca. Además, siempre fuiste un gran jinete... hasta de niño estabas empeñado en ser el mejor.

Jeff no lo negó. Su carácter le había sido de gran ayuda en el ejército y le había salvado la vida muchas veces.

–Pero eso era antes, abuelo.

Hank sacudió la cabeza.

–¿Antes de qué? ¿Del accidente? No digas tonterías, Jeff. Eres tan bueno como en el pasado.

–Es una pena que en el ejército no sean de la misma opinión –declaró con amargura–. Creen que para ser un soldado se necesitan dos piernas.

CAPÍTULO
3

A PRIMERA hora, Jeff cerró la puerta del compartimiento de Fancy Girl. Llevaba años sin trabajar en un establo, y no le gustó más que cuando era niño.

Sin embargo, sabía que el trabajo físico le venía bien. Hacía ejercicio todos los días, pero su vida en el campo resultaba sedentaria en comparación con la del ejército, cuando corría ocho kilómetros cada mañana.

Se sentó en un banco, delante de la puerta, y se frotó la rodilla. Se había forzado en exceso. Siempre se esforzaba al límite. Y eso no iba a cambiar.

–¿Qué te pasa en la pierna?

Jeff se giró y vio a Colin.

–Nada. Sólo estoy cansado.

Colin entrecerró los ojos.

–¿Te dispararon en el ejército?

Jeff se apoyó en la pared y se levantó.

–Sí, se podría decir que sí.

–¿Te duele?

–A veces –contestó Jeff, que no tenía ganas de hablar de ello–. Pero, ¿qué estás haciendo aquí?

–Mamá ha dicho que podía ayudarte. ¿Qué quieres que haga?

–No sé... ¿qué sueles hacer?

–Papá me dejaba que sacara a los caballos para que hicieran ejercicio, pero mamá sólo me permite limpiar los establos. –Bueno, podemos empezar por la limpieza y continuar por el ejercicio.

–Vale.

–Entonces, empecemos de una vez. Necesito que eches paja seca en el suelo de los dos compartimentos vacíos.

–¿Para qué? No hay caballos dentro...

–Haces demasiadas preguntas, hijo. En el ejército no se pregunta; nos limitamos a obedecer las órdenes. –Pero yo soy demasiado pequeño para estar en el ejército –objetó.

Jeff sonrió.

–Sí, eso es verdad. Está bien, te diré el motivo... mañana van a llegar dos yeguas nuevas.

Gracias a su tío Chance, se había extendido la voz de que el rancho de los Guthrie iba a ofrecer servicios de doma, cuidado y

albergue de caballos. Las dos yeguas eran el principio del negocio, pero Jeff no estaba seguro de poder hacerlo solo, sin ayuda de nadie.

–Si lo haces bien, hablaremos de tu sueldo.

El niño parpadeó.

–¿De mi sueldo? ¿Me vas a pagar?

Jeff asintió.

–Es un trabajo duro y necesito que me ayudes todas las mañanas. Hace tiempo que no trabajo con caballos. Tus conocimientos me vendrían muy bien –respondió–. ¿Estás disponible?

El niño no pudo ocultar su sorpresa.

–Claro. ¿También tendré que ayudarte con los caballos?

–Tendremos que consultar ese asunto con tu madre. Pero por lo que vi el otro día, tengo la impresión de que eres un jinete experimentado.

Colin hinchó el pecho.

–Monto desde que tenía cuatro años, y el mes que viene cumpliré nueve –declaró, orgulloso.

–Como ya he dicho, tendremos que hablar antes con tu madre.

–¿Hablar conmigo? ¿De qué?

El niño y el adulto se giraron hacia la entrada. Lacey avanzó por el establo con el uniforme que llevaba en el supermercado donde trabajaba; se había recogido el pelo con una coleta y sus ojos verdes brillaban con energía. Jeff la encontró más bella que nunca.

–Le he pedido a Colin que me ayude unas horas cada día. Naturalmente, le pagaré –contestó.

–¿Puedo ayudar? –preguntó el niño, entusiasmado–. ¿Puedo trabajar con los caballos de Jeff?

Lacey no pareció muy contenta con la idea.

–Ya hablaremos más tarde. Ahora, ve a casa y lávate. Mindy cuidará de Emily y de ti mientras estoy en el trabajo.

–Venga, mamá... –insistió–. ¿Por qué no puedo ayudar con los caballos? Papá me dejaba...

Jeff decidió intervenir. Sabía que había cometido un error al ofrecerle el trabajo al niño sin consultarlo antes con su madre.

–Colin, tu madre y yo tenemos que discutir el asunto.

El entusiasmo de Colin desapareció al instante, pero obedeció a Lacey y salió del establo.

En cuanto se quedaron a solas, Lacey miró a Jeff con enfado y

dijo:

–¿Cómo te atreves a pedirle que te ayude sin consultarlo conmigo? Los caballos le vuelven loco. Si me opongo a ti, se pondrá insoportable.

–No se pondría insoportable si fueras más firme con él. Te trata con poco respeto, Lacey. No se lo deberías permitir.

–Colin lo está pasando muy mal desde que su padre murió. –Lo comprendo perfectamente, pero es importante que le marques ciertos límites –alegó.

–¿Desde cuándo eres experto en niños?

–Olvidas que yo también fui un niño rebelde. Si lo mimas demasiado, cometerás un error. –Por Dios, si sólo tiene ocho años... –Casi nueve –puntualizó. –No estamos en el ejército, Jeff. Colin es un chico normal y corriente que acaba de perder a su padre. Nada más.

–Pero tiene que aprender a respetarte. Estoy seguro de que Trevor no habría permitido que te tratara mal. –Trevor habría manejado el asunto de otra forma. Jeff se puso tenso. –Lo sé, pero yo no soy Trevor. Lacey intentó mantener la calma. –Mira, Gentry... puede que estemos condenados a vivir cerca durante una temporada, pero mi familia es asunto mío, no tuyo. Y seré yo, no tú, quien decida qué es mejor para mi hijo.

Jeff la miró fijamente durante unos segundos.

–Está bien –dijo al final–. Pero quiero hablar contigo de otra cosa.

Lacey observó al hombre con el que prácticamente había crecido; al hombre con el que había compartido sus secretos infantiles; al hombre con el que había sobrevivido a la adolescencia; al hombre que había sido el mejor amigo de su esposo; al hombre con el que había perdido la virginidad.

Pero no quería pensar en eso. Y desde luego, no se podía permitir el lujo de que Jeff Gentry adivinara lo que estaba pensando.

–¿De qué quieres que hablemos?

–Creo que he encontrado una solución para tus problemas con el rancho. ¿Has considerado la posibilidad de buscar un socio?

Al día siguiente, Jeff contempló la ducha que acababa de instalar en la parte trasera de la cabaña y asintió, satisfecho. El depósito tenía veinte litros, de modo que podría ducharse entero y de un tirón. Y en cuanto a la temperatura del agua, que procedía

del arroyo cercano, el sol del verano se encargaría de templarla.

–No te ha quedado mal.

Al oír la voz, Jeff se dio la vuelta y descubrió a Brandon Randell, uno de sus primos. Agarraba las riendas de su caballo negro, Shadow, y llevaba el uniforme habitual de los texanos que trabajaban con ganado: vaqueros, botas y camisa de manga larga para protegerse del sol.

Se acercó a él y le dio un abrazo.

–Vaya, vaya, vaya... ¿qué haces lejos de la ciudad, inspector Randell? Porque no me dirás que has salido a montar.

–Pasé por casa de Hank y me dijo que estabas aquí –explicó Brandon, encogiéndose de hombros–. En coche habrían sido treinta kilómetros, de modo que decidí montar a Shadow y atajar por el campo.

–Pero no se puede atajar sin atravesar varias propiedades privadas...

–Eso no tiene importancia. Si se quejan, les digo que soy inspector de policía y que estoy en un asunto oficial –dijo Brandon, que puso los brazos en jarras–. Además, tenía que ver a mi primo. ¿Qué tal te va?

–Bien. He vivido en sitios peores –respondió–. Me gustan la paz y la tranquilidad de este sitio.

Brandon sonrió.

–No estarás insinuando que los del clan de los Randell somos unos pesados, ¿verdad? –bromeó. –Digamos que os aguanto en dosis pequeñas. La sonrisa de Brandon desapareció. –Te comprendo bien, pero ya sabes que vendrán a buscarte más tarde o más temprano. Somos así porque te queremos, Jeff. Nos alegramos de que hayas vuelto a casa.

–Y yo me alegro de haber vuelto –dijo, más relajado.

Jeff siempre se había llevado bien con su primo mayor. Cuando Jeff, su madre y su hermana llegaron a la zona, fue precisamente la madre de Brandon, Abby, quien les encontró un sitio para vivir.

Brandon se acercó a la ducha y la miró con más detenimiento.

–Se nota que ya no soportabas tu propia peste, ¿eh?

Los dos hombres rieron.

–No, supongo que no.

El primo de Jeff era como todos los Randell: alto, de hombros anchos y ojos y cabello oscuros, con la hendidura en la barbilla de todos los hombres del clan. Cuando terminó sus estudios en la

universidad, Brandon decidió ingresar en el departamento de policía. Ahora era inspector.

–Hank me ha dicho que compraste dos caballos en una subasta y que los tienes aquí –comentó.

Jeff empezó a andar hacia la casa. El sol le calentaba la espalda y la pierna le dolía un poco por el esfuerzo.

–Me pareció que tenerlos aquí sería menos complicado que tenerlos allí –se explicó–. Este año ha sido muy duro para Lacey. Por eso ha vendido sus mejores caballos.

–Sentí mucho lo de Trevor. Era muy joven –dijo, sacudiendo la cabeza–. Y morir así, dejando una esposa y dos hijos...

Al llegar al porche, se detuvieron.

–He oído que te has casado. Felicidades.

–Gracias. Cuando tengas tiempo, ven por casa y te presentaré a Nora y a Zach.

Jeff asintió.

–Haces bien al quedarte cerca de Lacey –continuó Brandon–. Necesita un buen amigo.

–No estoy seguro de que mi presencia le haga ningún bien –le confesó–. A veces creo que no tengo fuerzas ni para ayudarme a mí mismo.

–Yo diría que has empezado con buen pie, primo. Necesitas tiempo para acostumbrarte a tu nueva vida... pero ya has dado el primer paso. Venir a vivir aquí y estar solo, es una buena decisión.

Jeff frunció el ceño.

–¿Estar solo? Pero si recibo más visitas que cuando estaba en la propiedad de mis padres...

–Oh, ya conoces a esta familia. Es que lo habías olvidado porque has estado lejos demasiado tiempo.

–Supongo que prefiero la tranquilidad.

–Pero no confundas la tranquilidad con el aislamiento. Eso no es bueno.

Jeff estuvo a punto de discutírselo, pero se mordió la lengua y entró en la cabaña. Después, sacó dos refrescos de la neverita, que había instalado debajo de la pila, y volvió a salir al porche.

Brandon se había sentado en una de las sillas. Jeff se acomodó a su lado y le dio una de las botellas, que su primo abrió.

–Mira, Jeff, tienes todo el derecho del mundo a vivir donde prefieras. Yo te entiendo mejor que nadie, porque siempre he defendido mi independencia de la familia. Y eso que ni siquiera

tenía un problema tan grave como haber perdido una pierna.

Jeff sintió una punzada de dolor. La pérdida de la pierna le incomodaba tanto que ni siquiera lo había hablado con sus padres; pero con Brandon se sentía más cómodo.

–Me temo que perdí más que eso. Perdí mi carrera, mi identidad... las Fuerzas Especiales eran mi vida, Brandon.

–En eso te equivocas; has perdido la pierna y tu trabajo, pero no tu identidad. Tú eres mucho más que un soldado. Y tienes una familia que te adora y que hará cualquier cosa por ayudarte.

Jeff echó un trago de su refresco. Se le había hecho un nudo en la garganta, por la emoción.

–Bueno, si descubres dónde puedo encajar, házmelo saber.

–Creo que ya lo has descubierto tú mismo. Eres dueño de dos buenos caballos y estás trabajando con una de las vaqueras más bellas y más profesionales de toda esta zona.

Jeff se puso tenso otra vez. No quería sentirse atraído por Lacey.

–No olvides que también es la viuda de mi mejor amigo.

–Ah... ¿eso es lo que te preocupa?

Jeff negó con la cabeza.

–No, no es eso. Me siento culpable por no haber estado aquí cuando Trevor y la propia Lacey me necesitaban.

–¿Por eso has comprado los dos caballos? ¿Para ayudarla?

Jeff asintió.

–Y ahora vais a ser socios... –continuó su primo–. ¿Te vas a dedicar al negocio de la cría de caballos?

Jeff se encogió de hombros.

–No estoy seguro. Ten en cuenta que sólo sé limpiar establos y alimentar a los animales. Tendría que aprenderlo todo.

–Pues aprende. Además, siempre fuiste un gran jinete... si no recuerdo mal, domaste a unos cuantos caballos durante el verano que estuvimos juntos.

–No he montado desde que volví, Brandon.

Su primo le miró la pierna y dijo:

–Si puedes conducir un coche, también puedes montar a caballo. ¿Por dónde te la amputaron?

–Por debajo de la rodilla –respondió Jeff.

Brandon asintió.

–Pero supongo que, estando en el ejército, te pondrían la prótesis más moderna del mercado...

Jeff se levantó la pernera del pantalón y le mostró la prótesis de titanio.

–Todavía no me he acostumbrado a ella –le confesó–. Han pasado varios meses y sigo sintiéndola como si no me la hubieran amputado... Por lo visto, es bastante común. Un eco del dolor, que se pasa con el tiempo.

–No puedo decir que sé cómo te sientes, porque no sería verdad; pero míralo desde el lado positivo. Estuviste a punto de morir en aquella misión. Si hubieras muerto, tu madre, tu padre y todos los demás nos habríamos quedado destrozados... Nunca he estado en una guerra, pero en mi trabajo nos enfrentamos a menudo a la muerte.

Brandon se detuvo un momento y añadió, con una sonrisa:

–Decidas lo que decidas, espero que te quedes por aquí. Me gustaría que recuperáramos nuestra antigua amistad. Ten en cuenta que eres el primer héroe de verdad que conozco...

Lacey estaba a punto de perder la paciencia. Cuando encontrara a Colin, lo castigaría con quedarse en casa todo el verano. Si es que sobrevivía, por supuesto.

Detuvo el jeep y se dirigió a la cabaña. No quería molestar a Jeff, pero no tenía más remedio. Su hijo había desaparecido y debía encontrarlo.

Mientras caminaba, se preguntó si Jeff estaba en lo cierto al afirmar que debía ser más firme con Colin. Todo aquello era nuevo para ella. Sabía que el niño lo pasaría mal tras el fallecimiento de Trevor, pero no imaginaba que sería tan difícil. Por mucho que le disgustara, necesitaba ayuda.

Lacey se acercó a la cabaña desde un lateral, de modo que alcanzó a ver a los dos hombres que estaban en el porche trasero. Reconoció a Brandon Randell de inmediato y dudó, pero pensó que, siendo inspector de policía, la podría ayudar tanto o más que Gentry.

Mientras se acercaba al porche, oyó que hablaban de la pierna de Jeff. Lacey siguió andando y se llevó la enorme sorpresa de que no era una pierna, sino una prótesis como de metal.

En ese momento, Jeff la vio y se bajó la pernera del pantalón.

Brandon se levantó, se acercó a Lacey y le estrechó la mano.

–Hola, Lacey. Me alegro de verte.

–Hola, Brandon –dijo ella, todavía asombrada por el descubrimiento–. Lamento haberos molestado. Será mejor que me

vaya.

Jeff también se levantó.

–Lacey, espera…

Lacey ya se alejaba hacia el jeep, pero se detuvo. Se sentía profundamente culpable por haber sido tan dura con Jeff, por haberle recriminado su ausencia. Ahora, por fin, conocía el motivo.

Como no dijo nada, él insistió.

–¿Querías algo, Lacey?

–Yo…

–¿Lacey? ¿Qué ocurre?

Por fin, Lacey recobró el aplomo necesario para hablar.

–No encuentro a Colin por ninguna parte –respondió–. Tengo miedo de que se haya escapado.

CAPÍTULO
4

CUANDO Jeff abrazó a Lacey, no tenía más intención que animarla; pero al sentir su cuerpo suave y delicado, la deseó con toda su alma y cayó en la cuenta de lo mucho que la había echado de menos.

Sin embargo, ahora tenían que concentrarse en la desaparición de Colin.

Se apartó de ella y dijo:

–No te preocupes. Lo encontraremos.

–¿Cuándo lo viste por última vez? –preguntó Brandon.

–No estoy segura, la verdad... esta mañana, discutimos. Insistió en lo de trabajar con los caballos y yo me enfadé y lo envié a su habitación. Más tarde, a mediodía, le preparé un bocadillo y se lo subí para charlar con él y hacer las paces, pero se había ido –explicó, con lágrimas en los ojos.

–¿Y Emily? ¿No ha visto nada? –intervino Jeff.

Lacey sacudió la cabeza.

–No, lleva todo el día en casa de una amiga.

–¿Has mirado en el establo? Puede que se haya escondido.

Lacey se cruzó de brazos.

–Claro que he mirado... y su caballo tampoco está. Ni siquiera sé cómo se ha podido marchar sin que yo lo viera. He estado en la cocina toda la mañana. Supongo que se habría ido por detrás de la casa –explicó–. No puedo creer que tenga tantas ganas de alejarse de mí.

–Ha sido un año duro para él, Lacey –comentó Brandon–. Pero lo encontraremos, descuida. ¿Seguro que lo has buscado en todas partes?

Ella asintió. –En todas. Al final, he decidido acercarme a la cabaña porque Trevor y él venían a menudo. –Puede que esté enfadado porque ahora vivo aquí –dijo Jeff. –No lo sé. Últimamente está enfadado con todo. Le disgustó mucho que vendiera a Rebel Run y Fancy Girl.

Jeff sacó el teléfono móvil.

–Llamaré a mi padre y le pediré que salgan a buscarlo. Mientras Jeff hablaba con Wyatt, Brandon llamó a Hank por radio; cuando cortó la comunicación, les dijo:

–Creo que tenemos gente de sobra para buscar a Colin; pero si

sigue sin aparecer dentro de unas horas, emitiré una orden oficial de búsqueda. Necesitaré una fotografía del niño, Lacey. Pero de momento, no te preocupes demasiado; sólo es por precaución.

Lacey se secó las lágrimas de los ojos y asintió.

–Llevo una fotografía suya en el bolso.

Ella se dirigió al jeep. Brandon miró a su primo y dijo: –Si me prestas tu todoterreno, iré más rápido. –Adelante, llévatelo. Las llaves están dentro –dijo Jeff–. ¿Pero qué vas a hacer con el caballo?

–¿Puedes quedártelo tú? Enviaré a alguien más tarde, para que lo recoja.

Lacey regresó en ese momento con una fotografía de Colin.

Brandon la miró y sonrió.

–Es un chico muy guapo... En fin, supongo que decirte que te quedes en casa y esperes será inútil, de modo que no te lo diré.

Brandon se marchó enseguida, sin perder más tiempo.

–Salgamos juntos a buscarlo –dijo Jeff–. Hace mucho que no monto a caballo, pero podríamos ir en tu jeep. Los dos conocemos muy bien la zona.

Jeff caminó hacia el caballo de Brandon y ella lo siguió. Al verlo cojear, volvió a maldecirse por haber sido injusta con él. Nadie le había informado de que la herida de la pierna era tan grave que se la habían amputado.

–¿Por qué no me lo contaste? Él alcanzó las riendas de Shadow y llevó al animal hacia los establos.

–¿Qué querías que te dijera? ¿Que perdí la pierna durante mi última misión? Hay miles de hombres y de mujeres que han vuelto a casa en peores condiciones. Yo sólo he perdido un trozo de una pierna... otros han perdido las dos o los dos brazos. En realidad, he tenido suerte.

–Sí, tienes suerte de haber vuelto a casa con vida, eso es verdad. Pero te dije cosas tan terribles...

–¿Y ahora vas a ser más amable conmigo? ¿Por qué? ¿Porque estoy lisiado?

–No, porque ahora entiendo tus motivos. Pensé que no habías venido porque tenías miedo de enfrentarte a Trevor.

–Olvídalo, Lacey. Me lo merecía –declaró–. Pero no dudes nunca de mi afecto hacia Trevor. Lo quería como si fuera un hermano. Me arrepentiré toda la vida por no haber estado aquí, con vosotros.

Ya habían dejado a Shadow en los establos cuando ella dijo:

–Siempre he sabido que adorabas a Trevor. Supongo que me enfadé tanto contigo porque necesitaba que me ayudaras con él. A fin de cuentas, eras el más seguro de los tres, el que nunca tenía miedo.

Jeff la miró a los ojos.

–Lacey, todos tenemos miedo alguna vez. Por ejemplo, yo tengo miedo de que al mudarme a la cabaña, haya sido el responsable inconsciente de que Colin se escape.

Lacey sacudió la cabeza.

–No, mi hijo lleva mucho tiempo enfadado. Echa de menos a su padre. Echa de menos la familia que fuimos.

–Es natural. Trevor y tú y estabais muy enamorados. Os amabais con locura desde los tiempos del instituto...

Lacey apartó la mirada. Su matrimonio había sido bastante más difícil de lo que Jeff imaginaba, pero no quería hablar de eso.

–Erais la pareja perfecta –continuó.

–Jeff, ya conoces el refrán. Las apariencias engañan.

Dos horas después, Jeff ya había estado en todas partes; pero si Colin se había marchado a caballo, era improbable que lo encontrara cerca de la carretera. Gracias a Brandon, con quien había hablado poco antes, sabía que los Randell estaban buscando al pequeño; desgraciadamente, faltaban pocas horas para que se hiciera de noche.

Detuvo el jeep junto a la cabaña. Lacey se alejó un poco para llamar por teléfono a su casa y él entró para asegurarse de que el chico no estaba dentro. Cuando vio que no había nadie, se preocupó más. Lacey reapareció poco después. Suspiró, se apoyó en la mesa y dijo:

–Brandon está en mi casa con un montón de gente. Pero no me siento con fuerzas para enfrentarme a ellos, Jeff.

–Piensa, Lacey. ¿Seguro que no se te ocurre ningún sitio donde Colin se haya podido esconder? ¿Sabes si Trevor lo llevaba a algún lugar especial?

Ella sacudió la cabeza. –¿Nunca te ha mencionado algún nombre, alguna zona... ? Lacey volvió a sacudir la cabeza. Pero de repente, se detuvo y exclamó: –¡Claro que sí! El sitio donde Trevor lo llevaba de acampada.

–¿Dónde está?

–Lo desconozco. Sólo sé que está en nuestra propiedad, en

alguna parte –respondió–. Decían que era su escondite secreto y no quise presionarlos.

Jeff intentó acordarse de los sitios a los que iba con Trevor durante su infancia. Les encantaba explorar, así que conocían todos los rincones del rancho.

De repente, se acordó de un lugar que se encontraba en la propiedad de los Guthrie. Era una formación rocosa muy interesante. Trevor y él se prometieron que no le hablarían de ella a nadie, y Jeff estaba seguro de que su amigo tampoco se lo había dicho a su esposa.

–¿Te habló Jeff de Three Rock Ridge?

–Puede que mencionara ese nombre en alguna ocasión, pero no sé nada más. ¿Crees que Colin estará allí?

–No estoy seguro, pero lo descubriremos enseguida.

Jeff entró en los establos y empezó a ensillar a Shadow, el caballo de Brandon.

Lacey se acercó a él y preguntó:

–¿Qué estás haciendo?

–Voy a encontrar a Colin.

–No puedes ir tú solo. Llamaré a Brandon.

Jeff la miró.

–¿Me crees incapaz de encontrar a tu hijo?

–No, no es eso. Es que acabas de salir del hospital y...

–Y me has tomado por un inútil –la interrumpió, molesto.

Lacey lo tomó de la mano.

–No, ni mucho menos. Tú mismo has dicho que hace tiempo que no montas a caballo. ¿Qué harás si te pasa algo por el camino?

–No me va a pasar nada.

–Espera a Brandon, por favor...

–Confía en mí, Lace. No tenemos tiempo que perder. Si esperamos, se hará de noche...

Jeff terminó de ensillar al caballo y montó. Se sentía bastante inseguro, pero tardó poco en descubrir que no tendría problemas para controlar el animal.

–Habla con Brandon y dile que me dirijo al noreste, a un lugar que está a unos tres kilómetros de aquí. Me llevo el teléfono móvil, así que te llamaré en cuanto haya llegado.

Lacey se acercó al caballo y puso una mano en la pierna de Jeff, justo por encima de la rodilla.

–Jeff...

Él se estremeció al sentir su contacto.

–Te devolveré a tu hijo, Lacey; te lo prometo.

–No es necesario que vayas solo...

–En eso te equivocas, Lacey. Es absolutamente necesario –afirmó–. Se lo debo a Trevor.

Treinta minutos después, Jeff estaba más tenso y agotado que en mucho tiempo. Incluso había cometido el error de marcharse sin llevar encima una linterna. Casi podía imaginar lo que dirían los periódicos: *Miembro de las Fuerzas Especiales se pierde durante la búsqueda de un niño*.

Llegó a la formación rocosa cuando el sol ya se empezaba a ocultar. Colin no estaba por ninguna parte, pero notó el olor a quemado y supuso que habría encendido una hoguera.

Desmontó y avanzó hacia el claro que se encontraba detrás de las rocas. Colin se había echado sobre la manta de su caballo, Buddy, y tenía la cabeza apoyada en la silla de montar.

Al parecer, el niño sabía cuidar de sí mismo.

–Veo que te has puesto cómodo...

Colin se sobresaltó al oír su voz.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Adivínalo. Tu madre está muy preocupada contigo.

El chico se encogió de hombros y se sentó.

–Me trata como si yo fuera un niño.

–Tal vez, porque te comportas como uno –observó Jeff–. Escaparte de casa no ha sido una idea muy brillante.

Colin lo miró con cara de pocos amigos.

–Es que no me deja hacer nada...

–Para que confíe en ti, tendrás que demostrarle que eres digno de confianza. Y tus actos no demuestran ninguna madurez.

–¿Y tú qué sabes? ¡No eres mi padre!

–Lo sé, Colin, pero podría ser tu amigo. ¿Por qué te has escapado?

–No quiero hablar contigo. Tú no sabes nada de nada.

–Te equivocas. Yo me comportaba igual que tú cuando mi madre nos trajo a este sitio. También había perdido a mi padre.

–¿Murió?

Jeff sacudió la cabeza. Era la primera vez en muchos años que pensaba en Darren Wells, su padre.

–No, lo metieron en prisión. Pero eso no significa que yo no lo quisiera; todos los niños necesitan a sus padres.

–Pues yo no lo necesito –dijo el niño, obstinado.

Jeff sintió una punzada en el corazón. Sabía que Colin lo estaba pasando muy mal.

–Sí, ya lo veo... parece que sabes cuidar de ti mismo. ¿Piensas quedarte a vivir aquí, en mitad del campo?

–No, sólo necesitaba pensar un poco.

–¿En algo con lo que te pueda ayudar?

El niño sacudió la cabeza.

Jeff suspiró y señaló un tronco cercano.

–¿Te importa que me siente? Me duele la pierna. Todavía no he recuperado la costumbre de montar.

–¿Qué le pasa a tu pierna? ¿Te hirieron en la guerra o algo así? –preguntó Colin con interés. Jeff se sentó. –Sí, en efecto, pero los médicos no la pudieron sal

var. Colin tragó saliva. –¿Quieres decir que te la cortaron? –Sí, por debajo de la rodilla.

–Guau... ¿Me dejas verla? Jeff se quedó asombrado por la franqueza del pequeño. Era un digno hijo de su padre. Se inclinó hacia delante y se levantó la pernera del pantalón. Colin se acercó y examinó la prótesis.

–¿Duele?

–A veces. Han pasado nueve meses desde entonces, pero todavía no he aprendido a andar bien con la prótesis.

–¿Nunca te la quitas?

Jeff asintió.

–Sí, me la quito cuando me ducho y cuando duermo.

–¿Puedes quitártela ahora?

Jeff se estremeció. Lo de su pierna era un asunto muy personal, que le incomodaba. Pero el niño no tenía intención de juzgarlo ni de reírse a su costa; sólo sentía curiosidad, nada más.

–Haré un trato contigo. Llamaré a tu madre para que sepa que estás bien y me la quitaré.

El chico gimió.

–Estará muy enfadada conmigo. Seguro que me castigará. –Es normal, Colin; has hecho algo muy peligroso. Tendrás que afrontar las consecuencias.

Colin asintió.

–De acuerdo. Pero te quedarás conmigo hasta mañana.

Jeff lo miró con gravedad.

–De todas formas, ya está demasiado oscuro para volver –

insistió Colin.

–¿Sabes una cosa, chico? Me recuerdas mucho a tu padre. Él también tenía una habilidad especial para meterme en líos.

Colin sonrió de oreja a oreja y Jeff se sintió como si hubiera retrocedido veinte años en el tiempo. Tenía la sensación de que a Trevor le habría encantado la idea de su hijo.

Lacey se levantó a primera hora de la mañana siguiente y se dirigió a la cabaña para esperarlos. Cuando Jeff la llamó por teléfono la noche anterior, ella se negó a que pasaran toda la noche en el campo; pero él le aseguró que estarían bien y, al final, accedió.

Ahora, mientras caminaba de un lado a otro, nerviosa, se preguntó qué iba a hacer con su vida y con su hijo. Tenía que imponerle algún tipo de castigo. No podía dejarlo pasar.

–Oh, Trevor... ¿qué voy a hacer? No sé si podré criar a Colin sola –se dijo en voz alta.

Se apoyó en la pila y echó un vistazo por la ventana, pero no vio a nadie. Después, se fijó en los nombres grabados en la encimera y sonrió. Ella estaba en San Angelo, estudiando, cuando Trevor Guthrie se le acercó un buen día y se presentó; se hicieron amigos enseguida, y más tarde, en el instituto, empezaron a salir.

Trevor y Jeff eran grandes amigos, y Lacey se había preguntado más de una vez si Jeff se enfadó con ella, en su momento, por haberse interpuesto entre los dos. A veces, cuando la miraba, Lacey sentía una emoción extraña que no se podía explicar; pero las cosas siguieron su curso normal hasta que terminaron sus estudios en el instituto.

Trevor le propuso entonces que se casara con él. Lacey quería esperar un poco y la situación desembocó en una serie de discusiones que terminaron por provocar la ruptura de la pareja. Ese verano, Jeff volvió de la universidad y le pidió que se reuniera con él en la cabaña. Lacey fue a la cita y se llevó una sorpresa más que agradable al comprobar que su viejo amigo se había convertido en un hombre hecho y derecho.

Pero su alegría duró poco. Jeff empezó a hablar sobre Trevor y a insistir en lo buena persona que era. Evidentemente, Trevor le había pedido que hablara con ella y que intentara convencerla para que se casara con él.

Molesta, Lacey pasó los brazos alrededor de su cuello y lo besó. Incluso ahora, después de todo el tiempo transcurrido, seguía sin

creer que hubiera hecho algo tan atrevido. Cuando Jeff se apartó de ella, Lacey estaba tan excitada y tan mareada que casi no se tenía en pie.

Jeff le dijo que aquello era un error, pero se besaron de nuevo sin poder evitarlo. Antes de que se dieran cuenta, una cosa llevó a la otra y terminaron haciendo el amor en la litera de la cabaña.

Lacey supo entonces que no estaba enamorada de Trevor, sino de Jeff. Él le pidió disculpas por lo sucedido, y cuando ella intentó decirle que no lo lamentaba en absoluto, él le dijo que iba a ingresar en el ejército y salió de la cabaña sin darle ocasión de explicarse.

Unas semanas más tarde, Jeff se marchó definitivamente. Lacey se había enamorado de un hombre que no quería saber nada de ella, y estaba tan dolida y tan desesperada que aceptó el ofrecimiento de Trevor y se casó con él al cabo de unos meses.

Los años pasaron poco a poco. Jeff mantuvo las distancias y sólo fue a verlos unas cuantas veces, aunque ella procuraba evitarlo de todas formas. Lacey intentó ser una buena esposa para Trevor, pero en el fondo se sentía terriblemente culpable por haberse casado con él.

–¿Mamá?

Al oír la voz de su hijo, Lacey corrió hacia la puerta y lo abrazó. Estaba bien, a salvo.

–Oh, Colin...

Jeff apareció en ese momento.

–Gracias, Jeff. Gracias por haberme devuelto a mi hijo.

–Colin, creo recordar que tienes algo que decirle a tu madre.

El niño bajó la cabeza y empezó a murmurar.

–Habla alto, hijo. No te oye –insistió.

Colin miró a su madre con tristeza.

–Siento haberme escapado, mamá; siento haberte preocupado sin motivo. No volverá a ocurrir –se disculpó.

–Sí, Colin, es verdad que estaba muy preocupada. ¿Cómo quieres que confíe en ti si huyes cada vez que las cosas te disgustan? –preguntó su madre–. ¿Sabes cuánta gente te ha estado buscando?

–Lo sé, lo sé... ha sido una estupidez. Jeff me ha dicho que tengo que ser fuerte y ayudarte porque llevas un gran peso sobre los hombros.

Lacey intentó ocultar su sorpresa ante la demostración de

madurez de Colin.

–Bueno, no es para tanto, Colin… –acertó a decir.

–Te ayudaré mucho más a partir de ahora –prometió el niño–. Si te parece bien, trabajaré con los caballos de Jeff y limpiaré los establos.

–Me parece una idea muy buena. Y muy conveniente, porque será lo único que puedas hacer durante las dos semanas del castigo que te voy a imponer… no podrás montar a caballo ni ver la televisión ni jugar con videojuegos.

El niño gimió.

–Ya te lo advertí, Colin –intervino Jeff–. No enfades nunca a tu madre.

–Seguro que es más dura que el ejército…

Jeff soltó una carcajada y dijo:

–Qué va, tu madre es mucho mejor… Ninguno de los sargentos que conozco te habría recibido hoy con besos y abrazos.

CAPÍTULO 5

UN DÍA de la semana siguiente, Jeff se presentó en el rancho de los Guthrie a primera hora de la mañana. Cuando salió del vehículo, vio que había alguien en un cercado y se aproximó. Era Lacey, que estaba montando a Fancy Girl.

Jeff se apoyó en la valla y la observó, incapaz de apartar la vista de ella. Estaba preciosa; llevaba unos vaqueros que se ajustaban a su cuerpo como un guante y se había hecho otra vez una coleta, visible bajo el sombrero. Además, montaba a la yegua con una profesionalidad y un estilo que lo sorprendió. Por lo visto, tenía un talento natural con los caballos.

–Hola, Jeff.

Jeff maldijo su suerte al oír la voz de Colin. La aparición del niño significaba que su espectáculo privado había llegado a su fin.

–Hola, Colin... Buenos días, Lacey.

Lacey desmontó y caminó hacia ellos.

–Buenos días. No esperaba que llegaras tan temprano.

–He querido empezar pronto porque hoy va a hacer mucho calor –dijo él, aunque lo del calor sólo era una excusa–. ¿Por qué no me habías dicho que sabes montar tan bien?

Ella se encogió de hombros. Quiso responder, pero su hijo se le adelantó.

–Mamá solía domar caballos. Papá decía que tiene un talento natural... –Colin, ¿no deberías estar en casa, vigilando a tu hermana?

–Venga, mamá... quiero ayudar a Jeff.

–Y lo ayudarás, pero tu castigo no ha terminado todavía. Aún falta otra semana –le recordó. Colin miró a Jeff en busca de ayuda, pero no la obtuvo. –Lo siento, chico, esta vez no puedo hacer nada. Cometiste un error y ahora tienes que pagar por ello.

El niño asintió.

–¿Sigue en pie la oferta de pagarme por mi trabajo?

Jeff miró a Lacey.

–Bueno, eso tengo que hablarlo antes con tu madre.

Colin abrió la boca para decir algo.

–No insistas –se apresuró su madre–. Tomaré una decisión la semana que viene, cuando vea qué tal te has portado.

Colin asintió.

–Está bien, iré a vigilar a Emily y a ordenar mi habitación. Cuando termine, fregaré los platos. El niño se alejó hacia la casa y Jeff sonrió. –Es un chico con carácter, ¿eh? –De tal palo, tal astilla –bromeó ella–. Se llevaba tan bien con Trevor que hacían piña y yo no tenía ninguna opción.

–¿Qué tal se ha portado hasta ahora?

–Bien, aunque tiene sus momentos.

–Si quieres que hable otra vez con él...

Ella sacudió la cabeza.

–No, gracias. Sé cuidar de mis hijos.

Lacey tiró de las riendas de Fancy Girl y la llevó hacia los establos. Jeff la siguió.

–Discúlpame, Lacey. No pretendía molestarte. –Emily y Colin son responsabilidad mía, Jeff. Soy su madre. Su disciplina es cosa mía –afirmó.

Lacey dejó a la yegua en el compartimiento y le quitó la silla. Ni siquiera sabía por qué estaba tan tensa con Jeff; a fin de cuentas, le había comprado los dos caballos, la estaba ayudando a salir adelante e incluso había encontrado a Colin cuando se escapó de casa.

Encontró la respuesta a sus dudas un momento después, al girarse hacia la puerta. Colin estaba magnífico con sus vaqueros y su camiseta verde, ajustada.

Le gustaba tanto que la estaba sacando de quicio. Pero eso no era excusa para ser grosera con él.

–Lo siento, no he debido hablarte en ese tono. Encontraste a mi hijo y no has hecho otra cosa que ayudarme.

–No quiero tu gratitud, Lace. Quiero un socio.

A Jeff siempre le había gustado la cocina de los Guthrie. Era un lugar luminoso y alegre, de paredes amarillas, que había cambiado muy poco desde los tiempos de su infancia. De hecho, los electrodomésticos eran tan viejos que se preguntó si a Trevor le habría ido bien con los negocios. Incluso la casa necesitaba unas manos de pintura, aunque los establos y los cercados se encontraban en buenas condiciones.

Lacey sirvió dos tazas de café y se sentó a la mesa, frente a él. A continuación, suspiró y dijo:

–Creía que ya lo habíamos hablado. No tengo dinero para seguir con el negocio de la crianza de caballos, y cuidar de los niños me lleva demasiado tiempo.

–Pues deja tu trabajo en la ciudad.

Ella sacudió la cabeza. –Necesito el seguro sanitario, sobre todo por los niños. Si trabajara por mi cuenta, no lo podría pagar.

–Podrías si fundamos una empresa. Creo recordar que sólo hacen falta tres personas –dijo él–. Podemos contratar a un tercero para que se ocupe de alimentar a los caballos y de sacarlos a hacer ejercicio. Además, así podríamos tener más caballos y ganar más dinero todos los meses.

Lacey tardó en responder.

–¿Qué tendría que hacer, Jeff?

–Lo que sabes: domar caballos –respondió–. No sabía que fueras tan buena. Ella se encogió de hombros. –Trevor era quien tenía talento. Me enseñó él. –Y te enseñó bien... –Sí, supongo que sí –admitió–. Pero eso no serviría de mucho, porque la reputación del rancho se debe a mi difunto marido. La gente no confiará en mí. Querían a Trevor.

–Confiarán en ti cuando te vean montar.

–Para eso necesitaríamos más caballos y sólo tenemos tres, porque Bonnie es la madre de Rebel.

–¿Te importa que hable con mi tío Chance?

Ella parpadeó, sorprendida.

–¿Con Chance Randell?

Jeff asintió.

–Podríamos llegar a un acuerdo con él. El abuelo dice que estaba muy impresionado con tus caballos... y hasta podría comentárselo a mi tía Tess. Ella sabe bastante más de doma.

Lacey se alegró mucho. Admiraba a Tess Meyers Randell desde pequeña.

–Por supuesto que sí; es una de las mejores domadoras de Texas. ¿A cuántos campeones ha entrenado?

–No esto seguro, pero sé que Brandon tuvo que ayudarla cuando sólo tenía un caballo –respondió–. Seguro que estará encantada de aconsejarnos sobre el negocio.

Lacey miró a Jeff con atención.

–Jeff, ¿de verdad quieres que sea tu socia en la cría y doma de caballos? Si te asociaras con tu tío, sería más fácil para ti y de paso me quitarías a mí del camino, con lo que eliminarías a la competencia.

Jeff echó un trago de café.

–Sinceramente, quiero mantenerme lejos de mi familia. De

momento.

–¿Por qué? Es tu familia, Jeff. Te adoran. Sólo quieren ayudarte.

Jeff entrecerró los ojos.

–Porque quiero hacer las cosas a mi manera.

–Y sin embargo, me ofreces que me convierta en tu socia...

–Quiero demostrarles que puedo salir adelante sin su ayuda; pero necesito tus conocimientos y tu talento, Lace. En mi estado actual, no sé si podría pasar varias horas al día encima de un caballo.

–Seguro que sí, Jeff. Siempre has hecho todo lo que te propones.

–Lacey, ya no soy el hombre que era.

–Ni yo la mujer que era –observó–. Todos cambiamos con el tiempo.

Él la miró, pero no dijo nada.

–Sin embargo, sé que tuviste que hacer un gran esfuerzo para montar a caballo esa noche y salir en busca de mi hijo –añadió.

Jeff le lanzó una mirada de angustia y se levantó de la mesa.

–Bueno, tengo que volver al trabajo. Iré a ver a Chance dentro de un rato –le informó–. Sólo quería saber si estás dispuesta a ser mi socia.

Lacey intentó convencerse de que, si aceptaba su oferta, la aceptaría por el bien de Colin y de Emily; pero no pudo engañarse. En el fondo de su corazón, sabía que también lo haría por ella misma.

Miró a Jeff, asintió y dijo:

–Lo pensaré.

Horas más tarde, Jeff detuvo el vehículo frente a la mansión victoriana del rancho de los Randell. Cuando su padre, Jack, acabó en la cárcel por robo de ganado, Chance quiso encargarse de sus dos hermanos, Cade y Travis, y seguir adelante como si no hubiera pasado nada; sin embargo, los tribunales se lo impidieron porque todavía no era mayor de edad y tuvo que pedir ayuda a Hank Barrett, que se convirtió en su padre adoptivo. Más tarde, se les sumaron los tres hijos naturales de Jack: Jarred, Wyatt y Dylan.

Chance apareció en la entrada de la mansión en compañía de su esposa, Joy. La pareja llevaba varios años de matrimonio feliz. Estaban muy enamorados.

–Hola, sobrino. Ya era hora de que aparecieras... –dijo,

mientras le daba un abrazo–. Nos alegramos mucho de verte.

–Siento no haber venido antes –se disculpó–. Me estoy tomando las cosas con calma, por así decirlo.

–No me extraña en absoluto. Me contaron lo de tu pierna.

–Bueno, no es para tanto. Al menos estoy vivo.

Chance lo miró con tristeza.

–Lamento lo que te pasó, Jeff. Pero bueno, eso es agua pasada –añadió, intentando animarlo–. Además, no hay cama de hospital que pueda retener mucho tiempo a un Randell.

Jeff rió.

–No, supongo que no.

Joy, la encantadora y rubia esposa de Chance, también abrazó a Jeff. –Menos mal que has vuelto –le dijo–. Sé que tu madre está muy contenta. –Sí, ya me había dado cuenta. Desde que volví, cocina como para todo un regimiento –bromeó.

Joy le hizo prometer que cenaría con ellos una noche y desapareció en el interior de la casa. Cuando ya estaban a solas, Chance dijo:

–Tu padre me ha comentado que compraste dos caballos del rancho de los Guthrie.

–Sí, Rebel Run y Fancy Girl.

Chance soltó un silbido.

–Vaya, vaya... ¿sabes cuánto tiempo llevaba detrás de esos caballos? Si Lacey Guthrie los ha vendido al final, es que tiene problemas económicos.

Jeff asintió.

–Sí, la estoy ayudando a salir adelante. Le he pedido que sea mi socio.

Su tío no pareció sorprendido.

–¿Qué planes tienes?

–Eso depende de ti. Tengo algo que proponerte.

Chance se quitó el sombrero. Su cabello, rubio, tenía canas aquí y allá.

–Suena interesante...

Jeff le explicó la situación mientras caminaban hacia el establo más grande. Los caballos de Chance eran famosos en toda la zona, pero no los domaba para espectáculos, sino sólo para montar.

–Quiero que Lacey se encargue de la doma de los caballos, pero necesitamos potros. ¿Qué te parece si llegamos a un acuerdo? Si me prestas un buen semental para Bonnie, yo te prestaré a Rebel para

que cubra a dos de tus yeguas.

Chance se frotó la nuca.

–Ésa es una posibilidad, en efecto; pero se me ocurre otra... ¿Por qué no vendes el semen de Rebel? –No se me había ocurrido, la verdad. Chance sonrió. –Jeff, soy tu tío y haré todo lo que esté en mi mano por ayudarte. Además, conseguir que dos yeguas se queden preñadas de Rebel no será especialmente difícil –bromeó.

–Entonces, ¿trato hecho?

Su tío le estrechó la mano.

–Por supuesto que sí. Bienvenido al negocio, Jeff.

A la tarde siguiente, Jeff estaba tan cansado después de haber trabajado toda la mañana en el rancho de los Guthrie que no podía con su alma. Necesitaba una ducha con desesperación.

Se quitó la ropa y la prótesis, alcanzó la muleta, una toalla y las cosas de afeitarse y se dirigió al arroyo. Hacía mucho calor y lamentó que el arroyo no fuera tan profundo como para poder nadar.

Con la ayuda de la muleta, caminó hacia la roca que había movido unos días atrás para poder sentarse en ella y lavarse.

Se acomodó, llenó una vieja palangana que había encontrado en la cabaña y se echó el agua en la cabeza. El agua fría le hizo gemir y sonreír a la vez. Era una sensación muy agradable.

Tras mojarse varias veces más, alcanzó el jabón y se frotó todo el cuerpo. Después se levantó, se dirigió a la ducha y abrió el grifo.

Se sentía un hombre nuevo.

Lacey cerró la portezuela del jeep y subió por la colina de la cabaña. Había llamado a Jeff por teléfono, pero como no contestaba y necesitaba hablar con él urgentemente, decidió ir a verlo en persona.

Aquella mañana había recibido una notificación del banco, donde se le notificaba que tenía que pagar una suma astronómica antes de dos semanas. Si no lo hacía, perdería el rancho.

La notificación le sorprendió mucho porque no sabía que Trevor debiera dinero. Pensó que sería un error y llamó a la entidad bancaria. El señor Dixon le informó de que su esposo había pedido un crédito el año anterior, usando el rancho como aval. Cuando lo supo, Lacey se sintió profundamente deprimida. Le parecía increíble que Trevor se lo hubiera callado.

Pero eso carecía de importancia en ese momento. No tenía dinero para pagar el banco y, en consecuencia, perdería su casa.

Ni siquiera sabía lo que le iba a decir a Jeff. El orgullo le impedía confesarle que su esposo no había confiado en ella lo suficiente como para informarle del asunto del crédito. Tendría que encontrar una excusa para rechazar la oferta de convertirse en su socia.

Al llegar a la cabaña, vio que la puerta estaba abierta y lo llamó.

–¿Jeff?

Como no contestaba, entró y echó un vistazo. Jeff no estaba por ninguna parte, y ya se disponía a marcharse cuando vio sus botas, sus pantalones y su prótesis junto a la litera.

Lacey pensó en la agonía que habría pasado Jeff y se sintió muy triste. Desconocía los detalles, pero era evidente que los médicos no le habrían amputado la pierna si no se hubiera encontrado en una situación de vida o muerte.

Derramó una lágrima solitaria y se la secó. En un año habían cambiado muchas cosas. Ahora sabía que Trevor y él habían estado luchando por sus vidas al mismo tiempo, y se preguntó si Jeff no la estaría ayudando exclusivamente porque creía haber fallado a su amigo.

Bien pensado, podía aprovechar la deuda con el banco para romper su relación con él. No quería encariñarse más.

Salió de la cabaña con intención de marcharse antes de que él volviera, pero quiso comprobar si se encontraba bien y se dirigió al arroyo. Ya estaba a medio camino cuando vio que su cabeza sobresalía por la parte superior de la ducha que había instalado.

Decidió volver sobre sus pasos y salir de la propiedad, aprovechando que todavía no la había visto. Un momento después, oyó un ruido seco; cuando se giró, vio que la estructura de la ducha se había caído y que había arrastrado a Jeff al suelo.

Corrió hacia ella e intentó abrir la puerta. –¡Jeff! ¡Jeff! ¿Te encuentras bien? –¿Lace? ¿Qué demonios haces aquí?

–Intentar ayudarte, por supuesto...

–No necesito tu ayuda. Márchate.

–No puedo dejarte así. Al menos, permíteme que te ayude a levantarte.

–¡No!

Jeff se sentó y la parte superior de la estructura se desmontó, dejando a la vista su pecho musculoso y sus abdominales.

–No –insistió–. Acércame la muleta y márchate.

Lacey contempló su cuerpo y pensó que era un hombre impresionante.

–Alguien tiene que ayudarte a llegar a la cabaña.

Él la miró a los ojos.

–No quiero que me ayudes, Lace.

Ella suspiró.

–¿Sabes que eres un cabezota?

–Y tú eres obstinada como una mula –replicó–. Márchate. Puedo salir y llegar a la casa sin tu ayuda.

–Tal vez, pero tengo que asegurarme de que no te hagas daño.

Lacey bajó la mirada y cayó en la cuenta de algo obvio que no había notado hasta ese momento. Estaba totalmente desnudo.

Jeff adivinó lo que estaba pensando y dijo:

–Exacto, Lacey. Si te empeñas en seguir aquí, vas a ver muchas más cosas.

Ella tragó saliva y se sorprendió un poco más al observar que, en su insistencia por ayudarlo, se había tumbado prácticamente sobre él. Podía sentir el calor y la dureza de su cuerpo.

–Sólo quiero sacarte de aquí –acertó a decir.

–Y yo te digo que no hace falta. A no ser que quieras satisfacer mis otras necesidades...

En ese momento oyeron una voz.

–¿Cómo va eso?

Era Brandon, que caminaba hacia ellos con una sonrisa.

–Y yo que estaba preocupado por vosotros... –continuó–. Pero ya veo que los dos estáis en buenas manos.

CAPÍTULO
6

JEFF maldijo su suerte. Lo último que necesitaba en ese momento eran más espectadores.

–Esto no tiene ninguna gracia. Marchaos los dos de aquí –bramó–. Lo tengo todo bajo control.

Miró a Brandon con la esperanza de que se apiadara y se llevara a Lacey, pero ni él ni ella se movieron.

–Bueno, como Brandon ha llegado, yo me voy –dijo ella.

Lacey se alejó hacia el jeep. Cuando Jeff oyó que arrancaba, suspiró y se puso de rodillas en el suelo.

–¿Puedes pasarme la toalla?

–Por supuesto. No tengo ganas de ver tu trasero pellejudo –se burló.

Brandon le dio la toalla y Jeff sonrió.

–Eso lo dices porque sabes que mi trasero es más bonito que el tuyo y que siempre le ha gustado más a las mujeres.

Jeff se levantó, se enrolló la toalla alrededor de la cintura y caminó con su primo hacia la cabaña. Una vez dentro, Jeff se puso la prótesis, los calzoncillos y unos pantalones vaqueros.

–¿Se puede saber qué hacías con Lacey?

–Nada. Ha aparecido de repente, como tú.

Jeff abrió la nevera, sacó dos refrescos y le dio uno a Brandon.

–Ya, pero nosotros somos primos. No me dirás que ahora necesito permiso para venir de visita.

Jeff lo miró con desconfianza.

–¿Insinúas que estaría mejor si viviera con alguien que me pudiera cuidar? Brandon arqueó una ceja y echó un trago. –Ni mucho menos. Ya he visto que sabes cuidar de ti mismo... y que Lacey se pasa de vez en cuando para ver cómo estás –ironizó.

–Sí, bueno... caerse al suelo estando completamente desnudo no es la mejor forma de impresionar a una mujer.

Brandon sonrió de oreja a oreja.

–Eso depende de qué tipo de impresión quieras causar. –Vamos, Brandon... Es la esposa de mi mejor amigo. –Lo era –puntualizó–. Casi ha pasado un año desde la muerte de Trevor.

Jeff sacudió la cabeza.

–De todas formas, no estaría bien.

–¿Por qué?

Jeff miró por la ventana que estaba sobre la pila. La vista era preciosa. –Porque yo no quiero. –¿Por qué? –repitió Brandon–. ¿Porque has perdido una pierna?

Jeff se aferró a la encimera.

–En parte por eso y en parte porque no se puede decir que tenga un futuro muy prometedor.

–A Lacey no le importan esas cosas, Jeff. Es una mujer magnífica; una mujer que se preocupa por ti. Y sé que tú también te preocupas por ella.

–Por supuesto que sí. Trevor y Lacey eran amigos míos... Pero en este momento tengo demasiadas cosas en las que pensar. Por si no lo habías notado, mi vida a dado un vuelco.

Brandon asintió.

–Y por si tú no lo habías notado, tienes una familia que te adora y que se alegra de que hayas vuelto a casa... lo cual me recuerda el motivo de mi visita. Quiero que conozcas a mi esposa, Nora. Y que vengas a cenar con nosotros.

–No sé si estoy preparado, Brandon.

–Nunca estarás preparado, Jeff; tienes que atreverte y dar el salto, nada más. Ni siquiera es una cena familiar; sólo estaremos Nora, Zach y yo mismo –le aseguró–. Pero si no te sientes cómodo con la idea, ven con Lacey y sus hijos. Colin es de la edad de Zach.

Jeff consideró la propuesta de su primo. Quería mantener las distancias con Lacey, pero al recordar el contacto de su cuerpo en la ducha, se estremeció.

–Tampoco sé si estoy preparado para una mujer.

Brandon lo miró con incredulidad y dijo:

–Por lo que acabo de ver, yo diría que estás más que preparado.

Horas más tarde, Lacey estaba en el despacho de su casa, sumida en un mar de dudas y de preocupaciones sobre el vencimiento del crédito del banco. El dinero de la subasta lo había dedicado a pagar la deuda contraída con los médicos de Trevor, y no tenía nada más.

–Oh, Trevor, ¿cómo has podido meterme en este lío? –se preguntó en voz alta.

Unos segundos después, oyó la voz de Jeff.

–¿Lacey?

–¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? –Colin me ha abierto la puerta –explicó–. ¿Por qué has venido a verme, Lacey? ¿Querías hablar conmigo? –Sí, quería hablar contigo, pero no es nada

urgente

–mintió. –¿Seguro que no? –preguntó él con desconfianza. –Sólo quería decirte que no voy a ser tu socia. –¿Por qué? –preguntó, sin cambiar de expresión. Ella se encogió de hombros. –Porque sería demasiado trabajo y ni siquiera sabemos si resultaría rentable. El riesgo es excesivo para los dos.

Es mejor que te asocies con tu tío y que trabajes con él. Jeff dio un paso adelante. –¿De qué tienes miedo, Lacey? Ella lo miró a los ojos. –De muchas cosas, Jeff. Los negocios se hunden todo el tiempo... podría perderlo todo y no me lo puedo permitir. Tengo que pensar en mis hijos.

–Razón de más para asociarte conmigo. Tus hijos pasarían más tiempo con su madre y tendríais la esperanza de una vida mejor.

Lacey se encogió de hombros otra vez. –Puede que venda el rancho. –Tonterías, Lacey. No te creo –declaró–. Dime la ver
dad. ¿Es por mí? ¿Tienes miedo de que no esté a la altu

ra? –No, no es eso. No tiene nada que ver contigo. –Pues demuéstramelo. Confía en mí y asóciate con

migo. –¿Que confíe en ti? No sé si podría confiar en alguien después de lo que he sabido de Trevor. –¿De Trevor? ¿Qué ha pasado? ¿De qué estás hablando?

Ella negó con la cabeza.

–Nada que sea de tu incumbencia. Es asunto mío.

–¿Recuerdas lo que me has dicho esta mañana, Lacey? Has dicho que no te marcharías hasta asegurarte de que me encontraba bien –dijo–. Y eso funciona en las dos direcciones.

Lacey no dijo nada, pero no hizo falta. Jeff vio la notificación del banco en la mesa del despacho y la alcanzó.

–Dame eso, Jeff...

Jeff se apartó y leyó el documento.

–¿Cuándo lo has recibido?

Ella suspiró.

–Esta mañana.

–¿Por eso organizaste la subasta?

–No, ese dinero era para pagar las facturas de los médicos de Trevor. Yo ni siquiera sabía que hubiera pedido un crédito al banco. No me lo dijo.

Jeff quiso creer que su difunto amigo había tenido un buen motivo para pedir un crédito al banco sin consultarlo con su mujer. Pero sus motivos carecían de importancia en ese momento; si no

pagaba al banco, perderían el rancho y la casa. Desgraciadamente, conocía a Lacey y sabía que rechazaría su ayuda; la suma que debía era demasiado elevada.

–Deja que hable con los del banco, Lacey.

–Yo lo he intentado y no ha servido de nada.

–Ya me lo imagino. Pero si les digo que voy a ser tu socio, cabe la posibilidad de que acepten un cambio en las condiciones del crédito.

Ella sacudió la cabeza.

–No, Jeff. Es mi problema, no el tuyo.

–Si vamos a ser socios, es problema de los dos.

Lacey parpadeó.

–¿Todavía quieres ser mi socio?

–No te lo habría pedido si no lo quisiera –respondió–. Además, no voy a permitir que los chicos y tú perdáis el rancho. Jeff extendió una mano y le secó una lágrima. Ella intentó recobrar la compostura.

–Gracias, Jeff, pero ya es demasiado tarde.

–Nunca es demasiado tarde. Sólo necesitamos un plan.

–¿Qué quieres que haga? Ya he vendido casi todo lo que tenía algún valor. Y mi sueldo en el supermercado no da para pagar ese dinero.

–No te preocupes, Lace. Encontraremos una solución. Jeff la tomó entre sus brazos y Lacey apoyó la cabeza en su hombro.

–Te lo prometo –continuó–. No tendrás que marcharte de aquí. Encontraremos la forma de salir de este lío.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas. Estaba tan bonita que Jeff no lo pudo evitar; inclinó la cabeza y la besó en los labios. Fue un beso dulce, apenas una caricia, pero Lacey no se apartó. Lo deseaba tanto como él.

–¿Mamá?

Jeff se apartó rápidamente de ella al oír al niño, que se acercaba por el pasillo. Un instante después, asomó la cabeza por la puerta.

–¿Mamá? Tengo hambre...

–Pues prepárate un bocadillo –declaró ella.

Colin miró a los dos adultos con curiosidad y se marchó.

Jeff le dio la espalda a Lacey. Se sentía terriblemente culpable por haberla besado.

–Será mejor que me vaya –dijo.

Alcanzó la notificación del banco y salió del despacho. Lacey lo llamó, pero él no hizo caso. Sabía que, si se quedaba allí, perdería el control.

Dos días más tarde, Lacey estaba esperando frente a la sucursal bancaria del centro de San Angelo. Había quedado con Jeff, pero llegaba tarde y empezaba a estar preocupada.

Una vez más, pensó en lo sucedido en el despacho de su casa. Sólo había sido un beso cariñoso, un simple roce de sus labios, pero había despertado sentimientos que creía olvidados y ahora quería más, mucho más.

Era la primera vez, desde la muerte de Trevor, que deseaba el calor de un hombre. Sin embargo, tenía demasiados problemas como para añadir otro. Y a Jeff le pasaba lo mismo.

Cerró los ojos e intentó olvidarlo.

–Siento llegar tarde.

–Ah.... hola, Jeff.

El corazón de Lacey se aceleró al verlo. Llevaba una camisa blanca, unos pantalones oscuros y un maletín de cuero.

–Tienes muy buen aspecto. Si llego a saber que ibas a venir tan elegante, me habría vestido mejor.

Él sonrió.

–Estás perfecta, Lacey. Venga, entremos en el banco.

El señor Larry Dixon resultó ser un hombre joven, que parecía recién salido de la universidad. Los recibió

en su despacho, estudió atentamente la propuesta de Jeff y dijo:
–Es un proyecto impresionante, señor Gentry; al menos sobre el papel. Pero son malos tiempos...

Jeff se inclinó hacia delante. Ya había notado que Dixon iba a ser duro de roer. Sin embargo, él había estado diez años en el ejército y sabía ser firme y convincente.

–Los ganaderos y los rancheros pasan por épocas malas. He tenido ocasión de verlo en mi propia familia –declaró–. Pero también sé que la propiedad de la señora Guthrie vale treinta veces más que la suma que debe a su banco... si lo piensa bien, verá que nuestro negocio es seguro. Yo pondré los caballos y ella se encargará de la doma y el entrenamiento.

–Aun así, es arriesgado.

–¿Arriesgado? No veo por qué. Los caballos también valen más que el crédito –observó. –¿Está dispuesto a utilizarlos como aval? –No –intervino ella–. No lo permitiré. –No te preocupes por eso,

Lacey –dijo Jeff–. Señor Dixon, ¿le importa que haga una llamada telefónica?

–En absoluto.

Jeff se levantó, sacó el teléfono móvil y marcó un número.

–Chance Randell al aparato...

Jeff explicó a su tío la situación. Cuando terminó de hablar, Chance dijo que le devolvería la llamada diez minutos después.

Mientras esperaban, el señor Dixon llamó a una secretaria para que les llevara unos cafés. La secretaria entró en el despacho en compañía de un caballero de edad avanzada, que hizo caso omiso de Dixon y se dirigió a Lacey y a Jeff.

–Buenos días, soy Bert Handley, el director de la sucursal. Ustedes deben de ser la señora Guthrie y el señor Gentry...

–En efecto –dijo Jeff. –Siento lo de su esposo, señora Guthrie. Me he enterado hace poco.

–Gracias, señor Handley –dijo ella–. Precisamente hemos venido por eso... el fallecimiento de mi marido me ha dejado en una situación difícil y no puedo afrontar el crédito que pidió.

El director sonrió.

–Seguro que podemos encontrar alguna solución.

–Estamos trabajando en ello, señor Handley –dijo Dixon–. Nos han ofrecido los caballos como aval.

Bert Handley se acercó a la mesa, echó un vistazo a los documentos del crédito y al proyecto de Jeff y frunció el ceño.

–Sinceramente, creo que no es necesario. El rancho es aval más que suficiente –declaró.

Dixon se puso nervioso.

–Pero señor... es un negocio poco seguro y los beneficios no están asegurados... Handley sacudió la cabeza. –Tonterías. A mí me parece un negocio muy pro
metedor –insistió–. Larry, ¿por qué no dejas este asunto en mis manos? Conozco a la familia de Jeff Gentry desde hace años. Yo fui quien concedió a Chance Randell su primer crédito.

Al oír el apellido Randell, famoso en toda la zona, Larry Dixon se disculpó y salió del despacho.

Handley miró a Lacey y a Jeff y dijo:

–Me gusta pensar que seguimos siendo un banco local, que se preocupa por sus vecinos y clientes. Las circunstancias del crédito han cambiado tras el fallecimiento de su esposo, señora Guthrie; creo que podemos ajustar el tipo de interés para que sea más

beneficioso para ustedes.

–No, señor Handley, no lo puedo permitir. La deuda es mía, no del señor Gentry. No quiero que él pague mis facturas.

El director de la sucursal la miró por encima de sus gafas.

–Tenga en cuenta que la refinanciación estará asociada al crédito que el señor Gentry nos pide para abrir el negocio de cría y doma de caballos. Y como serán socios, los dos serán responsables de las deudas.

Jeff notó la tensión de Lacey y decidió intervenir.

–¿Nos perdona un momento, señor Handley?

Bert Handley asintió y salió del despacho.

–Comprendo que quieras pagar la deuda de Trevor sin mi ayuda, Lacey –continuó–. Pero antes, necesitamos que nos concedan este crédito.

Ella se cruzó de brazos.

–No quiero que te hagas cargo de mis problemas, Jeff.

–¿Y qué hacemos entonces? ¿Marcharnos? ¿Rendirnos? Perderás la casa y el rancho y tendrás que mudarte a la ciudad.

Lacey lo miró con obstinación.

–No será necesario. Te venderé la cabaña y los terrenos de alrededor.

Jeff aceptó la oferta sin pensarlo.

–Muy bien, como quieras. Pero cuando seamos ricos y famosos, te la venderé yo. Esa cabaña tiene que ser de Colin.

Ella sintió.

–Gracias, Jeff.

–No me des las gracias. Todavía podemos perder hasta la camisa.

Lacey sonrió.

–Es posible, pero ahora me siento mejor. Seremos socios en igualdad de condiciones.

–Entonces, trato hecho. Hablemos con el señor Handley y le pediremos que prepare los documentos.

CAPÍTULO
7

AQUELLA noche, cuando Lacey volvió de trabajar y de recoger a los niños, encontró a Jeff en el porche de la casa. Estaba agotada y todavía llevaba el uniforme del supermercado.

–Hola, Jeff –dijo Emily con alegría–. ¿Qué haces aquí? Ya es de noche y los caballos están durmiendo...

Jeff se inclinó sobre la pequeña.

–Lo sé. Es que tengo que hablar con tu madre.

La niña miró a Lacey y dijo:

–Tiene que hablar contigo, mamá.

Lacey no tenía ganas de hablar con nadie. Sólo deseaba bañarse y tomarse una copa de vino en soledad, pero ya no podría ser.

–Colin, llévate a tu hermana al piso de arriba y ayúdala a asearse un poco. Ah, y no dejes abierto el grifo...

–De acuerdo, mamá.

El niño se llevó a su hermana inmediatamente.

–¿De qué quieres hablar? –preguntó ella.

–Esta mañana nos despedimos tan deprisa que he querido asegurarme de que estás bien –contestó.

–Bueno, entra.

Lacey lo llevó al despacho. Jeff parecía recién salido de la ducha y llevaba unos vaqueros limpios y una camisa perfectamente planchada. Al verlo, pensó que habría quedado con alguien.

–He hablado con el abogado de mi padre y ha redactado un contrato para nuestro negocio. Si quieres, puedes dárselo a tu abogado para que lo estudie... Lo he puesto todo al cincuenta por ciento. Yo soy el dueño de los caballos y tú de los establos –declaró.

–Te recuerdo que ahora también eres dueño de una parte del rancho.

–¿Te refieres a la cabaña y a los terrenos? Sólo es un acuerdo temporal, hasta que paguemos el crédito.

Lacey miró el contrato.

–¿Puedes darme unos días para que lo piense?

–Por supuesto –respondió él con inseguridad–. Sin embargo, no es necesario que me vendas la cabaña y sus tierras... Me conformo con asociarme contigo.

Él la miró a los ojos y ella se estremeció. Jeff le gustaba tanto

que le costaba concentrase cuando la miraba de esa forma.

–Lo sé, pero no voy a permitir que asumas riesgos innecesarios.

Jeff sonrió.

–No corremos ningún riesgo. Los caballos son de primera, Lacey. Saldremos adelante aunque al principio nos cueste un poco.

Lacey se mantuvo en silencio.

–Por cierto, deberíamos ponerle un nombre a nuestra empresa –continuó él–. He pensado que podríamos usar las iniciales de nuestros apellidos, simplemente...

Ella lo miró fijamente.

–¿También tendríamos que cambiar el nombre del rancho?

–No, en absoluto. Sólo se trata de ponerle un nombre a la empresa. Aunque pensándolo bien, tal vez sea mejor que usemos nuestros nombres enteros... mi familia es famosa en este negocio. Todos conocen el apellido Gentry.

Lacey asintió.

–Sí, tienes razón.

–Además, vamos a trabajar con mi tío Chance. Y si conseguimos más caballos, podremos contratar a más gente.

–Veo que lo has pensado a fondo...

–Sólo desde que hablamos con el señor Handley –dijo él, sonriendo–. Esto va a salir bien, Lacey. Vamos a tener éxito.

–Lo dices con tanta seguridad que casi me lo creo.

–Créelo. Nos vamos a labrar un futuro.

Jeff miró la hora en su reloj y añadió:

–Me gustaría seguir hablando contigo, pero tengo que marcharme. Lacey se preguntó adónde iría y dijo lo primero que le pasó por la cabeza, sin pensarlo:

–¿Es que has quedado con una mujer?

Jeff la miró con desconcierto.

–No, voy a salir con Brandon, Jay y Drew. Me convencieron para salir a tomar unas copas con ellos. Supongo que es una especie de celebración por mi vuelta a casa –explicó–. He quedado con ellos en un sitio que no conozco, el club Horseman.

Lacey reconoció el nombre. Era un club famoso por sus conciertos de música country y por ser el mejor sitio de la zona para ligar.

–Seguro que te diviertes –afirmó.

–Ya te lo diré mañana –dijo él–. Francamente, no me gusta bailar ni beber demasiado. Y odio las multitudes.

Lacey pensó que en el Horseman encontraría cosas más interesantes que alcohol y música; por ejemplo, mujeres preciosas de pantalones ajustados y escotes atrevidos. Pero naturalmente, se lo calló.

Lo acompañó a la salida y dijo:

–Supongo que nos veremos mañana…

–Sí, estaré aquí a la hora de siempre. Chance me ha dicho que vendrá a vernos. Tenemos que encontrar al semental más adecuado para Bonnie.

–¿Ya? ¿Tan pronto?

–¿Por qué esperar?

–Sí, claro… por qué.

Lacey sintió un entusiasmo extraño. Pero no se debía a la perspectiva de ser socios, sino a la de tener a Jeff Gentry en su vida.

Dos horas después, Jeff estaba sentado con Brandon en una mesa del club Horseman. Drew y Jay los habían dejado solos y estaban bailando con dos jovencitas en la pista.

Jeff echó un trago de cerveza y miró a su primo, que había pedido un refresco porque era el que tenía que conducir.

–No te estás divirtiendo mucho, ¿verdad? –preguntó Brandon.

–No está mal. Es que los clubs nunca me han gustado demasiado.

–¿Crees que yo he elegido el sitio? –dijo Brandon, sonriendo–. Ha sido cosa de Drew y de Jay… A Nora no le ha hecho ninguna gracia, aunque sinceramente, no tiene nada que temer.

Jeff envidiaba a Brandon; estaba enamorado de una mujer muy especial y tenía una vida maravillosa. Al pensar en ello, se acordó de Lacey. Sólo quería ser su socio, pero las cosas habían cambiado desde aquel beso. A pesar de los años transcurridos, seguía sintiendo algo por ella.

–¿Qué tal va tu negocio, primo? –preguntó Brandon.

–Bien. El tío Chance nos va a ayudar.

Brandon sacudió la cabeza y sonrió.

–Llevabas tanto tiempo en el ejército que pensé que no volverías nunca. Y mírate ahora, convertido en un ranchero. –Qué remedio. Tenía que encontrar un trabajo… Pero me estoy divirtiendo mucho –le confesó.

–Y una mujer bonita tampoco está de más –bromeó.

–Entre Lacey y yo no hay nada.

–Si tú lo dices... Pero si cambias de opinión, recuerda que en el valle de los mustangs hay sitio de sobra para otro Randell. –Sí, ya lo supongo. Eres el primero de los Randell de nuestra generación que se casa y tiene un hijo.

Brandon comentó en voz baja:

–Te contaré un secreto. Todavía no lo sabe nadie, pero Nora está embarazada. Vamos a tener otro niño.

Jeff sintió una punzada de envidia tan intensa que se permitió fantasear con la posibilidad de tener un niño con Lacey.

–Felicidades, primo.

–No lo vayas diciendo por ahí. Ni mis padres lo saben.

–Descuida, puedes confiar en mí. Si me torturan, sólo puedo dar mi nombre, mi rango y mi número de serie –dijo Jeff, con ironía.

Los dos hombres rieron. Segundos después, aparecieron Drew y Jay.

–¿Qué es tan gracioso? –preguntó Drew.

Brandon sacudió la cabeza.

–Nada. Cosas nuestras.

Los dos jóvenes se sentaron a la mesa.

–¿Cosas vuestras? –preguntó Drew–. ¿Y qué tal si hablamos de las cosas de todos? Hank quiere organizar un arreo de ganado por la zona y quiere que Jeff sea el jefe.

–Ah, sí... –dijo Jeff, incómodo–. Me comentó la idea hace un par de semanas, pero pensé que lo habría olvidado.

–¿Olvidarlo? –intervino Jay–. Ya conoces al abuelo; lo tiene todo pensado. Hasta ha hablado con la tía Josie para que lo anuncie en la página web... el primer Arreo Anual de los Randell. Y por lo visto, se ha empeñado en que sea cosa de los nietos. Quiere que demostremos nuestra valía.

Brandon sonrió.

–Es un desafío, Jay, pero puede ser divertido –comentó–. ¿Qué te parece, Jeff? ¿Vas a aceptar?

–Todavía tengo que darle una respuesta –contestó–. No sé si estoy en forma para dirigir el ganado.

–Pues si no estás en forma, haz ejercicio –insistió su primo–. Acostúmbrate a montar otra vez.

Jay miró a su hermano y dijo:

–Tú también deberías hacer ejercicio.

Brandon se dio un golpecito en el estómago, absolutamente

liso.

–¿Ejercicio? Pero si estoy perfecto… –se defendió–. De todas formas, aún faltan cinco semanas para el acontecimiento. Tengo una idea, Jeff; ven a mi casa en tu tiempo libre y sacaremos a unas cuantas reses para practicar.

Jay y Drew rompieron a reír.

–Eso no me lo pierdo por nada del mundo –dijo Jay.

Jeff se sintió súbitamente atraído por la idea.

–Trato hecho, Brandon. Demostremos a estos jovencitos lo que somos capaces de hacer. Pero en lugar de ir a tu casa, trae las reses a la cabaña… hay agua y pastos de sobra.

–Y que lo digas. Las tierras de los Guthrie están entre las mejores del condado –comentó Jay–. Si Lacey quiere vendernos agua alguna vez, estaremos encantados de comprársela. De hecho, me gustaría llevar mi ganado a pastar.

Jeff no había considerado esa posibilidad, pero Jay tenía razón. Las tierras de Lacey eran muy buenas. El agua podía ser otra fuente de ingresos.

–Si estás hablando en serio, puedo hablar con ella.

Jay sonrió.

–Dios mío, Jeff… sólo llevas un mes en casa y ya te has buscado una socia preciosa y te has metido de lleno en el negocio del ganado. ¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo es posible que tengas tanta suerte? –preguntó.

Unas semanas antes, Jeff se habría reído si alguien le hubiera dicho que era un hombre afortunado. Pero Jay tenía razón.

En ese momento sintió que le tocaban en el hombro. Jeff se giró y se encontró ante una morena preciosa y muy joven, que llevaba una camisa y unos pantalones terriblemente ajustados.

–¿Te apetece bailar, vaquero?

Jeff sintió pánico, aunque lo disimuló. Nunca había sido un gran bailarín; y ahora, con la prótesis, se sentía todavía más inseguro.

Antes de que se pudiera negar, su hermano intervino y dijo:

–¿Por qué quieres bailar con este viejo? Yo soy más joven y más guapo.

Drew la tomó de la mano y la llevó a la pista de baile. La chica no parecía precisamente decepcionada con el cambio.

Momentos después, Jay se marchó con otra joven y Brandon y Jeff se volvieron a quedar a solas.

–Era demasiado jovencita para ti, pero siempre es agradable que les gustes –comentó Brandon–. Aunque por otro lado, resulta más apasionante si la mujer que se interesa por ti es la adecuada.

Jeff se acordó del beso que le había dado a Lacey y sintió un escalofrío. La deseaba con locura. Eso no había cambiado.

Miró a su primo y dijo la verdad.

–Para mí sólo hay una mujer, Brandon.

Brandon asintió. Sabía que se refería a Lacey.

–Entonces, ¿a qué estás esperando? Ya es hora de que actúes.

Chance Randell pasó por el rancho de los Guthrie a la mañana siguiente, fiel a lo prometido. Jeff se encontraba en uno de los cercados, pero dejó lo que estaba haciendo y caminó hacia su tío. Lacey lo siguió unos segundos después; no conocía personalmente a Chance y estaba un poco nerviosa.

–Lacey, te presento a mi tío Chance.

–Encantado de conocerlo, señor Randell.

El anciano le estrechó la mano y sonrió.

–Por favor, tutéame. Y llámame Chance... yo te llamaré Lacey, si no te importa.

–Por supuesto que no –dijo ella–. Jeff me ha comentado que estás interesado en Rebel Run.

Chance asintió, aunque su mirada se había desviado hacia la yegua que Lacey había estado montando, Fancy Girl.

–Sí, pero mi esposa me mataría si llevara otro caballo a casa. Me viene muy bien que Jeff se encargue del asunto.

Lacey sonrió.

–Y yo me alegro de salvar tu matrimonio –bromeó.

Chance le guiñó un ojo.

–No sería la primera vez que mi esposa me encierra en el granero... Por cierto, tu yegua es una belleza, Jeff. –Desde luego que sí. Intento convencer a Lacey para que la entrene.

–¿Y la vas a entrenar? –preguntó Chance.

Lacey asintió.

–Sí, claro que sí. Últimamente no tenía tiempo para esas cosas, pero ahora...

–Todo ha cambiado desde que somos socios –explicó Jeff–. Deberías ver a Lacey con los caballos. Es una gran profesional.

–Ya sabes que la doma no es lo mío. Eso es cosa de Tess, aunque seguro que quiere venir a echar un vistazo.

–La invitaré –dijo su sobrino.

Chance asintió.

–Bueno, vamos a ver al semental del que tanto me han hablado.

Caminaron hacia las caballerizas. Lacey intentó mantenerse al margen, pero Chance se lo impidió con preguntas y cumplidos de todo tipo sobre el lugar y sobre el tiempo y el esfuerzo que Trevor y ella habían dedicado al rancho. Lacey se sintió profundamente halagada.

Cuando llegaron al compartimiento de Rebel Run, el caballo relinchó. Chance entró y estudió al animal con atención.

–¿Y dices que Bonnie es la madre de Rebel?

–Sí –contestó Lacey–. Tiene dos años. Lo engendró Johnny Reb.

–Es un caballo magnífico. Tu marido sabía lo que estaba haciendo... oh, pero discúlpame. No quiero entristecerte con el recuerdo de su pérdida.

–No te preocupes. A Trevor le habría encantado saber que te gustan sus caballos. De hecho, creo que la mejor forma de honrar su memoria es continuar con su negocio.

Chance asintió.

–Si te parece bien, me llevaré a Rebel Run a mi rancho y le presentaré a dos de mis yeguas. Personalmente prefiero dejarlos a su aire, pero si crees que Rebel puede sufrir algún daño durante la monta, lo llevaremos a las instalaciones de Terry Hansen para que se apareen sin riesgos. La decisión es tuya.

–Yo no tengo ninguna objeción –dijo Lacey–. ¿Qué opinas tú, Jeff?

–Opino que deberíamos llevarnos a Rebel y presentarle a las dos damas que lo están esperando.

Un buen rato después, Jeff subió a Rebel al remolque y se dirigió al rancho de los Randell. No le extrañó que Lacey quisiera acompañarlo; a fin de cuentas, tenían que elegir al semental que se iba a aparear con Bonnie.

Lacey había dejado a sus hijos con la niñera y se sintió algo extraña al quedarse a solas con Jeff. Pero supuso que no corría ningún peligro. Aunque no dejaba de pensar en aquel beso, estaban juntos por un asunto de negocios y era poco probable que la experiencia se repitiera.

Mientras conducía, Jeff la miró de reojo y tuvo la impresión de que estaba preocupada por algo.

–¿Estás bien? –preguntó.

Ella suspiró.

–Sí, es que no me gusta dejar a Colin y a Emily con la niñera. Ya están solos demasiado tiempo por culpa de mi trabajo.

–No te preocupes por ellos. Estarán bien. Además, les encanta vivir entre caballos... seguro que se divertirán con nuestro negocio.

Lacey sacudió la cabeza.

–Tal vez, pero recuerda que nos hemos asociado por motivos puramente profesionales. Y no va a ser tan fácil como crees. Piensa en Rebel Run, por ejemplo... es la primera vez que sale de mis tierras y está muy nervioso. Nos ha costado subirlo al remolque.

Jeff tomó la incorporación de la carretera.

–Te preocupas demasiado, Lacey. Todo saldrá bien.

–Va a ser la primera vez de Rebel, Jeff...

–¿Y qué? Lo hará perfectamente. Es algo natural.

Lacey sonrió y preguntó, con malicia:

–¿Insinúas que es natural para los machos de todas las especies?

Ella se ruborizó y no dijo nada.

Cuando llegaron al rancho, bajaron del vehículo y caminaron hasta la parte de atrás para sacar a Rebel. Ella ya estaba a punto de abrir la portezuela cuando él se le adelantó.

–Deja que lo haga yo. Estoy acostumbrado al trabajo duro.

Lacey se apartó para que Jeff pudiera bajar la rampa. El caballo descendió, visiblemente nervioso, y ella lo acarició para tranquilizarlo. Tuvieron que pedir ayuda a uno de los trabajadores del rancho para meterlo en los establos, y Jeff se llevó unos cuantos golpes y hasta una coz durante el proceso.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Lacey–. Debí advertirte que Rebel tiene mal genio.

Jeff sonrió.

–Sobreviviré –dijo, mientras se frotaba la pierna–. ¡Pero el muy canalla me ha dado una coz en la pierna buena!

CAPÍTULO

8

RECIBIR una coz no tenía ninguna gracia. Rebel le había hecho mucho daño, pero no quiso que le miraran la pierna hasta un par de horas después, cuando por fin permitió que lo llevaran al ambulatorio. El caballo le había golpeado justo por encima de la rodilla, pero eso no le preocupaba tanto como el hecho de no haber sido capaz de apartarse a tiempo.

–Estoy bien... –insistió por enésima vez, mirando a Lacey. –Jeff tiene razón. A mí me han pegado mil coces y nunca me ha pasado nada –dijo Chance en su defensa.

Lacey se cruzó de brazos.

–Si os hubieran dado las coces en la cabeza, tal vez habríais desarrollado el sentido común suficiente como para no tomaros estas cosas a la ligera.

–Estoy bien, en serio –repitió Jeff–. Chance, por favor, no llames a mis padres. No quiero que se preocupen por nada.

–Pues deja de quejarte y permite que el médico te vea la herida.

Jeff suspiró.

–De acuerdo, de acuerdo... pero dejadme a solas con él. Sabré arreglármelas solo –declaró.

El médico apareció un momento después.

–¿Señor Gentry?

–Sí, soy yo.

El recién llegado le estrechó la mano.

–Soy el doctor Stoner. Me han dicho que un caballo le ha dado una coz...

–Así es.

–Y supongo que usted es la señora Gentry –continuó el médico, que se giró hacia Lacey.

–No, sólo soy una amiga –se apresuró a decir–. Su tío y yo lo hemos traído a la casa para asegurarnos de que estaba bien.

–Excelente. Con estas cosas hay que ser precavidos –declaró el médico–. Pero si no les importa, me gustaría que nos dejaran a solas. Tengo que examinar a mi paciente.

–Por supuesto. Esperaremos afuera.

–No os preocupéis. Si os necesito, gritaré –bromeó Jeff.

Jeff se alegró mucho de que se marcharan. La idea de

desnudarse delante de Lacey no le agradaba en absoluto. Lo había soñado muchas veces, pero no de esa manera; ni con una sola pierna.

Lacey estuvo caminando de un lado a otro durante la media hora siguiente, mientras Chance descansaba en una silla y fingía leer el periódico.

–¿Seguro que no deberíamos llamar a sus padres? –preguntó ella.

Chance sacudió la cabeza.

–No, eso es decisión de Jeff. Si es grave, los llamará.

–¿Y crees que es grave?

Él se encogió de hombros.

–Tiene una magulladura bastante grande, aunque no creo que se haya roto ningún hueso. Saldremos de dudas cuando el médico termine de examinarlo.

Ella asintió. –Es que me preocupa que se pueda haber dañado la rodilla. En si situación, con una pierna amputada...

–Deja de preocuparte inútilmente, Lacey. Jeff ha entrado por su propio pie y saldrá de aquí del mismo modo –dijo Chance.

–Pero cojeaba mucho.

–Sólo un poco –le corrigió.

–No sé por qué he permitido que se encargara de Rebel Run. Chance se levantó de la silla y caminó hacia ella. –Rebel es suyo. Además, Jeff necesita hacer las co
sas por su cuenta. Lo último que quiere es que lo traten como si fuera un inválido –afirmó–. Ha pasado por una experiencia terrible y ha llegado muy lejos; si lo quieres tanto como yo creo, no dejes que note tu preocupación... podría malinterpretarla y pensar que dudas de él, que no lo crees capaz de trabajar contigo.

Lacey soltó un gemido ahogado.

–Yo no dudo de él.

Chance le guiñó un ojo.

–Me alegro, porque mi sobrino se siente atraído por ti y sospecho que no se debe a tus cualidades como madre.

Ella se ruborizó.

–Pero me preocupo por él de verdad...

–Por supuesto; como todos. Sin embargo, ten en cuenta que Jeff pasó diez años de su vida en el ejército, enfrentándose constantemente al peligro. Al final perdió una pierna, y aunque nosotros sepamos que sigue siendo tan hombre como antes, él

necesita demostrárselo a sí mismo.

En ese instante apareció una enfermera pelirroja, muy atractiva, que sonrió. Chance le dio un abrazo y preguntó:

–¿Qué tal está mi preciosa sobrina?

–Estaría mejor si pudiera mantener a los Randell lejos de nuestras consultas –respondió ella–. Tú debes de ser Lacey Guthrie... me alegro de conocerte, aunque sea en estas circunstancias. Soy Nora, la esposa de Brandon.

Lacey sonrió.

–Encantada, Nora. ¿Cómo está Jeff?

–Tan desagradable como todos los Randell cuando vienen al ambulatorio. Pero se encuentra bien y su rodilla no ha sufrido ningún daño. El médico le dará instrucciones al respecto y una medicación adecuada.

De repente, Nora bajó la voz y añadió:

–No debería quedarse solo en la cabaña.

–Podemos encontrar una solución a ese problema –dijo Chance, que asintió–, pero tal vez necesite de la ayuda de Brandon.

–Si es necesario, cuenta con ella –dijo Nora–. Ah, otra cosa... cuando se sienta mejor, espero que vengáis algún día a cenar. Trae a los niños, Lacey.

Lacey asintió. Nora le caía bien.

–Gracias. Será un placer.

Nora dio un abrazo a Chance y se marchó de la sala de espera. Regresó poco después, empujando la silla de ruedas de Jeff, que no parecía precisamente contento.

–¿Podemos marcharnos de aquí? –gruñó.

–¿Quieres que te lleve a mi casa? ¿O prefieres ir a la de tus padres? –preguntó su tío.

–Quiero ir a la cabaña.

Chance sacudió la cabeza.

–Eso no es posible.

–No voy a ir a la casa de mis padres. Sólo tengo que descansar unos cuantos días. Me las arreglaré solo. Lacey comprendió que ni Jeff ni Chance iban a dar su brazo a torcer, de modo que decidió intervenir. –Puedes quedarte conmigo.

Veinticuatro horas después, Lacey ya había llegado a la conclusión de que Jeff era el peor paciente que había tenido en toda su vida. Era tan malo que rechazaba cualquier ayuda, por pequeña que fuera.

Afortunadamente, la medicación le daba sueño y dormía bastante más de lo normal. Chance le había llevado ropa de la cabaña y Jeff se había empeñado en quedarse en el cuarto de costura que estaba al final del pasillo de arriba, a pesar de que era pequeño y sólo tenía un sofá cama.

Después de comer, los niños se fueron a ver la televisión y ella llevó un plato de sopa, un filete con patatas fritas, un trozo de tarta y un té helado a Jeff. Necesitaba comer algo.

Al subir por la escalera, los escalones cuarto y séptimo crujieron como siempre. La casa estaba bastante destartalada y necesitaba reparaciones con urgencia, pero a ella le encantaba de todas formas.

Ya en el pasillo, oyó voces. Pensó que sería la televisión, pero reconoció la voz de su hija en el cuarto de Jeff.

–¿Lo ves? Mi muñeca también tiene mal la pierna –decía la niña en ese momento–. ¿A ti te duele mucho?

Jeff no tenía nada en contra de los niños, pero habría preferido que lo dejaran en paz.

–No, no mucho.

–¿Te han puesto una tirita en la herida? Si quieres, le puedo pedir a mamá que te ponga una... Jeff estuvo a punto de sonreír. Emily era un encanto. –No te preocupes. Estoy bien. –Siento que Rebel Run te coceara... –dijo la niña,
sacudiendo la cabeza–. No quería hacerlo. Creo que se asustó al verse fuera de casa. Yo me asusto a veces cuando mamá está afuera. ¿Tu también te asustas?

–Sí, de vez en cuando.

–Mi papá también se asustaba. Cuando enfermó, lloraba porque nos iba a perder a mamá, a Colin y a mí. Lo echo mucho de menos.

A Jeff se le hizo un nudo en la garganta.

–Todos lo echamos de menos, cariño.

Extendió una mano para acariciar a la niña y Emily se aferró a su cuello. No le dejó más remedio que abrazarla con fuerza.

–Tranquila, Emily. No pasa nada... Sé que tu padre no querría que te sintieras triste por él. Querría que fueras feliz.

La niña lo miró y se secó las lágrimas. –Eso es lo que mamá dice. Pero a veces me entristece de todas formas. –Bueno, cuando estés triste, ven a verme y te conta
ré historias divertidas sobre tu padre. Te reirás mucho.

–¿En serio?

–En serio.

Jeff miró hacia la puerta y vio que Lacey los estaba observando desde el umbral. Por su expresión, era evidente que había escuchado toda la conversación.

–Me ha parecido que tendrías hambre –dijo Lacey–. Emily, ¿no estabas viendo tu programa preferido? –Quería hablar con Jeff. Va a contarme historias de papá. Dice que me reiré y que así no estaré triste.

–Sí, es verdad, Jeff sabe muchas historias divertidas; pero ya es hora de que te despidas de él y le des las buenas noches.

La niña besó a Jeff en la mejilla.

–Buenas noches, Jeff. Y dulces sueños...

–Buenas noches, preciosa. Que duermas bien.

–Iré a tu habitación dentro de un rato, Emily –le informó su madre, mientras dejaba la bandeja a un lado–. Ve a la cama.

Emily se marchó enseguida.

–No tenías que molestarte con la cena –dijo él.

–No es ninguna molestia.

Él suspiró.

–Ve con tu hija, anda.

–¿Necesitas algo más antes de que me vaya?

A Jeff se le ocurrieron varias cosas, a cual más interesante; pero sacudió la cabeza y respondió:

–No. Es mejor que duerma un rato.

–Deberías quitarte los pantalones, Jeff. Así no estarás cómodo.

–Estoy perfectamente. Anda, márchate de una vez.

–Muy bien, tipo duro –se burló.

Lacey le puso la bandeja en la cama, sonrió y salió de la habitación.

Cuando cerró la puerta, Jeff gimió y pensó que no iba a sobrevivir a aquella experiencia. Después, se llevó una pastilla a la boca y echó un trago de agua con la esperanza de quedarse dormido y de no soñar con Lacey Guthrie.

***

Lacey se despertó al cabo de unas horas y se sentó en la cama. Creía haber oído un ruido extraño.

Apartó las sábanas y se levantó en mitad de la oscuridad. Desde la muerte de Trevor, había adquirido la costumbre de dejar la puerta abierta por si los niños necesitaban algo durante la noche.

Comprobó sus habitaciones, pero Colin y Emily dormían plácidamente. Miró hacia el cuarto de Jeff y consideró la posibilidad de entrar, pero prefirió no molestar a su invitado sin motivo. Un momento después, volvió a oír el ruido extraño. Y procedía del cuarto de Jeff.

Abrió la puerta y la luz del pasillo iluminó el interior. Jeff tenía una pesadilla y estaba gritando algo. Cuando se acercó, vio que estaba empapado de sudor.

–Jeff, despierta...

–No, no... –dijo entre sueños.

–Jeff, es una pesadilla. Despierta.

Súbitamente, él la agarró de la muñeca, la tiró a la cama y se puso sobre ella, jadeando. Sólo entonces, despertó. –¿Lace? Oh, Dios mío... ¿Qué ha pasado? Lacey tardó en responder. El contacto del cuerpo de Jeff la había dejado sin aliento.

–Tenías una pesadilla y gritabas.

–Lo siento...

–¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

Jeff se quitó de encima.

–Sí, necesito muchas cosas, pero no creo que quieras saberlo. Vuelve a la cama, Lace. No estoy de humor para hablar.

Lacey lamentó terriblemente que Jeff se hubiera apartado de ella.

–¿Qué soñabas?

Él no contestó. Se limitó a sentarse en la cama.

–¿Soñabas con el accidente?

–En primer lugar, no fue un accidente; fue el enemigo... querían matarme, como yo quería matarlos a ellos. Pero salí perdiendo. –Eso no es verdad. He oído que salvaste la vida a varios hombres.

–Vaya, veo que has hablado con mi tío... Yo estaba en el ejército, Lacey. Hacía mi trabajo, lo que me habían enseñado a hacer. Nada más.

–Hablas como si no tuviera ninguna importancia, pero la tuvo. Arriesgaste la vida para salvar a esos hombres, Jeff Gentry.

–Y al final fueron ellos los que tuvieron que sacarme de allí.

–Pero conseguiste que salieran con vida –le recordó–. Tienes que ver la parte positiva de las cosas, Jeff. Aunque hayas perdido parte de una pierna, pudiste volver a casa, con la gente que te quiere. Yo diría que eres un hombre inmensamente afortunado.

Jeff se mantuvo en silencio y ella hizo ademán de levantarse.

–No sé por qué estoy hablando contigo –continuó–. Ni tú me vas a hacer caso ni yo estoy dispuesta a soportar que sientas lástima de ti.

Él la agarró del brazo, suavemente, y la detuvo.

–No te vayas, Lace.

–¿Por qué no? Todo lo que digo te molesta.

–No, no es cierto. Es que la visita al ambulatorio me ha recordado el tiempo que pasé en el hospital...

–Lo comprendo, Jeff, pero no debes dar la espalda a tus amigos. Yo sólo intento ayudar.

Lacey contempló la camiseta de Jeff, empapada de sudor, y sintió la tentación de ponerle una mano en el pecho.

–Sé que no lo parece, pero te lo agradezco mucho.

Ella se levantó de la cama, se acercó a la bolsa de viaje de Jeff y sacó una camiseta y unos calzoncillos limpios.

–Cámbiate de ropa e intenta dormir un poco.

–No soy uno de tus hijos, Lace.

–Pues deja de comportarte como si lo fueras.

Jeff maldijo en voz baja y se quitó la camiseta empapada. Ella admiró su cuerpo, de brazos musculosos, pecho ancho y estómago completamente liso. No se parecía nada al jovencito que había conocido en el colegio.

Él notó que lo estaba mirando y dijo:

–Quizás debería devolverte el favor...

Lacey tardó un segundo en comprender el sentido de las palabras de Jeff. Con las prisas, había salido de su dormitorio sin más prenda que la camiseta y los pantalones cortos que se había puesto para dormir.

–Oh, discúlpame. No me había dado cuenta...

–No tienes que disculparte.

Jeff se puso tenso. Había hecho todo lo posible por mantener las distancias con Lacey, pero cada día la deseaba más. Si no se marchaba pronto, podía perder el control.

–Deberías haberte quitado esa ropa antes de acostarte –dijo ella–. Dormir con pantalones tiene que ser incómodo.

–Me los he dejado puestos porque en ese momento no me molestaban.

Lacey apartó la mirada.

Él extendió un brazo y la tumbó en la cama otra vez.

El pulso de Lacey se aceleró al instante, pero no se movió. Y

tampoco se movió cuando Jeff se inclinó sobre ella y la besó en la boca.

Lacey gimió, entreabrió los labios y se dejó llevar por el contacto de su lengua. Después, pasó los brazos alrededor de su cuello y se dedicó a disfrutar del instante, bebiendo de él.

Segundos después, Jeff se apartó de su boca y descendió a su cuello, que cubrió de besos.

–Dime que pare –murmuró él.

Ella dudó antes de hablar.

–No puedo...

Jeff cambió de posición y se puso sobre ella.

–Maldita sea, mujer, me lo pones muy difícil.

–Jeff...

Lacey lo empujó, lo tumbó de espaldas y lo besó apasionadamente. A Jeff le encantó el asalto hasta que notó que llevaba las manos al cinturón de sus pantalones.

En ese momento, recuperó la cordura y apoyó la cabeza en su frente.

–No podemos hacerlo, Lacey.

Jeff la apartó y se sentó a un lado. No podía hacer el amor con Lacey. No quería que lo viera así, con la prótesis.

–Si lo dices por tu pierna, Jeff, te aseguro que no me importa.

–No quiero hablar de eso.

Lacey no se movió y Jeff supo que, si quería librarse de ella, tendría que jugar sucio.

–Márchate, Lacey. ¿Qué esperabas? ¿Creías que sólo tenías que entrar en el cuarto de un hombre en mitad de la noche para salirte con la tuya? Pues te equivocas. El truco de Jeff surtió efecto. Lacey se levantó, ofen

dida, y dijo: –Vete al infierno. Después, salió del dormitorio con un portazo. –Ya estoy en él –murmuró Jeff.

CAPÍTULO
9

A LA mañana siguiente, después de desayunar, Lacey se llevó a los niños a los establos y les pidió que limpiaran y dieran de comer a los animales, con la promesa de dejarlos montar más tarde.

Trabajó duro, pero no pudo dejar de pensar en lo sucedido durante la noche. Su actitud le resultaba incomprensible. En primer lugar, no tenía ningún derecho a entrar en el dormitorio de Jeff de esa forma; y en segundo, había cometido una locura al terminar en la cama con él.

Cerró los ojos y se acordó de la primera vez que Jeff la había rechazado. Habían pasado muchos años desde entonces y no iba a permitir que la rechazara una vez más. Tenía que sacarlo de allí, alejarlo de su casa.

Al salir del compartimiento de Fancy Girl, vio que Hank Barrett acababa de llegar y caminaba hacia ella. Obviamente, quería ver a su nieto.

El anciano sonrió y se llevó una mano al ala del sombrero.

–Buenos días, Lacey.

–Hola, Hank.

–Siento venir tan pronto, pero me han dicho que Jeff ha sufrido un pequeño accidente con el semental.

–Sí, y no se alegrará mucho cuando se entere de que lo sabes.

Hank sacudió la cabeza.

–Los hombres somos muy orgullosos, ¿verdad? Y supongo que los Randell, más que la mayoría.

–¿Me creerías si afirmara que es un paciente perfecto?

Los dos rompieron a reír.

–Mi nieto ha sufrido mucho –dijo Hank, más serio–. Ahora tiene que empezar una nueva vida y, como es lógico, le cuesta... Espero poder ayudar.

–Inténtalo. Está arriba, en la habitación del final del pasillo.

–No sé si te lo he dicho antes, Lacey, pero quiero darte las gracias. Eres muy buena con él.

–Somos socios y amigos, Hank. Es normal.

Lacey pensó que a partir de entonces tendría que concentrarse en su amistad con Jeff y olvidar el resto. Pero sabía que iba a resultar difícil, y no porque Jeff le disgustara, sino por todo lo contrario. Cada día lo quería más.

Jeff estaba harto de seguir en cama, pero el médico había acertado al decir que debía descansar. Aquella mañana se sentía mucho mejor.

Sin embargo, se dijo que no podría soportar otra noche en la casa de Lacey. Era demasiado peligroso. Costara lo que costara, volvería a la cabaña. Necesitaba estar solo.

La única persona que lo había visitado hasta entonces era Colin, que entró en la habitación a primera hora, con el desayuno. Cuando terminó de comer, Jeff se las arregló para ir al cuarto de baño y darse una ducha. Al salir, notó que no había nadie en la casa y se alegró.

Se tumbó en la cama otra vez, sin prótesis ni más ropa que los calzoncillos, y cerró los ojos. Desgraciadamente para él, sólo consiguió que su mente se llenara con las imágenes de la noche anterior y con el recuerdo del calor, de la piel y de la boca de Lacey.

Se sentó, nervioso, y se preguntó qué habría pasado si no se hubiera detenido a tiempo. Aún le estaba dando vueltas cuando llamaron a la puerta. Se tapó las piernas con la sábana y dijo:

–Adelante.

Era Hank.

–Me han dicho que tuviste ciertas diferencias con un semental –declaró su abuelo, sonriendo. –Hola, abuelo. Te lo ha contado Chance, ¿verdad? Hank sacudió la cabeza. –No, ha sido Nora. Pero deberías habérselo dicho a tus padres.

–No es nada; sólo un golpe sin importancia.

–Lo sé. Y también sé que el médico te ha ordenado que permanezcas en cama unos cuantos días.

–Pero ya he descansado de sobra. Mañana me levantaré y me marcharé de aquí. Como ves, no hay nada de lo que preocuparse.

–¿Acaso he dicho que esté preocupado? No vengo por eso, Jeff. Tengo que hablar contigo.

–Entonces, siéntate.

Hank acercó una silla a la cama y se sentó.

–¿Has pensado en lo del arreo de ganado? No he cambiado de opinión, Jeff. Quiero que te encargues tú.

Jeff aún tenía sus dudas.

–Tal vez sería mejor que se lo propusieras a Drew o a Jay.

–No, tú eres la persona perfecta para el trabajo.
Drew y Jay son demasiado jóvenes y no sabrían dirigir a la gente.

Necesito a un hombre firme, con carácter y dotes de mando. Te necesito a ti.

Jeff se sintió halagado.

–No he llevado ganado desde hace años, Hank.

–¿Y qué? Tendrás hombres que te ayuden. He organizado un equipo con tus primos, con tu hermano Drew y con tu hermana Kelly. Son casi una docena –explicó–. Y ya se han apuntado veintiséis turistas dispuestos a pagar muy bien por la experiencia.

–Es muy tentador, pero he perdido la costumbre de montar a caballo. Me canso enseguida.

–Pues tendrás que ponerte en forma.

–Nunca volveré a estar en mi mejor forma, Hank.

–Claro que sí. Incluso yo diría que estás mejor que la mayoría de la gente –insistió–. Nadie es perfecto, Jeff; tienes que asumirlo y seguir con tu vida. Pero no olvides que sigues siendo el hombre que eras. Tu corazón sigue siendo el mismo; no ha cambiado. Y no debes permitir que cambie.

–Lo intentaré...

Hank asintió.

–Entonces, ¿aceptas?

Jeff no se pudo resistir.

–Sí, señor.

Su abuelo sonrió.

–Así me gusta. Un joven capaz de respetar a sus mayores.

En ese momento apareció Emily con la mejor de sus sonrisas.

–Hola, Hank... ¿has venido a ver a Jeff?

–Sí, y a pedirle que me ayude con un arreo de ganado.

–¿En serio? –preguntó Colin, que había seguido a su hermana.

–Por supuesto. ¿Te gustaría ir? –preguntó Hank.

Los ojos del niño se iluminaron.

–¿Puedo?

–Bueno, tendrás que pedir permiso a tu madre –intervino Jeff. Lacey entró en la habitación y preguntó: –¿Pedirme permiso? ¿Para qué? –Para venir al arreo de ganado que estamos organi
zando –contestó Hank.

Lacey no supo qué decir. Había ido a la habitación para decirle a Hank que se quedara a comer con ellos y de repente se encontraba en una especie de reunión familiar.

–Se me acaba de ocurrir una idea –continuó Hank–. ¿Sabes cocinar, Lacey? ¿Se te da bien?

–Es una cocinera excelente –afirmó Colin–. Sabe cocinar todo tipo de cosas, aunque mi plato preferido es el estofado de carne.

Lacey sacudió la cabeza.

–Pues hoy no hay estofado de carne, Colin. ¿Te apetece quedarte a comer, Hank? –preguntó.

El anciano le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

–Me encantaría. Además, así podremos charlar sobre la idea que se me ha ocurrido –sentenció.

Lacey habría preferido que Jeff se quedara en su cuarto, pero se presentó en la cocina con la ayuda de las muletas.

Todo fue bien hasta que los niños se llevaron a Hank. Ella se dedicó a preparar bocadillos e intentó no pensar en él. Sin embargo, cuando se acercó a la mesa para po
ner los platos, Jeff la tocó en la mano y la dejó helada.

–¿Qué pasa?

–Siento mucho lo de anoche, Lacey. Fui muy grosero contigo. No debí comportarme de esa manera.

Ella respiró hondo.

–En parte es culpa mía –dijo–. Debí marcharme antes.

Jeff sacudió la cabeza.

–Me aproveché de ti, de tu vulnerabilidad. No me di cuenta de que ha pasado poco tiempo desde la muerte de Trevor.

Ella asintió.

–A veces me siento como si hubiera transcurrido una eternidad –le confesó–; y otras veces, tengo la impresión de que va entrar en la casa de un momento a otro.

Jeff le soltó la mano.

–No quiero complicarte la vida. Ahora somos socios y es mejor que mantengamos las distancias. No te preocupes por mí, Lacey... no volverá a pasar.

Lacey se molestó. Jeff hablaba como si la atracción que sentían fuera una cosa exclusivamente suya.

–Por si no lo has notado, soy una mujer adulta y perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones. No necesito que me protejan. Trevor no llegó a comprenderlo, y veo que tú tampoco.

Lacey se alejó de la mesa y abrió el frigorífico. Hank volvió en ese momento con los niños.

–Mamá, ¿sabías que Hank no tiene nietas de mi edad? –preguntó Emily.

–No, no lo sabía. Pero tiene un bisnieto, Zach...

Hank asintió.

–Sí, un chico maravilloso. Desgraciadamente, el res

to de mis nietos se lo están tomando con calma y no parecen dispuestos a sentar la cabeza. Jeff prefirió mantenerse al margen de aquella conversación.

–¿Cuántos nietos tienes? –preguntó la niña.

–La última vez que los conté, dieciséis –respondió el anciano–. Y sospecho que voy a tener otro muy pronto. –Qué bárbaro... mi abuelo sólo tiene dos. Vive muy lejos, en Flora.

–En Florida –le corrigió su madre.

–Florida –repitió la niña.

Hank miró a Lacey y preguntó:

–¿Estarás disponible el primero de mayo? Necesito una cocinera para el arreo de ganado. Jeff decidió intervenir. –Abuelo, no creo que Lacey... –Discúlpame, pero puedo responder por mí misma

–lo interrumpió la interesada–. ¿Qué tendría que hacer exactamente?

–Cocinar. Sólo eso –respondió–. Pensaba llevar una réplica de carromato antiguo, pero he decidido que será más fácil si llevamos una camioneta y un remolque con cocinas de gas, parrillas, una nevera y un generador. Incluso instalaremos cuartos de baño portátiles en el camino.

–¿Cuántas mujeres van a ir?

–Hasta ahora, tú y Kelly, la hermana de Jeff –le informó–, pero espero que Nora se nos sume. Conviene que tengamos una enfermera a mano, para curar los típicos arañazos y magulladuras... pero de todas formas, no nos alejaremos mucho de la civilización. Si ocurre algo, sólo estaremos a media hora del lugar habitado más cercano.

Hank se detuvo un momento y le dijo cuánto pensaba pagarle por su trabajo. La suma era tan elevada que los ojos de Lacey se iluminaron.

–No sabía que fuéramos a cobrar... –dijo Jeff.

Hank sonrió a su sobrino.

–Porque tú no vas a cobrar; eres miembro de la familia y ya ganas tu parte como socio de la corporación –le recordó–. ¿Y bien, Lacey? ¿Qué me dices? ¿Aceptas el ofrecimiento?

–Tengo que cuidar de los caballos... –No te preocupes por eso. Le diré a dos de mis chicos que se ocupen de ellos durante tu

ausencia. –Por favor, mamá, di que sí... –intervino Colin–. ¿Podré montar con el ganado?

Emily se sumó a su hermano.

–Mamá, quiero ir contigo... Di que podemos ir.

Lacey miró a Jeff.

–Que yo acepte o no, carece de importancia –afirmó–. Hank le ha pedido a Jeff que se encargue de todo, pero todavía no ha contestado. Y mientras no conteste, no habrá nada seguro.

Todos los ojos se clavaron en Jeff. –Tienes que aceptar, Jeff. Será divertido –dijo Emily–. Para entonces ya se te habrá curado la pierna... –Mi pierna ya está mucho mejor. Y por cierto, ya le había dicho a Hank que acepto el cargo.

A finales de semana, las cosas ya habían vuelto a la normalidad. Jeff había regresado a la cabaña y estaba solo al fin, como quería. Pero echaba de menos a los niños y, sobre todo, a Lacey.

Sin embargo, aquella tarde fueron todos juntos al rancho de Chance, para ver cómo le iba a Rebel Run.

Aunque el semental ya había cubierto a las dos yeguas, querían saber si se habían quedado preñadas.

Los niños salieron corriendo del todoterreno. Jeff los miró se resistió a la tentación de pensar que eran una familia.

–Vamos. Chance ha dicho que nos esperaría en las caballerizas.

Hacía mucho calor, pero la temperatura del interior de las caballerizas era bastante agradable. En ese momento estaban paseando a dos caballos; un semental negro que parecía consciente de su belleza y una yegua de tamaño más pequeño, pero preciosa.

–Mira, mamá... –dijo Emily–. Es muy bonita.

–Sí, lo es.

–¿Podré tener una yegua así cuando sea mayor?

–No puedo prometerte eso, Emily.

–Seguro que podrías buscar una y entrenarla, mamá –intervino Colin. –Seguro que sí. Todos se giraron al oír la voz de Chance Randell, que se había acercado por detrás.

Tras estrechar la mano de su sobrino, dijo:

–Hola, chicos. ¿Qué os parecen mis nuevas adquisiciones?

–Son preciosos –dijo Emily.

–Son mucho más que eso. El semental, Ace, es descendiente directo del primer semental que tuve, Ace High. Por eso construí este lugar... por el sueño de criar caballos de raza –explicó.

–Pues lo has conseguido –afirmó Lacey.

Chance sonrió.

–He conseguido mucho más. Mi esposa, Joy, y una niña maravillosa, Katie Rose –dijo.

–¿Ace está a la venta? –preguntó Jeff. Chance se quedó muy sorprendido. Se quitó el sombrero y tardó un poco en responder. –Eso depende. ¿Tienes algún plan para él? –preguntó su tío.

–Necesito un buen caballo de montar, y además, no nos vendría mal otro semental –respondió–. ¿Qué te parece, Lace?

Lace admiró el caballo y dijo:

–Los caballos de Chance Randell no necesitan de mi aprobación. Todos son excelentes. Jeff sonrió. –¿Qué dices entonces, tío? ¿Estás dispuesto a librarte de él?

Chance se volvió a poner el sombrero.

–No sé qué decir, sobrino. Venderte ese semental sería como alimentar a la competencia... pero supongo que podemos llegar a algún tipo de acuerdo –respondió.

–Con un descuento por ser de la familia, espero.

Chance le dio una palmadita en la espalda.

–Cómo se nota que eres un Randell.

Unos segundos después se acercó un joven con la yegua que habían visto y se presentó. –Hola, soy Will Hansen. Mi padre es el criador y domador de Chance. –Encantado de conocerte, Will. Yo soy Lacey Guthrie... ¿Cómo se llama la yegua? Es preciosa.

–Summer Mist, pero la llamamos Misty.

–Parece que tú también has encontrado un caballo –intervino Jeff. Lacey negó con la cabeza. –No, no, sólo la estaba admirando. Además, no ten
go dinero para comprar otro.

Chance sonrió.

–De todas formas, Misty no estaría en venta. Es de mi hija menor –explicó–. Ellie está en Inglaterra, en un programa de intercambio, pero quería que vieras a la yegua y me dijeras si puedes trabajar con ella.

Lacey se llevó una buena sorpresa.

–¿Trabajar con ella? Tú ya tienes tus propios especialistas en doma.

–Sí, y son buenos, pero sólo saben lo esencial –declaró Chance–. Misty es diferente... Ellie quiere que compita y creo que tú serías la persona ideal para prepararla.

Jeff se acercó a Lacey y le pasó un brazo por encima de los hombros como si fuera lo más natural del mundo y lo hiciera todo el tiempo.

–¿No querías domar caballos? Pues ya tu primer cliente –afirmó.

CAPÍTULO 10

UNA hora después, ya habían llegado a un acuerdo sobre el precio de Ace y habían dispuesto los preparativos para llevar a Misty al rancho de los Guthrie. Jeff propuso a Lacey y a los niños que fueran a comer a la ciudad, donde pasaron un buen rato. Cuando terminaron de comer, Colin y Emily se marcharon a jugar con las máquinas de videojuegos y los dos adultos se quedaron a solas.

–Quiero hablar contigo, Lacey.

–¿De qué?

–Sólo quería asegurarme de que la idea de domar a Misty te parece bien. Todo ha pasado tan deprisa que...

Ella se recostó en la silla.

–Supongo que va a ser difícil, pero me encantará –aseguró.

–Te ayudaré tanto como pueda –dijo él–. Tal vez haya llegado el momento de que dejes tu trabajo en el supermercado.

La expresión de Lacey cambió tan repentinamente que él se sintió en la obligación de puntualizar sus motivos.

–Antes de que me lo discutas, escúchame con atención. Con tu trabajo en la doma y los caballos que ya tenemos, creo que nos lo podemos permitir. Cuando se corra la voz de que estás trabajando con los animales de Chance, te llegarán muchas más ofertas... Incluso he hablado con Will Hansen para saber si nos podría echar una mano en su tiempo libre y le ha parecido bien.

Lacey permaneció en silencio durante unos segundos. –¿Qué pasará con el seguro médico de los niños? –preguntó al fin. –No te preocupes por eso. He hablado con las aseguradoras y podemos afrontarlo perfectamente.

–Parece que lo has pensado bien. Pero de todas formas, habría preferido que hablaras conmigo antes de ofrecerle ese trabajo a Will.

–Todavía no le he contratado. Precisamente le he dicho que antes tenía que hablar contigo.

Ella asintió.

–Te lo agradezco mucho, Jeff. Trevor nunca me consultaba nada. Todo lo que te pido es que me hagas partícipe de las decisiones. –Te lo prometo, Lace. Quiero que nuestra asociación salga bien.

Jeff aparcó y entró en la cabaña. Estaba tan oscura que pensó que tenía que comprar un generador, pero se dijo que lo que verdaderamente necesitaba era una casa propia. Aunque hubiera comprado la cabaña y las tierras de alrededor a Lacey, tenía intención de devolvérselas en algún momento.

Salió al porche y se detuvo. Le gustaba la soledad, pero echaba de menos a los niños y especialmente a Lacey. Añoraba su cara, la fragancia de su cabello, hasta su forma de trabajar con los caballos. La añoraba tanto que se excitó al instante y muy a su pesar.

Justo entonces, oyó un ruido que procedía de la parte trasera. Entró en la cabaña, alcanzó un farol y salió a echar un vistazo.

Junto al cubo de la basura había un perro. Era de color negro y marrón y estaba en los huesos. No había visto un perro más delgado ni más sucio en toda su vida.

–No tienes buen aspecto amigo.

Se acercó un poco y extendió una mano para que la oliera. El animal se acercó tímidamente y lo olisqueó. –Necesitas una buena comida. Jeff volvió a la cabaña, abrió los armarios y empezó
a buscar hasta que localizó una lata de carne. Al sacarla, algo cayó al suelo; le pareció una especie de libro o de libreta.

Abrió la lata, puso la carne en un plato y lo dejó en el porche. Incluso puso una toalla en el suelo para que el perro se pudiera tumbar encima. Al cabo de un rato, volvió al interior de la cabaña y se sentó en una de las sillas.

Se sentía solo y no tenía nada que hacer. Fue entonces cuando volvió a mirar la libreta que se había caído al suelo y la abrió, pensando que sería algún libro de contabilidad de los Guthrie. Pero era otra cosa, muy diferente: un diario escrito por su amigo Trevor.

Jeff alumbró la libreta con el farol y pasó la primera página. La fecha era de diez años antes.

Leyó varias de las anotaciones del principio, referentes a su boda con Lacey, al día en que él se fue al ejército y al nacimiento de sus hijos. Cuando se cansó, hojeó el resto hasta llegar a la última página, donde encontró una nueva sorpresa: una carta dirigida a él, con fecha de diez de agosto del año anterior.

Decía así:

Jeff:

Si lees esto es que has encontrado mi diario. ¿Por qué no me sorprende que estés de vuelta en la cabaña? Ha pasado mucho tiempo, amigo mío. Debería estar enfadado contigo por no haber venido a verme,

pero echo de menos nuestra infancia y nuestra juventud, cuando veníamos a este lugar, nos sentábamos junto al arroyo y hablábamos de la vida.

Ah, todo era tan sencillo entonces... Nuestro mayor problema consistía en evitar líos en clase y con nuestros padres. Aprendimos muchas cosas juntos, aunque lo importante tuvimos que aprenderlo después, por nuestra cuenta.

Te echo de menos, amigo.

Jeff pasó a la segunda anotación, de una semana después:

Jeff:

Hoy es un mal día para mí. He recibido noticias del médico y no son buenas. Me he deprimido tanto que le he pedido a Lacey que me llevara a la cabaña y me dejara aquí durante unas horas. Es curioso, pero siempre me siento bien en este lugar. Cómo lamento tu ausencia... daría cualquier cosa con tal de que entraras por esa puerta ahora mismo.

La tercera anotación decía lo siguiente:

Jeff:

Esta mañana me han dicho que me estoy muriendo. ¿No te parece extraño? Sólo tengo treinta años y un simple virus va a acabar con mi vida. Por lo visto, no se puede hacer nada salvo esperar por si aparece un donante de corazón; pero mi enfermedad avanza tan deprisa que tengo pocas esperanzas.

Al saberlo, he vuelto a la cabaña y he llorado como un niño.

Te necesito, amigo. Tu fuerza me vendría mejor que nunca; pero sé que no puedes dejarlo todo de repente, así que tendré que encontrar la forma de afrontarlo. No soporto la idea de que Lacey y los niños se queden solos, sin ayuda.

Son todo lo que tengo. Son mi vida.

Jeff cerró la libreta, incapaz de seguir leyendo.

Jeff llegó al trabajo con dos horas de retraso, aunque no le preocupaba demasiado; Will empezaba a trabajar ese día y sabía que Lacey no estaba sola.

Había estado en el veterinario, con el perro; lo habían lavado, vacunado y puesto un collar, así que su aspecto era notablemente mejor que la noche anterior. Cuando salió del vehículo, le dejó la portezuela abierta y dijo:

–Vamos, chico. Quiero presentarte a dos niños que se volverán

locos contigo.

El animal dudó, inseguro, pero bajó al final. Jeff entró en los establos y se encontró con Lacey, que estaba trabajando con Fancy Girl.

–¿Quién es tu amigo? –preguntó ella.

Jeff se echó el sombrero hacia atrás.

–No estoy seguro; apareció anoche en la cabaña y lo he llevado al veterinario de Lindsey para que le echara un vistazo.

Lacey examinó al perro con detenimiento y lo acarició.

–Está en los huesos…

–Tendrías que haberlo visto antes. Tenía tanta mugre que hemos tenido que cortarle el pelo. –¿Ya tiene nombre? Jeff se encogió de hombros. –No lo sé. Tal vez deberíamos preguntárselo a él. –Muy gracioso, Jeff Gentry… Pero tienes que ponerle un nombre.

–Aún no sé si me lo voy a quedar.

Emily apareció entonces y se quedó anonadada con el perro. –Oh, un perrito… –Ten cuidado, Emily. No sé cómo reaccionará con los niños –dijo Jeff.

La niña hizo caso omiso y acarició al animal, que se dejó tocar, encantado. Fue amor a primera vista. Colin llegó poco después. –¿De dónde ha salido ese perro? Mira que es feo… –Es de Jeff y no es feo –afirmó su hermana–. Ojalá
pudiéramos tener un perro…

Jeff miró a Lacey.

–Oh, no, nada de eso, tu amigo no se puede quedar. Ya tengo bastantes animales en casa.

–Pero mamá, nosotros cuidaremos de él –intervino Emily–. Podría dormir en mi habitación.

–No, en tu habitación hay tantos muñecos de peluche que se perdería –se burló Colin–. Que se quede en la mía.

–De momento, será mejor que este viejo solitario se quede conmigo –intervino Jeff–. Así me hará compañía en la cabaña.

–Podrías venir a vivir aquí –dijo Emily.

–Gracias, Emily, pero prefiero quedarme una temporada en la cabaña –dijo él, consciente de la incomodidad de Lacey.

–¿Has dicho que se llama Solitario? Me gusta el nombre… –declaró Colin–. ¿Puedo jugar con él?

–Si a tu madre le parece bien…

Lacey asintió y los niños se marcharon inmediatamente con el

perro.

–Como tipo duro no vales nada, Jeff –se burló Lacey–. Mira que dedicarte a recoger perros vagabundos...

–No soy el único que se dedica a recoger animales heridos –le recordó él–. Tú lo hiciste conmigo, Lace.

Ella hizo caso omiso del comentario.

–Me voy a trabajar –declaró.

Él asintió y la siguió, sintiéndose más solo que nunca. Necesitaba un hogar; pero ahora sabía que sólo quería un hogar con ella.

Pasaron dos semanas antes de que Jeff y Lacey pudieran aceptar la invitación a cenar de Brandon y Nora. El rancho estaba junto al valle de los mustangs; Brandon y dos de sus familiares habían heredado la propiedad y la habían dividido entre los tres, aunque él no había vivido allí hasta un año antes, cuando se mudó con su esposa y su hijo.

Nora y el propio Brandon salieron a recibirlos. Jeff estaba acostumbrado al impresionante rancho de los Randell y el lugar no le pareció particularmente interesante, pero Lacey se quedó encantada con las instalaciones y con la casa, de dos pisos de altura y pintada de amarillo y blanco.

–Esto es precioso... –dijo.

Nora se acercó y dio un abrazo a Lacey.

–Supongo que éstos son tus hijos...

Emily se adelantó.

–Yo soy Emily y él es mi hermano Colin. Yo tengo cinco años y él tiene ocho, pero cumplo seis dentro de quince días.

Nora se inclinó.

–Pues yo me llamo Nora y estoy encantada de conoceros. Mi hijo, Zach, está ayudando a ensillar las monturas. Hemos pensado que podríamos ir de picnic al valle de los mustangs.

–¡Genial! –dijo Colin–. ¿Veremos a los caballos salvajes?

–Si hay suerte...

Minutos más tarde, cuando ya habían montado, Brandon explicó a Jeff que Nora se iba a quedar en casa.

–Se reunirá con nosotros después –dijo–. Está embarazada y no queremos correr riesgos, así que irá en coche.

Mientras avanzaban por el sendero, Jeff acercó su montura a la de Lacey.

–No había venido por esta zona desde la infancia –le confesó–.

Trevor y yo estuvimos una vez y acampamos con Brandon y su padre. Debimos haberte invitado a acompañarnos.

Lacey sonrió.

–¿Invitar a una chica? –bromeó.

Jeff sonrió a la preciosa mujer que cabalgaba a su lado.

–Sí, tienes razón. A los diez años, los niños no quieren salir con chicas… pero contigo debimos hacer una excepción –afirmó–. Esto está tan bonito como entonces.

Hank construyó unas cabañas para turistas, pero toda la zona está protegida y no se permite el paso de coches.

–Es un lugar encantador –declaró ella, contemplando el valle lleno de árboles–. La zona de nuestra cabaña me parecía bonita, pero después de ver esto…

–Eh, ¿qué tienes contra la cabaña? A mí me encanta.

Brandon se acercó entonces.

–¿Qué os parece? ¿Os gusta?

–Es maravilloso –respondió Lacey.

Brandon suspiró.

–Sí, nunca me canso de las vistas.

–Yo quiero ver los mustangs –dijo Emily.

–Los veremos, aunque antes tenemos que comer. Si no hacemos mucho ruido, los mustangs aparecerán en algún momento –explicó Brandon–. Pero hay que darse prisa… Nora nos estará esperando en la cabaña de la colina.

Siguieron adelante por el valle hasta llegar a la cabaña en cuestión. Nora ya había llevado la comida al porche, y disfrutaron de las ensaladas y de los bocadillos hasta que por fin aparecieron los mustangs.

–¡Mirad! ¡Están ahí! –dijo Emily–. ¿Podemos acercarnos?

–No lo sé, cariño. Puede que se asusten.

Brandon se levantó.

–Podemos acercarnos un poco si vamos con cuidado.

Los niños se fueron con Brandon y Nora. Lacey empezó a recoger los platos, pero Jeff se acercó y dijo: –Dejémoslo para después. Ven conmigo. Lacey quiso resistirse, pero él la tomó de la mano y la llevó colina abajo, hasta una arboleda, donde se detuvieron. Emily estaba muy contenta porque se encontraban a poca distancia de una yegua y de su potrillo.

–Ojalá hubiera traído la cámara –dijo Lacey.

Jeff se acercó y aspiró su aroma.

–Bueno, puedo traerte otro día.

–Trato hecho –dijo ella–. Aunque supongo que habrás traído a muchas chicas a este lugar...

Él sacudió la cabeza.

–No, nunca. Te habría traído a ti, pero te habrías negado a salir conmigo.

Ella retrocedió y se apoyó en el tronco de un árbol. En otras circunstancias, Jeff habría aprovechado la ocasión para besarla; pero los niños estaban demasiado cerca.

–¿Cómo sabes que me habría negado? Nunca me lo pediste.

Jeff sintió una punzada en el corazón.

–Pero te lo pido ahora.

CAPÍTULO 11

AQUELLA noche, de vuelta en la cabaña, Jeff se sentó en el porche con Solitario a sus pies. El perro no se había separado de él desde que regresaron.

Estaba pensando en los sucesos del día y en lo mucho que echaba de menos a Lacey cuando el sonido de un motor interrumpió sus pensamientos. Se levantó y vio que un jeep se aproximaba. Automáticamente tuvo miedo y pensó que habría pasado algo malo.

Lacey bajó del vehículo y caminó hasta el porche.

–¿Qué ocurre? ¿Qué haces aquí? ¿Le ha pasado algo a los niños? –preguntó él con preocupación. Ella negó con la cabeza. –No ocurre nada. Sólo quería verte. –¿Verme? ¿Por qué? –Por nada en especial. Me apetecía venir a la caba

ña –respondió, para asombro de Jeff. –Bueno, si es que te sientes sola por haber dejado a los niños con Brandon y con Nora... –No se trata de eso, Jeff. ¿Lo de esta tarde lo has dicho en serio? ¿Es verdad que quieres que salga contigo?

Jeff dijo la verdad.

–Sí.

Ella se acercó y lo abrazó de repente.

–Lacey.. –dijo él, nervioso–, tal vez deberíamos dejar esta conversación para mañana por la mañana.

–¿Quieres que me vaya?

Jeff estaba temblando por la emoción.

–Sería lo más sensato. No creo que debamos...

–¿Por qué no? –lo interrumpió–. Los dos sabemos que nos gustamos.

–Porque sería demasiado bueno y no soy el hombre adecuado para ti. Ni siquiera sé lo que voy a hacer con mi vida, Lacey. Ya no sé quién soy.

–Ése no es el problema, Jeff. Me rechazas porque crees que todavía no estás preparado para mantener una relación.

Jeff no dijo nada. Ella se apartó y añadió:

–Gracias por este día. Ha sido maravilloso.

Lacey hizo ademán de marcharse, pero él la atrajo hacia su pecho. –No te vayas, Lace –le rogó–. Sólo espero que estés segura de esto...

–Mira, ahora no quiero pensar ni en el pasado ni el futuro. Quiero disfrutar del presente contigo, Jeff. Quiero que hagamos el amor.

Jeff no pudo contenerse más. La besó con toda la pasión que llevaba dentro y sólo se apartó de ella para tomarla en brazos y entrar en la cabaña. Hacía calor y no había más luz que la del farol, pero prefería hacerle el amor en una cama, aunque fuera una simple litera.

La tumbó en el colchón y dijo:

–He soñado con este momento desde que me marché al ejército. Desde que estuviste aquella noche en mi habitación.

Ella le acarició la cara.

–Pero esta vez me quedaré contigo, Jeff.

Lacey se quitó la camiseta a toda prisa y quiso desnudarlo después.

–Las damas primero –dijo él con humor.

Ella sonrió y se desnudó por completo.

–Te toca.

Jeff suspiró, admiró el cuerpo de Lacey durante unos segundos y se quitó la prótesis y la ropa.

–La otra noche no quería que te detuvieras –le confesó ella–. Y tampoco quiero que lo hagas ahora.

–No lo haré. Descuida.

Lacey lo besó y Jeff se dejó llevar. Ya no tenía ningún sentimiento de culpabilidad.

Ella lo acarició, bajó la mirada y contempló su cuerpo.

–Eres un hombre magnífico, Jeff Gentry. Siempre lo has sido.

Jeff se alegró de que la cabaña estuviera casi a oscuras. Todavía se sentía incómodo con lo de su pierna.

–Tú eres una mujer magnífica, Lace. Una mujer preciosa.

Ella lo volvió a besar.

–Yo también tengo mis cicatrices, Jeff. Soy madre de dos hijos.

–No lo dudo; pero cuando te miro, sólo veo perfección.

De repente, Lacey bajó las manos y acarició el muslo de la pierna mala de Jeff hasta llegar al muñón.

–Por lo que veo, tú también eres perfecto –dijo.

Él la miró con sorpresa y ella lo besó en la boca. Segundos después, Jeff la miró a los ojos y dijo, con humor:

–Ya que somos tan perfectos, hagamos algo perfecto entre los dos.

Se besaron apasionadamente y Jeff supo en ese momento que una sola noche de amor no satisfaría su deseo. Con Lacey necesitaba toda una vida; e incluso así, sería insuficiente.

A la mañana siguiente, Jeff se levantó de la cama antes de que Lacey despertara. No soportaba la idea de que lo mirara a los ojos con expresión de arrepentimiento, así que decidió salir y dejarla sola.

Tras ponerse la prótesis y los calzoncillos, se dirigió a la puerta. Entonces vio el diario de Trevor y maldijo a su amigo para sus adentros por haberle escrito aquellas palabras.

Salió afuera y se dirigió al arroyo en compañía de Solitario, pero no podía dejar de pensar en Lacey, en la mujer de quien estaba enamorado.

Se preguntó si alguna vez sería suya. Tenía miedo de que su corazón perteneciera para siempre a su mejor amigo.

Lacey sintió una tristeza enorme cuando Jeff salió de la cabaña y cerró la puerta. Durante la noche, no había pensado en Trevor en ningún momento; pero ahora tenía la sensación de haber cerrado definitivamente la puerta del pasado, de la vida que había compartido con su difunto esposo.

Sin embargo, no se sentía culpable. Siempre había estado enamorada de Jeff. Él era el único que podía darle tanto placer como la noche anterior.

Se preguntó qué habría pasado si aquella vez, cuando hicieron el amor años atrás, le hubiera pedido que se quedara con ella; pero supuso que habría ingresado en el ejército de todas formas, sin llegar a saber que se había quedado embarazada de un niño que perdió más tarde.

Derramó una lágrima y se la secó con la mano. Si no hubiera sido por Trevor, su vida habría sido un desastre.

Se levantó, alcanzó la ropa y se vistió. Después, se puso las botas y se pasó las manos por el pelo para arreglárselo un poco. Estaba decidida a marcharse de allí y a poner tierra de por medio. No podía arriesgarse con Jeff. Lo único que importaba era el bienestar de sus hijos.

Al verlo junto al arroyo, caminó hacia él para despedirse. No se había puesto la camisa y le pareció más guapo que nunca.

–Buenos días, Jeff.

–Buenos días. ¿Tienes hambre? Puedo prepararte el desayuno...

Lacey no tenía hambre. Sólo quería lo mismo que había querido

diez años atrás, que la abrazara, que le confesara su amor y que dijera que todo iba a salir bien; pero no lo hizo.

Respiró hondo y declaró:

–Tengo la sensación de que estamos a punto de repetir lo que pasó hace diez años. Pero con una diferencia: que esta vez seré yo quien se aleje de ti.

Jeff se quedó helado.

–Lacey, yo no me arrepiento de lo que hemos hecho. No sé lo que va a pasar entre nosotros, pero...

–No va a pasar nada, Jeff –lo interrumpió–. Si te preocupa que espere algo después de lo de anoche...

–No, no quería decir eso. Es que no estoy seguro de que estés preparada. Trevor murió hace pocos meses y...

–Trevor no tiene nada que ver, Jeff.

–Pero estabas casada con él y era mi mejor amigo.

–Sí, estuve casada con él, es verdad. Y nunca lo traicioné; ni anoche ni hace diez años, cuando hicimos el amor. No intentes que me sienta culpable.

Lacey se giró para marcharse, pero él la alcanzó.

–Por favor, Lacey, necesito que me comprendas. Quiero que las cosas sean distintas entre nosotros. Lacey se apartó. –Te comprendo perfectamente. Quieres que olvidemos lo que ha pasado. Como la última vez.

Jeff quiso decir algo, pero no lo hizo.

Lacey se alejó hacia el jeep con paso firme, aunque se sentía más insegura que nunca. Se había enamorado de Jeff Gentry por segunda vez.

Jeff no bebía con frecuencia; su padre había sido un alcohólico y no quería ser como él, pero aquella tarde se tomó cuatro cervezas.

Estaba echando otro trago, con los pies apoyados en la barandilla del porche, cuando Solitario se levantó y ladró. Jeff miró hacia los pastos y se llevó una sorpresa al ver ganado en la zona.

–¿Qué diablos... ?

En la distancia, detrás de la docena de reses, aparecieron Brandon y su hermano Jay, a caballo.

–Oh, no...

–Buenas tardes, Jeff. ¿Te apetece trabajar un rato?

–¿No lo podríamos dejar para otro momento?

Brandon se inclinó sobre él.

–De ninguna manera, vaquero –respondió–. Ya puedes volver a casa, Jay. Lo tengo todo bajo control.

Jay sonrió.

–De acuerdo. Que os divirtáis...

Brandon desmontó y se quitó los guantes que llevaba mientras Jay se alejaba por el camino.

–Bueno, ¿no vas a ofrecerme una bebida? –dijo su primo–. Quiero saber lo que ha pasado.

–¿Lo que ha pasado? ¿A qué te refieres?

Brandon frunció el ceño.

–Lacey pasó a recoger a sus hijos y parecía bastante alterada –respondió–. Nos ha dicho que se marchaba a Florida, a ver a los padres de Trevor.

–¿Cómo? ¿Cuándo se va?

–Ya se ha ido –contestó, frunciendo el ceño–. ¿No te ha dicho nada?

Jeff sacudió la cabeza.

–No...

Brandon ató su caballo a un poste y dijo:

–Se supone que los socios se cuentan esas cosas. ¿Qué pasó ayer, Jeff? ¿Os peleasteis? No lo entiendo... parecíais muy contentos cuando os marchasteis de casa.

–Lacey vino a verme por la noche.

Brandon sonrió, pero su sonrisa desapareció al instante.

–No la echarías, ¿verdad?

–Ojalá la hubiera echado –declaró, apartando la mirada.

–Vaya, así que al final ha pasado lo que tenía que pasar.

Jeff hizo caso omiso del comentario.

–Le he dicho que tal vez fuera un error, que es posible que sea demasiado pronto para ella.

Su primo gimió.

–¿Te acuestas con ella y le dices eso después? No lo puedo creer, Jeff. Ningún hombre en su sano juicio habría rechazado a Lacey.

–Yo no soy como tú, Brandon. Para empezar, no soy un Randell.

–Claro que lo eres; eres tan Randell como yo, y bien que lo has demostrado al meter la pata con Lacey hasta el fondo –observó–. ¿Desde cuándo estás enamorado de ella?

Jeff se encogió de hombros.

–Desde el colegio –murmuró.

Brandon sacudió la cabeza.

–¿Ya tenía pechos entonces?

Jeff soltó una carcajada.

–¿Cómo quieres que me acuerde?

–En cualquier caso –dijo Brandon, poniéndose serio–, deberías reconsiderar tu actitud. Si Lacey vino anoche a verte, es porque siente algo por ti.

–No lo entiendes, Brandon. Nuestra relación no empezó anoche, sino hace diez años. Antes de ingresar en el ejército, volví para hablar con ella y despedirme e hicimos el amor.

Brandon soltó un silbido.

–¿Y Trevor?

–Lacey se había separado de él aquel verano. De hecho, fui a verla porque Trevor me pidió que la convenciera de que volviera a su lado.

–Y en lugar de eso, te acostaste con ella.

Jeff asintió.

–Bueno, eso es agua pasada. Trevor se casó con la chica de la que estaba enamorado y tú te fuiste al ejército. Ahora ha llegado tu oportunidad. Si Lacey vino a verte es porque quiere estar contigo.

–O porque se sentía sola y yo estoy a mano.

–Oh, vaya, ahora lo entiendo... todo esto es por tu pierna, ¿verdad? Hicisteis el amor y dijo algo inconveniente.

–No, es que no soy el hombre que necesita.

–¿Por qué? ¿Porque llevas una prótesis? Por Dios, Jeff... no puedo creer que hables en serio. Si yo pensara lo mismo que tú, tendría que decirle a mi hijo que no podrá conseguir lo que quiera en la vida porque es diabético –argumentó–. Venga, hombre, no te escondas tras la excusa de la pierna. Tienes una segunda oportunidad. Aprovéchala.

Brandon se levantó y añadió:

–Vamos a trabajar un poco con el ganado. A no ser que tampoco te sientas capaz de eso, claro.

Jeff sacó dos botellas de agua de la nevera y siguió a su primo.

–¿Y qué pasará si voy a buscar a Lacey y no me quiere? –preguntó.

Brandon montó en su caballo.

–En el amor no hay garantías, Jeff; pero no puedes ganar si no lo intentas. Nora me rechazó mil veces antes de aceptarme, y yo

insistí porque la amaba. Recapacita, Jeff. Lacey vino a verte anoche porque quiere mantener una relación contigo –afirmó.

–Está bien, lo intentaré. Pero si se te ocurre alguna forma de conseguir que me perdone, admito sugerencias.

Lacey se alegró de volver a casa; había sido una semana larga y deprimente y ardía en deseos de ver a Jeff. Los padres de Trevor eran grandes personas, pero apreciaban tanto al amigo de su difunto hijo que no habían dejado de hablar de él en ningún momento. Lacey se preguntó qué habrían dicho de haber sabido que se había acostado con ella diez años atrás.

Pero ahora tenía un problema más inmediato. Iba a pasar tres días fuera de casa, en el arreo de ganado organizado por Hank. Afortunadamente para ella, Jeff estaría trabajando con Nora y con Kelly y sólo vería a Jeff durante las comidas, pero la perspectiva resultaba inquietante de todas formas.

A las cinco de la mañana del día siguiente, salió con sus hijos hacia el rancho Circle B., donde iba a empezar el primer Arreo Anual de Ganado de los Randell. Cuando entró en la casa, Nora se dirigió a ella y dijo:

–Menos mal que has llegado. Jeff quiere que nos reunamos antes de partir. –¿Para qué? Nosotras vamos a ir en coche hasta el punto de descanso. Nora frunció el ceño, la tomó de la mano y la llevó a un aparte.

–Anda, acompáñame.

Lacey la siguió a regañadientes.

–Brandon me ha dicho lo que pasó entre vosotros. No necesito conocer los detalles, pero quiero que sepas que los Randell son hombres difíciles. Deberías hablar con Jeff y...

–No –la interrumpió–. Ya he hecho el ridículo una vez. No me voy a arriesgar de nuevo.

–Como quieras. Pero Jeff está muy arrepentido.

–Y yo. No debí ir a su cabaña.

–¿Todavía quieres ayudarnos con esto?

–Por supuesto que sí. Se lo prometí a Hank y los niños están entusiasmados; además, no podría dejarte en la estacada.

En ese momento oyó la voz de Jeff.

–Lacey...

Ella no dijo nada.

–Me alegro de que hayas vuelto. ¿Te has divertido con los Guthrie?

De repente, todo el mundo salió de la habitación. Los habían dejado solos.

–Sí, mucho. Te envían recuerdos.

–Lacey, sé que te marchaste por mi culpa.

Lacey apartó la mirada.

–No seas tan creído, Jeff; había planeado ese viaje hace tiempo. Y ahora, si me perdonas, tengo que hablar con Nora sobre el trabajo.

–Lo siento, Lacey, no pretendía herir tus sentimientos. He pensado mucho y quiero que sepas que estoy dispuesto a ser sincero contigo. Cuando terminemos este trabajo, hablaremos sobre nuestra relación.

Jeff la miró y se marchó, dejándola sola. Lacey se preguntó si su preocupación sería verdaderamente sincera. A fin de cuentas, ya la había abandonado una vez en el pasado.

CAPÍTULO 12

EL PRIMER día del arreo de ganado no fue del todo mal; Jeff se sintió mejor de lo que esperaba y sólo se les escapó una res por el camino. De hecho, la experiencia sirvió para que se reafirmara en la idea de trabajar en el rancho con Lacey y Chance; aún tenía que aprender muchas cosas sobre la cría y doma de caballos, pero sabía que los Randell lo ayudarían en lo que pudieran.

A última hora de la tarde, Brandon se acercó a él y preguntó:

–¿No vamos a parar nunca? La gente tiene que dormir.

–Te recuerdo que el jefe soy yo. Pararemos cuando lo diga –dijo en tono de broma.

Brandon sonrió.

–¿Qué tal te va?

–Al margen del calor y del cansancio, bastante bien. La pierna no me ha molestado demasiado –contestó, frotándose el muslo–. Odio tener que admitirlo, pero tenías razón cuando te empeñaste en que practicara un poco con la monta y con el ganado.

Brandon asintió.

–¿Has hablado con Lacey?

Jeff sacudió la cabeza.

–No. Éste no es el mejor lugar para hablar.

–Aunque no lo sea, déjale caer que no vas a permitir que se aleje de ti.

–¿Desde cuándo te dedicas a hacer de Celestina?

Su primo se encogió de hombros.

–Desde que conocí a Nora, supongo. Yo tampoco sabía que podía ser tan feliz –contestó–. No te rindas con Lacey.

Brandon se alejó a caballo. Jeff vio entonces al hijo de Lacey y decidió acercarse.

–Hola, Colin, ¿te apetece cabalgar conmigo?

–Claro...

Jeff alzó la vista al cielo y contempló las nubes.

–Espero que no llueva. Tendríamos que soportar a un montón de turistas mojados –bromeó.

El niño ni siquiera sonrió.

–¿Te encuentras bien, hijo?

Colin se encogió de hombros.

–Mamá está muy triste últimamente. No sé por qué tuvo que

llevarnos a ver a los padres de papá.

–Puede que estuviera cansada y necesitara unas vacaciones...

–Sí, es posible, pero ha estado llorando otra vez. Y no lloraba tanto desde que mi padre murió.

Jeff se quedó en silencio. Colin lo miró y dijo:

–¿Por qué no hablas con ella? Quizás se sienta mejor.

–No estoy muy seguro. Creo que soy el motivo de su tristeza, Colin. Herí sus sentimientos y dije cosas que no tenía que decir.

–¿No puedes disculparte?

–No quiere hablar conmigo. De hecho, me preguntaba si tú podrías ayudarme.

Él niño clavó sus ojos azules en él.

–¿Cómo?

–Tu madre me importa mucho. Me importa tanto que quiero ser algo más que un amigo para ella.

–¿Quieres casarte con mamá, como Brandon y la madre de Zach?

Jeff suspiró.

–Sí, pero quiero que sepas que no voy a ocupar el puesto de tu padre. Trevor fue mi mejor amigo, y debo añadir que crió a dos hijos maravillosos. Me contentaría con compartir vuestras vidas.

El niño lo miró de soslayo.

–¿Insinúas que nos quieres?

–Sí.

–Antes de morir, mi padre me pidió dos cosas... que no lo olvidara nunca y que cuidara de Emily y de mamá. Jeff asintió. –También dijo que si necesitaba ayuda, acudiera a ti

–añadió. –Lamento haber estado tan lejos de vosotros, Colin. No pude volver a tiempo, pero esta vez no os fallaré. El niño permaneció en silencio durante un rato, hasta que preguntó:

–¿Me llevarás alguna vez a Three Rock Ridge?

–Por supuesto. Cuando quieras.

Colin sonrió al fin.

–Bueno, ¿qué vas a hacer para que mi madre deje de estar enfadada contigo?

Jeff lo miró con humor.

–No lo sé. Por eso necesito que me ayudes.

Casi estaba anocheciendo cuando Nora y Lacey terminaron de servir la comida a los cuarenta vaqueros y turistas. Estaban muy cansadas y sabían que tendrían que levantarse a las cinco de la

mañana para seguir camino, pero Lacey había disfrutado de cada minuto.

–Echaré de menos a Brandon –dijo Nora–, pero me alegro de que nosotras pasemos la noche en el remolque. Odio dormir en el suelo.

–No podría estar más de acuerdo contigo.

Lacey miró hacia el campamento y vio que tres jinetes se acercaban; eran Hank, Chance y Wyatt. Minutos después, Hank se acercó a las dos mujeres.

–¿Qué tal va todo?

Lacey se encogió de hombros.

–Bueno, nadie se ha quejado de la comida.

–¿Quejarse? Dicen maravillas de tu estofado y de la tarta de Nora...

–Me alegra que le les guste. Mañana por la noche les prepararemos hamburguesas y judías blancas.

Hank la miró durante un momento antes de hablar otra vez.

–Esperaba que te divirtieras un poco, Lacey...

–Y me estoy divirtiendo, de verdad. Pero me pagas para que cocine.

–Pues ya has trabajado bastante por hoy. Anda, ven conmigo. Vayamos a disfrutar de la música.

Hank la tomó de la mano y la llevó junto a una hoguera, donde se sentaron junto a los niños. Lacey se llevó una sorpresa al ver que el hombre que estaba tocando la guitarra era Jeff. Lo hacía tan bien que la gente empezó a pedirle canciones; y antes de que se diera cuenta, ella misma se sumó al resto y se puso a cantar.

Cuando todos se fueron a dormir, Brandon y Jeff se quedaron a solas.

–Yo no he dicho que sea fácil –dijo Brandon.

Jeff sacudió la cabeza.

–Es una idea absurda... –Bueno, las personas hacen cosas absurdas cuando están enamoradas.

Jeff se levantó del suelo y vio que su padre se había acercado. Wyatt debía de haber oído la conversación, porque arqueó una ceja y comentó:

–Lo importante es que lo intentes una y otra vez y no te rindas, hijo. Tu madre me rechazó varias veces, pero al final me aceptó.

–Sí, pero esto es distinto...

–Aunque lo sea, tú tienes una ventaja sobre mí. Lacey ya tiene

experiencia con el matrimonio y sabrá ser una buena esposa. Pero claro, si tienes miedo de no ser un buen marido para ella o un buen padre para Colin y Emily…

–No sé si podré serlo, pero quiero intentarlo.

–Entonces, aprovecha tu oportunidad.

Lacey se sintió muy decepcionada al ver que Jeff no aparecía a la mañana siguiente en la cola del desayuno. Según Brandon, estaba demasiado ocupado.

Cuando los turistas terminaron de comer, Nora y ella recogieron las cosas. Como tenían tiempo de sobra hasta la siguiente parada, decidió subirse al jeep e ir a casa a darse una ducha; pero en lugar de arrancar, se dedicó a contemplar a los jinetes que se alejaban por el campo.

Jeff fue el único que se quedó atrás. Como estaba a cargo del grupo, debía asegurarse de que nadie olvidara nada y de que los fuegos estuvieran bien apagados. Lacey lo vio montar y desmontar del caballo con una facilidad asombrosa en un alguien que había perdido media pierna.

–Es uno de esos hombres que no se olvidan, ¿verdad?

Lacey se sobresaltó un poco al oír la voz de Nora.

–Siempre he sentido un gran cariño por Jeff. A fin de cuentas, era el mejor amigo de mi esposo –declaró.

Nora alzó una mano.

–Excelente… primero amigos y después, amantes.

Lacey se quedó asombrada por el atrevimiento de Nora.

–Me temo que ése es el problema. Ya hemos cruzado esa línea dos veces y no creo que salga bien.

Nora frunció el ceño.

–¿Por qué no? Es evidente que os gustáis.

–Pero eso no significa que estemos hechos el uno para el otro.

Su amiga no se dejó convencer.

–Mira, Lacey, tuve ocasión de ver la pierna de Jeff en el hospital. Estos meses han debido de ser muy difíciles para él. No tengo experiencia con lisiados, pero se debe de sentir muy inseguro… sobre todo, en sus relaciones sexuales con las mujeres. Tienes que ser paciente. Tienes que comprenderlo.

Lacey pensó en la noche de amor que habían compartido y se ruborizó.

Nora sonrió.

–Además, todos los Randell son hombres orgullosos y

obstinados –bromeó–. Piénsalo detenidamente y pregúntate si Jeff no merece otra oportunidad.

El segundo día del arreo, Jeff empezó a sentir los efectos de llevar demasiadas horas a caballo. Se alegró de poder descansar durante la comida, y también de que durante la mañana sólo hubieran perdido seis reses; en cualquier caso, pidió a dos vaqueros que fueran a buscarlas y las tuvieron de vuelta en una hora.

Cuando llegó la noche, montaron el campamento y se dispusieron a cenar. Jeff estaba contento con el rendimiento de los hombres y las mujeres del grupo; trabajaban duro y le facilitaban la tarea. Echaba de menos una buena ducha y una buena cama, pero sobre todo, echaba de menos a Lacey.

Antes de cenar, decidió echar un vistazo por la zona. Poco después, vio que Colin se dirigía hacia uno de los cuartos de baños portátiles, que todos los días instalaban para los turistas, y se asustó. Hacía calor y sabía que algunos animales peligrosos se metían en ese tipo de sitios para estar al fresco.

Se acercó a uno de los vaqueros y le preguntó:

–¿Habéis comprobado que no haya serpientes en el campamento? –No lo sé. Hoy le toca a Marty... Jeff decidió no esperar a Marty y caminó hacia el excusado. Colin se quedó helado al abrir la puerta. Lo que se oía de fondo era nada más y nada menos que una serpiente de cascabel.

–No te muevas, Colin –le dijo en voz baja.

–Jeff...

–Tranquilo. Estoy aquí.

Jeff se acercó con sumo cuidado. Era una situación muy peligrosa, porque la serpiente estaba acorralada y la Colin se encontraba en su vía de escape.

Justo entonces, Brandon apareció a su lado.

–¿Llevas tu pistola? –le preguntó.

–No. Llevo tu escopeta.

–Disparar una escopeta a esta distancia sería demasiado peligroso; podría dar al niño. Lo mejor que podemos hacer es cerrar la puerta de golpe antes de que la serpiente pueda atacar.

–Estoy de acuerdo. Dime lo que tengo que hacer.

Jeff le ordenó que diera un rodeo y se situara detrás de la puerta del cuarto de baño portátil. Cuando estuvo en posición, le hizo una seña. Brandon cerró la puerta de golpe y, al mismo tiempo, él se abalanzó sobre Colin y lo tiró al suelo.

–¿Estás bien, hijo? ¿Te ha mordido?

Colin sacudió la cabeza.

–No, no... estoy bien.

–Me alegro.

–¿Te has hecho daño en la pierna?

Jeff sonrió.

–No, qué va. Anda, márchate con tu madre.

Brandon se acercó unos segundos después y le dio la escopeta. Jeff abrió la puerta del excusado y acabó con la serpiente en un abrir y cerrar de ojos.

Ya se alejaba del lugar cuando oyó la voz de Lacey.

–Jeff, gracias por lo que has hecho. Si no hubieras estado cerca, la serpiente habría mordido a mi hijo. No sé lo que habría hecho si...

Jeff se acercó y la abrazó.

–No te preocupes. Colin está bien. Pero de ahora en adelante, te prometo que seremos más precavidos con estas cosas.

Lacey sonrió con debilidad.

–Bueno, será mejor que siga cocinando. Esta noche te daré el mejor filete.

Lacey le dio un beso en la mejilla y se marchó enseguida. Jeff la miró mientras se alejaba y se dijo, en voz baja:

–Voy por ti, Lacey Guthrie. La próxima vez no voy a permitir que me dejes con un simple beso. Y por supuesto, tampoco voy a permitir que te alejes de mí.

CAPÍTULO

13

LLEGARON al rancho Circle B. a la mañana siguiente, hacia el mediodía. La experiencia había sido un éxito y todos estaban contentos, pero él sólo quería desmontar de una vez, volver a la cabaña y dormir a pierna suelta en una cama de verdad. Además, no tenía intención de dormir solo. Aquella noche se acostaría con Lacey.

Dejó el caballo en el cercado y caminó hacia el remolque. Colin fue el primero que le vio.

–Hola, Jeff...

–Hola, Colin. Has hecho un gran trabajo durante el arreo. Tu padre estaría orgulloso de ti –afirmó. Al niño se le iluminó la cara. –Me he divertido mucho, pero prefiero trabajar con los caballos.

Jeff se inclinó y dijo:

–Yo también.

En ese instante apareció Emily.

–Mamá ha dicho que cuando sea mayor, podré dirigir el ganado como Colin.

–Y cuando seas mayor, te enseñaré a hacerlo –le prometió.

–¡Mamá! ¡Jeff ha dicho que me enseñará a llevar ganado!

Lacey estaba trabajando, pero dejó lo que estaba haciendo al oír a su hija.

–Me parece muy bien, Emily, pero ahora tenemos que recoger las cosas para volver a casa.

Los niños se marcharon y Jeff decidió aprovechar la ocasión para hablar con ella.

–¿Vas a ir a la fiesta esta noche?

Lacey sacudió la cabeza.

–No, quiero trabajar un poco con Fancy Girl.

–Will se está encargando de ella. No es tan bueno como tú, pero no lo hace mal.

–De todas formas, prefiero hacerlo yo.

–¿Qué te parece si voy contigo y te ayudo? Así podrás descansar un poco. Has estado trabajando mucho.

–No es necesario, Jeff. Además, no quiero que volvamos a cometer el error de la otra noche. Tenemos que seguir adelante.

–¿Eso es lo que quieres hacer? ¿Olvidarlo todo?

–Es lo mejor –respondió.

Horas más tarde, cuando ya habían terminado de recogerlo todo, Lacey informó a su hijo de que no iban a ir a la fiesta.

–Estamos muy cansados y es mejor que descansemos un poco.

–Pero tenemos que ir, mamá. Jeff va a estar. Y sé que Hank quiere darte las gracias.

–Estoy segura de que nos disculparán. Además, has olvidado que mañana tenéis que volver al colegio.

–Zach también tiene que ir al colegio mañana y va a asistir con sus padres...

–Pero Zach es un Randell, y los Randell son una familia.

–Nosotros también podemos ser de la familia Randell, mamá.

Lacey miró a su hijo con sorpresa.

–¿A qué viene ese comentario?

–A que Jeff me dijo que... da igual, olvídalo.

El niño se giró con intención de marcharse, pero su madre no iba a pasarlo por alto. –Colin Trevor Guthrie, ven ahora mismo. –Oh, oh, te has metido en un lío... –dijo su hermana. –Explícame lo que querías decir. Colin suspiró. –Jeff me dijo que siente algo por ti y que quiere casarse contigo.

Lacey se quedó sin aliento.

–¿Cómo?

–Dijo que no pretende ocupar el lugar de papá, pero que quiere casarse contigo y ayudarte a criarnos.

–Cásate con él, mamá, por favor... –intervino Emily–. Jeff me lee cuentos e incluso me da besos de buenas noches. Además, si te casas con él, ya no volverás a estar triste.

–Cariño, yo no estoy triste... os tengo a ti y a Colin.

–¿No quieres casarte con él porque le falta una pierna? –preguntó su hijo.

Lacey carraspeó.

–No, por supuesto que no. Eso no me importa.

–Pues entonces, ponte un vestido bonito y ve a la fiesta –dijo Emily, sonriendo–. Así podrás bailar con él...

Lacey miró a sus hijos y pensó que tenían razón. Sin embargo, no podía ir con ellos; tenía cosas demasiado importantes que hacer.

–Está bien, iré a la fiesta. Pero tendréis que dejar que vaya sola...

***

Jeff salió al patio y echó un trago mientras observaba a las

parejas que estaban en la pista de baile. Había decidido beber agua porque aquella noche necesitaba estar absolutamente sobrio y despierto.

–¿Jeff?

Al oír la voz de Lacey, se giró con una sonrisa.

–Veo que has conseguido llegar...

Ella asintió.

–Sí, he encontrado una niñera en el último momento.

–Me alegro mucho. ¿Quieres beber algo?

–Tal vez más tarde. Ahora preferiría que me invitaras a bailar. Si te apetece, claro.

Él tragó saliva.

–No sé si podré...

La música cambió en ese momento y empezó a sonar una pieza más lenta y romántica.

–Has tenido suerte. Parece un buen tema para practicar.

Jeff la tomó entre sus brazos sin dudarlo. Ella se apretó contra su pecho y le apoyó la cabeza en el hombro. Él estaba tan emocionado que no se atrevía a hablar por miedo a romper el hechizo.

A mitad de la canción, Lacey alzó la cabeza.

–Te eché de menos en Florida.

–Yo también te eché de menos. Siento haberte dicho todas estas cosas tan estúpidas... no fui yo, sino mis miedos –le confesó–. Pero, ¿no podríamos hablar en un lugar más íntimo? Aquí hay demasiada gente y no me siento muy cómodo.

Lacey sonrió, entusiasmada.

–¿Sólo quieres hablar?

–Bueno, podemos empezar por eso y pasar más tarde a otras cosas. Porque esto es un principio, Lacey. Quiero que seamos mucho más que socios.

–Y yo, Jeff.

Jeff la miró con alegría y dijo:

–¿Puedes esperarme un momento? Tengo que decirle a Brandon que me marcho, pero vuelvo enseguida. Jeff le dio un beso y se marchó, dejándola sola. Un momento después, se le acercó Jay Randell.

–¿Te apetece bailar conmigo?

–Lo siento. Ya tengo todos los bailes ocupados –contestó ella. Jay arqueó una ceja. –Veo que Jeff te ha conquistado al fin... Ella

asintió. –Estamos en ello. –Por lo visto, hoy es un día de buenas noticias. Ya me han concedido el crédito, así que podemos hablar del arrendamiento de tus tierras cuando quieras.

Lacey frunció el ceño.

–¿De qué estás hablando?

–¿Jeff no te ha contado que quiero arrendar los terrenos de la cabaña?

Lacey sacudió la cabeza y mantuvo el aplomo.

–No.

–Bueno, no te preocupes. Seguro que quería darte una sorpresa.

Jeff tardó poco en encontrar a su primo. Le contó el motivo de su marcha y Brandon le dio sus bendiciones y la llave de una cabaña del valle de los mustangs.

–Tendrás que convencerla de que eres el hombre adecuado para ella, Jeff. Sé tú mismo y dile lo que sientes. Saldrá bien.

Jeff volvió sobre sus pasos y sintió un ataque de ce

los al ver que Lacey estaba en compañía de Jay. –Siento haber tardado tanto –se disculpó. Lacey lo miró con frialdad. –Jay me estaba contando una historia muy intere
sante sobre las tierras de la cabaña.

–¿Lo del arrendamiento? –preguntó–. Sólo es una idea que se le ocurrió. Todavía no lo habíamos hablado en serio.

–Veo que he metido la pata. Será mejor que me vaya... –dijo Jay. Jeff tomó del brazo a Lacey y la llevó hacia el jeep. –Tenemos que hablar, Lacey. –¿Para qué? Al parecer, te dedicas a tomar decisiones sin consultármelo –afirmó, enfadada. –No, no es verdad. Jay me propuso la idea hace unas semanas, pero no llegamos a hablarlo en serio. –Aun así, tendrías que habérmelo dicho –objetó. –Te lo habría dicho si no te hubieras marchado a Florida –le recordó–. Los socios no desaparecen de la noche a la mañana sin decir nada. –¿Que los socios no desaparecen? ¡Mira quién fue a hablar! El hombre que desapareció durante diez años. –Me marché porque era lo mejor para todos. –¿Ah, sí? Ni siquiera te molestaste en preguntarme lo que sentía. ¿Crees que me acosté contigo para poner celoso a Trevor? –Por supuesto que no. –¿Y por qué no me llamaste nunca? ¿Por qué no me preguntaste si me encontraba bien?

–Lacey, yo...

Los ojos de Lacey se llenaron de lágrimas.

–Si me hubieras preguntado, te habría dicho que estaba

desesperada. Me quedé embarazada de ti, Jeff. Jeff se sintió como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago.

–¿Embarazada? ¿Por qué no me lo dijiste?

–Porque ya te habías marchado. Iba a escribirte después, pero lo perdí. Además, ¿qué habrías hecho? ¿Pedirme que me casara contigo?

–Sí. Me habría casado contigo.

Ella se puso tensa.

–Pero si sólo querías alejarte de mí...

–Yo no quería alejarme de ti. Me marché porque me pareció lo correcto. Eras la novia de Trevor.

–¿La novia de Trevor? Aquella noche, cuando nos acostamos, yo creí ser tu novia. Pero no tardé en salir de mi error.

–Dime una cosa, Lacey... ¿Trevor llegó a saber lo nuestro? ¿Supo que te habías quedado embarazada de mí?

Ella sacudió la cabeza.

–No, no podía causarle ese dolor. Era un gran amigo. Y me quería tanto que me ofreció el matrimonio de todas formas.

Lacey se apartó de él y se marchó. Jeff estaba tan asombrado por sus confesiones que se quedó inmóvil, incapaz de reaccionar.

Ya era medianoche cuando Jeff llegó a la cabaña. Había estado conduciendo por la zona, pensando en las palabras de Lacey. Le dolían mucho más que la bala que le había destrozado la pierna.

Entró en la casa, encendió el farol y abrió las ventanas para que el interior se refrescara un poco. Solitario se acercó a saludar.

Jeff se sentó a la mesa y acarició al perro.

–Hola, amigo... Me temo que todo se ha estropeado. Quería hacer lo correcto y no ha servido de nada. Me he enamorado otra vez de ella.

Sabía que había sido un estúpido diez años atrás; pero era demasiado joven y no sabía nada de la vida. Sólo quería marcharse de allí y olvidar que la mujer de la que se había enamorado estaba con otro hombre, con su mejor amigo.

Se levantó para sacar una botella de agua de la nevera y vio el diario de Trevor. Lo alcanzó, volvió a la mesa y lo abrió por la página donde había dejado la lectura la vez anterior.

Trevor había escrito la última anotación una semana antes de morir.

Jeff:

No sé cuánto tiempo me queda; ni los doctores lo saben. Sólo me podría salvar un milagro.

Intento disimular mi estado delante de los niños. Colin y Emily son tan pequeños que se me parte el corazón al pensar que se van a quedar sin padre. Mi hijo necesita un hombre a su lado, y mi hija es prácticamente un bebé.

Te voy a pedir un favor, amigo mío. Quiero que cuides de ellos y de Lacey. Aunque es una mujer fuerte, lo está pasando mal. Me siento muy afortunado por haber vivido diez años con una esposa que me quiere y por haber tenido dos hijos con ella, pero necesito que alguien los cuide cuando ya no esté a su lado.

Tú eres la persona indicada, Jeff. Siempre dijimos que éramos como hermanos; pues bien, ahora tendrás que demostrarlo. Pero sé que no te costará mucho, porque tanto Lacey como mis hijos son encantadores.

Sólo quiero añadir una última cosa. Me alegro de haberme casado con Lacey y de haber fundado una familia con ella, pero siempre he sabido que tú también tienes un pedazo de su corazón. Vuelve a casa, Jeff. Necesitas a tu familia, y Lacey y los niños te necesitan a ti.

Adiós, viejo amigo.

Trevor.

CAPÍTULO

14

EL DÍA siguiente fue como cualquier otro día. Los niños subieron al autobús del colegio y se marcharon. Cuando se quedó a solas, Lacey salió de la casa y entró en los establos para trabajar en la doma de Fancy Girl; pero no pudo sacarse a Jeff de la cabeza.

A la hora de comer, se sentó en el porche y se limitó a tomarse un té helado porque no tenía hambre. Poco después, vio que un todoterreno se acercaba por el camino.

Era el de Jeff.

–Hola, Lace.

–Hola, Jeff. No te esperaba.

–Seguimos siendo socios. Hay cosas de las que tenemos que hablar.

–No tenemos nada que decirnos.

–Te equivocas.

Jeff sacó un sobre y se lo dio.

–Aquí tienes los documentos de la propiedad de la cabaña y de los terrenos.

–No puedo aceptarlos, Jeff. Te los vendí y no tengo dinero para comprártelos otra vez.

–¿Crees que te los compré como inversión? Los compré para ayudarte a ti y a los niños. Aquel día, cuando compré tus caballos en la subasta, me di cuenta de que quería labrarme un futuro; pero un futuro contigo

–puntualizó–. Siempre he querido incluirte en mis decisiones. Nunca he tenido intención de dejarte a un lado. –Lo sé, Jeff. Reaccioné mal con lo de Jay porque me pilló de sorpresa.

–Eso ya no importa. Pero quiero que sepas que no me habría marchado hace diez años si hubiera sabido que estabas embarazada. Créeme, por favor. Habría dado cualquier cosa por estar aquí, contigo.

Jeff se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Lacey se sintió tan emocionada que derramó unas lágrimas.

–¿Cuándo perdiste a nuestro hijo?

–A las once semanas. El médico dijo que no era culpa de nadie, que eran cosas que pasaban... –¿Lo habrías tenido? Lacey asintió. –Sí, Jeff, por supuesto que sí. Aquel niño era parte de ti.

Jeff apoyó la cabeza en su frente.

–Lacey, he soñado contigo durante años... pero eras la esposa de Trevor. –Ya no soy su esposa, Jeff. Ya no tenemos motivos para sentirnos culpables.

–Lo sé, mi amor.

Jeff la miró a los ojos y la besó con ternura. Ella se aferró a él y revivió todas las fantasías que había tenido con aquel hombre.

Al cabo de unos segundos, él se apartó.

–Por mucho que desee besarte, necesito que vengas conmigo un momento.

–No puedo... estoy esperando a que los niños vuelvan del colegio.

Él sonrió y sacó el teléfono móvil.

–Descuida; me encargaré de que uno de los Randell venga a esperarlos. Esta vez no voy a permitir que nada se interponga entre nosotros.

Tras dar las gracias a Hank por quedarse a cuidar de los niños, Jeff llevó a Lacey a la cabaña. Su relación amorosa había empezado allí diez años atrás, y quería que volviera a ser el principio.

Bajaron del vehículo y caminaron hacía la cabaña, pero Jeff siguió de largo y se detuvo a unos cien metros, en el punto más alto de la colina que se elevaba sobre los pastos. Después se giró hacia Lacey y admiró el brillo del sol en su cabello y sus piernas enfundadas en unos pantalones vaqueros. Ella había puesto los brazos en jarras, como si estuviera dispuesta a conquistar el mundo.

–Lo he mantenido en secreto, pero quería darte una sorpresa –dijo él.

–¿De qué estás hablando?

–Quiero construir una casa en este mismo lugar.

–Entonces, ¿te vas a quedar aquí?

Él asintió.

–Quiero empezar una nueva vida, Lace. Si hubiera sido sincero contigo hace diez años, es posible que te hubieras casado conmigo. Marcharme fue la decisión más difícil de mi vida, pero creía que estabas enamorada de Trevor y no veía otra solución –le confesó–. Pensaba que hacía lo correcto...

–Lo sé, Jeff.

–También quiero que sepas que siempre te he querido. Lo que siento por ti no es amistad, Lace, sino amor. ¿Podrás darle otra oportunidad a este soldado?

Lacey lo miró a los ojos y respondió:

–¿Tú qué crees? Por si no lo sabías, yo también estoy enamorada de ti.

Jeff sonrió y la besó apasionadamente.

–No sabes lo feliz que me haces, Lace –dijo él, al cabo de un rato–. Hoy es el principio de nuestra relación. Quiero una vida contigo y con los niños. Por eso voy a construir una casa en este lugar. No sabes cuántas veces he soñado con este momento... ¿Quieres casarte conmigo?

Lacey derramó una lágrima solitaria.

–Oh, sí... ¡Sí! Claro que sí.

Lacey lo abrazó con todas sus fuerzas. Y esta vez fue ella quien rompió el beso posterior para decir: –Tenemos que contárselo a Colin y a Emily... –Ya se lo diremos después. Ahora quiero a su madre para mí solo –declaró–. Lacey, sé que nunca podremos reemplazar al niño que perdimos, pero me gustaría tener un hijo contigo.

Ella sonrió y le acarició la cara.

–A mí también, Jeff. Serás un gran padre. Ya lo eres con mis hijos.

Jeff se sintió profundamente emocionado.

–¿Crees que a los niños les gustará que nos casemos?

–Estoy segura de ello.

–Entonces, te propongo una cosa... Todavía tengo la llave que Brandon me dio, la de la cabaña del valle de los mustangs. Podría llamar a Hank y pedirle que se quede con ellos hasta que se acuesten.

–Me parece una idea magnífica, pero preferiría volver antes para acostarlos personalmente. Y cuando estén dormidos, tendrás toda mi atención.

–Trato hecho.

Jeff miró hacia la cabaña y supo que todavía tenían muchas cosas de las que hablar y muchas cosas que perdonarse el uno al otro. Pero aquella noche sería sólo para ellos. Sería el principio de una vida nueva; de una vida juntos.

EPÍLOGO

CASI un año después, Jeff miró la casa recién terminada, de dos pisos de altura. El corazón se le llenó de orgullo y de amor al recordar el día de su boda con Lacey; se habían casado seis meses antes y aún no podía creer que estuviera enamorada de él. El ex soldado que no encajaba en ningún sitio se había casado, tenía una casa nueva y se había convertido en padre de dos niños maravillosos.

Llevaban poco tiempo en la casa y aún quedaba mucho para hacer, pero ya era su hogar, el hogar de los Gentry. Will Hensen había empezado a trabajar a tiempo completo para ellos y vivía en el apartamento que estaba encima de los establos; Jay había alquilado la casa de los Guthrie para estar más cerca de su ganado; y por si fuera poco, Bonnie y Ace ya habían tenido su primer potrillo, al que habían llamado Trevor's Pride, el Orgullo de Trevor.

Jeff pensaba a menudo en su difunto amigo. Lo echaba de menos, pero Colin se parecía cada vez más a su padre y se estaba convirtiendo en su vivo retrato.

–Eh, soldado, ¿estás buscando a alguien?

Al oír la voz de Lacey, se giró. Estaba verdaderamente preciosa; el sol de la mañana le iluminaba el cabello y llevaba una camiseta y unos vaqueros muy ajustados. Era una típica chica de Texas. Y era toda suya.

–Sí, pero ya te he encontrado –contestó.

Jess la recibió con un beso de amor.

–Me encanta tu forma de saludar –dijo ella.

–Puedo seguir si quieres... ¿Adónde ibas? ¿A los establos?

–No. Will se puede encargar de eso –contestó–. He pensado que podemos divertirnos un rato, aprovechando que los niños están en el colegio y que todavía faltan unas cuantas horas para nuestra cita con Brandon y Nora en el valle de los mustangs.

Jeff arqueó una ceja.

–¿Tienes algo en mente?

Ella rió e intentó ocultar su nerviosismo.

–En primer lugar, hablar contigo.

Lacey lo tomó de la mano y lo llevó al arroyo. Una vez allí, se metió la mano en el bolsillo y sacó un test de embarazo.

–Ha dado positivo –le informó, sonriendo–. Estoy embarazada.

–¿Embarazada? ¿Vamos a tener un niño?

Ella asintió.

–Por lo visto, me quedé embarazada en cuanto llegamos a la casa nueva. Quizás fue en ese colchón tan magnífico o en la ducha o en...

Jeff se recobró finalmente de la sorpresa y la besó.

–Te amo, Lace. Esta vez voy a cuidar de ti y no voy a permitir que nos pase nada malo.

Ella le acarició la mandíbula.

–Lo sé, Jeff. Y yo también tendré cuidado. A partir de ahora, dejaré de montar.

–De montar y de cargar cosas pesadas. Ojalá pudiera ayudarte más...

Lacey sonrió.

–Si te empeñas, puedes encargarte del parto –bromeó–. Aunque sospecho que te desmayarías al cabo de unos minutos, tipo duro.

Él sonrió de oreja a oreja.

–Es posible, pero estaré contigo todo el tiempo. ¡Vamos a tener un bebé!

Jeff la abrazó de nuevo y la cubrió de besos.

–Bueno, creo recordar que teníamos algo que hacer, vaquero. Recuerda que los niños llegarán a casa dentro de unas horas... Llévame dentro y veamos si podemos inventar algo original en otra de las habitaciones.

–Me parece una forma magnífica de celebrarlo.

Jeff miró la cabaña y pensó que había llegado el momento de seguir adelante con sus vidas. Después, volvió con su esposa y se dijo que los años que había estado lejos habían servido para que apreciara más lo que tenía. A fin de cuentas, era un Randell. Aquél era su hogar y aquélla, la mujer que amaba.

Había vuelto a casa. Y se iba a quedar para siempre.